

DESPLEGADO

CURSOS y CONFERENCIAS

SUMARIO:

Felipe COSSIO del POMAR — Los "ISMOS"
EN LA PINTURA CONTEMPORÁNEA: *III. Neo-impressionismo.*

José TUNTAR — LAS LUCHAS SOCIALES EN
LA ANTIGUA ROMA: *III.*

Francisco ROMERO — SOBRE LOS CARACTE-
RES GENERALES DE LA FILOSOFÍA ACTUAL.

Salvador MAZZA — LA ENFERMEDAD DE
CHAGAS.

Héctor P. AGOSTI — CRÍTICA DE LA RE-
FORMA UNIVERSITARIA: *I. El surgimiento
de la reforma.*

René BERGER — EL PROBLEMA DE LAS
REPARACIONES Y LOS PAGOS INTERNACIO-
NALES: *I.*

Aníbal PONCE — DIARIO INTIMO DE UNA
ADOLESCENTE: *VII. Ensayo de clasificación.*

AÑO III
NUM. 5

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

Secretaría: BELGRANO 1732

BUENOS AIRES

DESPLEGADO

ESPASA-CALPE S.A.

HA PUBLICADO:

Vida de Martín Fierro

Por JOSE MARIA SALAVERRIA

Glosa amena, erudita y profunda del inmortal poema gaucho de Hernández. El amor que por la Argentina siente Salaverría le ha llevado a escribir uno de sus más bellos libros.

Precio \$ 2.75

Siluetas Románticas

Por PIO BAROJA

El gran escritor vasco reúne en este volumen una nutrida serie de breves semblanzas biográficas de curiosos personajes históricos, hombres y mujeres de pasión y aventura.

Precio \$ 2.75

Tierra Mía

Por ARTURO CAPDEVILA

Preciosa guía poética de la Patria; canto, en la más bella prosa, de la creciente grandeza de las ciudades argentinas.

Precio \$ 2.75

OTRAS OBRAS DE INTERES

Carlos, Emperador de Occidente, por D. B. Wyndham, \$ 3.30 — Notas de una vida, por el Conde de Romanones, \$ 4.40 — Educación y Sociología, por Emilio Dudkheim, \$ 2.75 — El destino, revelado por las manos, por Giovanni Tassani, \$ 8.25 — La idea socialista, por Henri de Man, \$ 3.85 — El musicismo escultural, por Jean Royère, \$ 3.30 — Almansa, por Alfonso Danvila, \$ 2.75 — Amor y Pedagogía (nueva edición), por Miguel de Unamuno, \$ 2.75.

DE venta en todas las buenas librerías o en

ESPASA-CALPE S.A.

TACUARI 328

BUENOS AIRES



Los "ismos" en la pintura contemporánea

Por FELIPE COSSIO DEL POMAR

III

NEO-IMPRESIONISMO

Hasta el post-impresionismo existió cierta unidad en el proceso del arte. Los historiadores han podido seguir la coherente evolución de los estilos. Desde el neo-Impresionismo el uso de la palabra escuela es arbitrario; para poder clasificar el nuevo arte tenemos que fundarnos en una vaga similitud de métodos de expresión y de teorías artísticas.

Comencemos por declarar que la palabra neo-impresionismo es una denominación falsa. Al profano le hace creer que se trata del desarrollo del impresionismo. Pero no es cierto. El neo-impresionismo representa, al contrario, un movimiento de reacción contra el impresionismo, de oposición, de purificación y búsqueda que era necesario. Mientras el impresionismo es un período de la pintura que empezó con Constable y terminó con Monet, sometiéndose sin razonamiento a las nociones de la forma, el post-impresionismo rechazó esa sujeción, trató de penetrar en la forma inherente del objeto y desechó la noción "a priori" de las cosas, heredada del Rena-

cimiento. No se funda en la visión personal para interpretar, sino busca la esencia del objeto mismo para realizar su estructura latente.

El aspecto del arte iniciado por el neo-impresionismo y las tendencias que le sucedieron, coincide con las actuales manifestaciones del mundo social; la misma falta de coherencia y unidad, la misma ausencia de autoridad y el mismo desprecio por la tradición. Con las teorías del post-impresionismo, el arte cede a la influencia científica y abandona su concepto sentimental para buscar una finalidad universal.

Como el movimiento neo-impresionista funda sus primeros pasos en una base científica "a priori", la mayor parte de sus cultivadores no se vieron preocupados ni disturbados en su creación por razonamientos filosóficos; de modo que sería anticiparnos si nos ocupáramos de la filosofía de la belleza, y de las doctrinas estéticas con que psicólogos y artistas comenzaron a convulsionar más tarde el ritmo del arte.

Para clasificar el carácter elemental del neo-impresionismo, convendría señalar su iniciación basada en el dualismo, objetivo y subjetivo, de sus teorías. Al través del proceso histórico del arte hemos asistido al predominio del ideal abstracto en la época clásica, al predominio subjetivo durante el romanticismo y, por último, vemos al impresionismo agotar todos sus recursos en la expresión material del mundo externo.

Con el neo-impresionismo se restablece la relación del objeto a sujeto y se completan las tres etapas de la experiencia estética: primero, la percepción o captación del objeto; segundo, la reacción del sistema afectivo ante la forma del objeto captado, tercero, la reacción de la mente del espectador ante la esencia del objeto, su contenido; quiere decir, ante la obra artística.

El neo-impresionismo viene a coincidir con el interesante concepto que sobre la belleza tenía Schelling. Según este filósofo, el arte es el resultado de una concepción de las cosas, en la cual el sujeto se somete al objeto o al revés. La belleza es la percepción de lo infinito en lo finito. El arte es la unión de lo subjetivo y de lo objetivo. De la naturaleza y de la razón, de lo conciente y de lo inconciente. Y la belleza es también la contemplación de las cosas sencillas, tal como

existen en sus prototipos. Ni la ciencia ni la destreza del artista producen la belleza, sino la idea de la belleza que está en él.

Es en los agudos trabajos de Bergson, científicos en su base a la vez que filosóficos en su fines, donde podemos encontrar una explicación al proceso de la expresión artística que puede aplicarse tanto al arte del pasado como al arte presente.

En unos párrafos interesantes de su libro "La Risa" nos explica que de tiempo en tiempo, en un momento de inconciencia, la naturaleza se revela a las almas que no tienen interés intelectual ni práctico en la vida. No ese desinterés intencional, lógico, sistemático, que resulta de la reflexión y de la filosofía, sino con aquel desinterés natural, que se manifiesta de un momento a otro por una virginal manera de ver, oír y pensar.

Un hombre se dedica a los colores y a la forma, y porque le gusta el color por el color y la forma por la forma; aunque su percepción se distraiga con el interés que presta al objeto, se le revelará la vida interna de las cosas en su forma y color. Luego al participarnos a su vez el descubrimiento, nos sorprenderá de pronto la novedad, pero al menos por algunos minutos nos habrá distraído de los prejuicios de forma y color a que estamos acostumbrados. "Así el descubridor realiza la más alta ambición del arte, que consiste en revelarnos nuevos aspectos de la naturaleza".

Estas palabras resumen la revolución en las ideas que acompañan y sancionan la revolución en el arte contemporáneo. Prueban que el advenimiento de la pintura cezaniaña no proviene del empobrecimiento de la fuente de inspiración artística, sino de una nueva forma mental, psicológica, de plasmar nuestras sensaciones.

Con estos preliminares, entremos en el análisis de los artistas representativos del Neo-impressionismo: Cezanne, Renoir, Van Gogh, Matisse (1) y Echevarría.

* * *

(1) Aunque la pintura de Matisse muestra varias tendencias, por sus caracteres generales, puede clasificarse entre los neo-impressionistas.

La obra de Cezanne exterioriza ante todo una gran prueba de voluntad, un poder sobrehumano ejercitándose en buscar un nuevo orden intelectual. Sólo así nos explicamos la profunda modificación que produjo en el arte de la pintura y el ascendiente que tuvo en todos los artistas de Europa. Cuando la impresión fugitiva, el hecho sin comentarios constituían el motivo o argumento de la pintura y la literatura, apareció el empirismo de Cezanne como un refugio, grosero si se quiere, pero sólidamente edificado, donde se podían encontrar elementos para nuevas generalizaciones. En realidad la obra del maestro de Aix, que terminaba con el impresionismo, aprovechó su contingente de materiales como un legado.

La pintura de Pablo Cezanne ha sido por mucho tiempo confundida con la de los maestros del impresionismo. Y esto se explica. Comenzó a pintar al lado de ellos. Ocupó en el seno del grupo un puesto modesto, un poco en el segundo plano, condescendieron a que expusiera y trabajara al lado de los maestros, y le ayudaron a sacudirse del pesado fardo de la tradición; dejó de lado a Daumier, a Delacroix, a Corot, a los flamencos e italianos, que lo llevaban maniatado con su despótica seducción. Los consideró en adelante sólo como testigos que uno tiene el derecho de invocar. Al buen Pissarro le debió todo esto. Sus consejos le ayudaron, como otrora a Manet, a Gauguín y tantos otros, a pintar al aire libre y a limpiar de su paleta los medios tonos terrosos.

Zola, su compañero de niñez, lo presentó a Manet. Al contacto del grupo naturalista, vibró su refinada sensibilidad. A pesar de tener un carácter huraño, tímido y reflexivo, llegó a entusiasmarse con las preocupaciones de sus amigos; los siguió en sus excursiones por provincias y con ellos aprendió a ver la vibración de la atmósfera, los mil reflejos de la luz en el agua, en las nubes y en la tierra.

Inició una nueva forma de "representar la naturaleza", como él decía. Aquí hay una equivocación en la frase de Cezanne: la palabra "naturaleza". El artista pensaba en la apariencia externa de las cosas visibles al ojo, cuando su deseo era "representar" las cosas por ellas mismas, en relación con su sensibilidad, y escapar así a la reproducción mecánica. Cezanne nos trajo, sin ser filósofo, una concepción metafísica de

la pintura. La noción de que existe, fuera de la tradición y de la historia, una visión "real" e independiente del mundo externo. Algo nuevo, intocado. La materia prima en plena sustancialidad, incontaminada por el intelecto o por la emoción.

* * *

Importa decir donde nació Cezanne, porque fué en la misma ciudad provinciana de Aix en Provenza donde realizó su obra y conoció a Zola. Al lado del ilustre fundador del realismo pasó una niñez estudiosa y salvaje y vivió las virgilianas emociones del amor a la belleza del campo. Cuando después de cuarenta años de ausencia, pasados en París, regresó a su provincia, encontró los mismos campos, los mismos bosques donde se refugiaba al atardecer, los mismos riachuelos donde desnudo, con la cara al sol, daba gritos chapoteando el agua cristalina. Pero estaba solo, sin amigos, muertas en su corazón las ilusiones paganas. Para vivir la monótona aventura provinciana tenía un amigo: su arte. El arma rutilante prestada por los impresionistas aun la manejaba torpemente. Pero era bastante para desdeñar con ella la meladicencia, la estupidez, los prejuicios y la incompreensión que le rodeaban. La conciencia de su superioridad lo hacía vivir indiferente entre aquellas pobres gentes. Huía de la sociedad por un sentimiento sin parentesco con la vanidad que aislaba a Jean Jacques Rousseau o el rencor agresivo que empujara a Gauguin fuera de la civilización.

La caja de pinturas y el cabellete eran el pretexto para huir de las visitas, hacerse sordo al escarnio y la maledicencia campesina.

"Ese burgués salvaje y mal vestido que se dedica a pintar, está indudablemente loco", repetían los aldeanos al ver pasar al extraordinario personaje, con el chaquet siempre manchado de pintura, la nariz colorada, el cráneo ovoide, las pupilas lacrimosas, la pequeña barbilla mal peinada; tal como se representa en varios auto-retratos que ha dejado. Sólo los pobres lo querían.

Como tenía una renta que le permitía vivir holgadamente, tenía que defenderse de los explotadores que veían en él

una fácil presa. En suma, nadie en la pintoresca ciudad de Aix y sus alrededores lo tomaba en serio. Su amor al terruño le hacía resistir estoicamente los contratiempos. Podía vivir en París, encontrarse de nuevo rodeado de amigos y admiradores, pero reclamado por su arte y conciente sobre todo de su fuerza, prefirió quedarse y vivir con la intensa labor de sus experiencias artísticas en el vasto laboratorio de los campos de Provenza.

Ahí encontró el escenario apropiado para su pintura, en la masa rígida de los villorios, casas amontonadas, geométricas agrupaciones de muros grises, patinados por siglos de soles y lluvias. Ningún ambiente mejor para interpretar la forma despojada de ornamentos, el paisaje sin follajes barrocos, la perspectiva sin accidentes.

Su intención era confrontar su visión interior con la naturaleza sensible, para luego expresar un aspecto sólido, simple, categórico de las cosas. Las colinas, las montañas, los volúmenes de verdura, en la pintura de Cezanne comenzaron a revestirse de un lirismo macizo, un ritmo monótono pero severo y sonoro, una expresión de masas y líneas donde se reflejan sus cualidades de gran colorista.

El aspecto inconcluso de las telas de Cezanne dan, al que no esté iniciado en su idea, una impresión de descuido, de temas que han sido ejecutados de mala gana, de naturaleza truncada por falta de aplicación. Parece que el artista se hubiera limitado a dar toques aquí y allá, a tomar notas esenciales, reproduciendo instintivamente diversos objetos sin darse el trabajo de seleccionarlos.

Y Dios sabe, sin embargo, el cuidado con que yuxtaponía sus tonos sobre la tela. Renoir decía que nunca le vió colocar una pincelada al lado de otra sin que armonizaran.

En realidad, cada trazo, cada tono de color, representa un trabajo enorme, una espiritualización progresiva del objeto, la extracción, a costa de grandes esfuerzos, de los elementos sensuales que constituyen su origen.

Tenía la costumbre de decir que todas las formas de la naturaleza se podían reducir al cono, al cilindro y a la esfera. Esto lo tomaron algunos artistas al pie de la letra y los indujo a errores. Cuando Cezanne decía esto, era en un sentido figurado. Se refería a la apariencia de las formas en un universo

abstracto. Pero hacia ese universo se cuidó bien de incursionar. No era hombre capaz de jugar con la fantasía ni traspasar de los límites de lo concreto. No ha existido un artista de su categoría tan desprovisto de imaginación. Su tarea era empírica; tenía la profunda perseverancia del sabio sin nada de la imaginación del artista. Fué incapaz de inventar o combinar figuras, de buscar un motivo en los hechos cotidianos, un tema lírico, la realización de un sueño, un mito, una anécdota como pretexto de creación, ni poner en relación dos seres que se juntan en el dolor o la alegría de la vida; nada donde interviniera la fantasía. Grandes paisajes desnudos, aldeanos, niños, bebedores alrededor de una mesa, bañistas a la margen de un río, los caminos bordeando la aldea, planos de montañas y casas, los famosos bodegones, manzanas, cebollas; olor a cocina y olor a vino en las mesas rústicas.

Algunos críticos creen que detestaba el "motivo noble". Como sostenía que su objeto era "rehacer frente a la naturaleza lo que hacía Nicolás Pousin", han acusado al maestro de Aix de ser un realista limitado a copiar, desprovisto de fuerza creadora. Se olvidan que no constituye una copia la necesidad de tener ante los ojos el tema para escribir sus variaciones.

Se proponía pintar lo que veía. Mantenía intacta esa inocencia de los primeros años, contraria a los hartazgos del hombre vivido, cansado de pensar y repleto de desengaños por haber gozado o por haber sufrido demasiado. Dominando como dominaba el oficio, Cezanne no quiso o no pretendió ser lírico. ¿Por austeridad? No; no hay pintores más austeros que los españoles. Sin embargo, Velázquez, Carreño, Rivera, el Greco, todos fueron poetas en el sentido creador que le daban los griegos. Por eso, la única explicación que puede darse al caso de Cezanne, es su ineptitud imaginativa.

Esta impotencia imaginativa tomaba singulares apariencias; si no conociéramos el valor plástico de su obra, comparable con las mejores, dudaríamos de su fuerza creativa.

Tenía la costumbre de buscar en las revistas ilustradas y hasta en los periódicos de modas, siluetas que ampliaba y coloreaba con el candor de un niño. Era incapaz de inventar un movimiento que se combinara armoniosamente con las actitudes y los gestos de alrededor.

Su obra está desnuda de sentimentalismo o moralidad. De ella no se desprende ninguna lección más que la del arte plástico puro. Hasta cuando trata de componer esos curiosos grupos de personajes desnudos en medio de árboles, bajo los grandes cielos, su intento de producir una melodía sensual se ve frustrado, pues no logra expresar ninguna intención psicológica o literaria.

Sólo frente al "motivo" se revelaba su genio de pintor, según algunos, el mayor de todos los tiempos. Abstraía y simplificaba hasta el límite de la abstracción y de la simplificación.

Para Cezanne el universo es sólo un tema interesante para encerrar en una arquitectura reducida a su más sobria y al mismo tiempo más sólida expresión. Para pintar cualquier cosa tomaba dos puntos de partida: los matices suntuosos y la obscuridad transparente, cuidándose de no perder las grandes líneas sumarias entre las cuales apercibía un determinado aspecto de la vida. Así llegaba, poco a poco, a fuerza de colorido, a dar a su forma un tan poderoso volumen, que quedaba como dando vueltas en el espacio. Entonces expresaba en figuras geométricas su satisfacción: "Cuando se alcanza la riqueza del color se llega a la plenitud de la forma". Realmente el tono le parecía una secreción de la forma. Con el color la buscaba, la definía lentamente, haciéndola ganar en opulencia, en pesada madurez, en armonía sombría.

Para este artista lo más importante en la naturaleza es el plano. No le interesa que el objeto sea rodeado exactamente en todo su contorno y se termine en todos sus detalles. Lo principal es que esté en su lugar de profundidad con respecto a los otros objetos, que la degradación de sus bordes le den al mismo tiempo una existencia propia, y que el mundo con relación al objeto y el objeto con relación al mundo se compenetren y solidaricen.

A los "Ismos" continuadores les deja la tarea de pulir la frase.

Cezanne les da la estructura, la gramática, para que escriban bellos párrafos con las invenciones del espíritu. Ha enseñado a la posteridad el lugar de las superficies planas y curvas. Sus paisajes vistos de lejos tienen la apariencia de retazos de un planeta, desprovistos de vida local, reducidos a las

masas esenciales que definen su construcción. Son menos importantes sus personajes sin elegancia, siempre en actitud de "posar", pero hay tal nitidez en el contorno, su forma se define con tal fuerza, que se pueden considerar saturados de color; llegan a la forma plena.

Nos dan una sensación inmediata y material. Tres manzanas en un plato; un motivo que visto al natural no nos interesaría para nada, asume en los cuadros de Cezanne una importancia eminente. Bajo el esplendor de las cortezas verdes o granates de las manzanas percibimos la materia; frutas, manteles ajados, botellas, instrumentos, todo transparenta el esfuerzo requerido para lograr una sabia comprensión de las cosas. "Seguiré siendo, escribía en las postrimerías de su carrera, seguiré siendo el primitivo de la ruta que he descubierto" (1). Al emplear la palabra primitivo no se refería a los pacientes imagineros del trecento; la palabra primitivo para él tenía el significado de arcaico que le dió su ilustre contemporáneo Gauguin. "El arte primitivo procede del espíritu y amplía la naturaleza. El arte que se hace llamar refinado procede de la sensualidad y sirve a la naturaleza. La naturaleza es la servidora del primero y el amo del segundo. Convirtiéndolo en su servidor, haciéndose adorar por el artista, lo envilece. Así es como hemos caído en el abominable error del naturalismo que comenzó con los griegos de Pericles" (2).

Cezanne representa la reacción contra el naturalismo; el primitivo que coincide con la simplicidad del espíritu heleno.

Otra de las características de Cezanne, que se advierte en muchos pintores geniales, es la necesidad absoluta de pintar sin descanso.

No podía sustraerse a la tarea desde la mañana hasta la noche. En medio de los reproches de su mujer, pasaba con su paleta y sus telas de un cuarto al otro de la casa, o exploraba los rincones del campo, obedeciendo al imperativo mandato. Tenía que pintar, sin importarle que sus cuadros gustasen o no. Una vez terminado un cuadro, no le interesaba más: comenzaba otro sin cuidarse siquiera de firmarlo. Quedaban en la casa llenando los armarios, detrás de los muebles,

(1) Pierre Courthion "Cezanne". Edit. "Les Documentaires", Paris.

(2) Pablo Gauguin. Notes éparses.

en el granero. Servían muchas veces de entretenimiento a su hijo, que recortaba siluetas de las frutas; otras veces la señora les daba mejor utilidad empleando el revés, "la parte limpia" como decía, para frotar los pisos.

Felizmente hubieron gentes, quizás una decena, que vigilaban sus pasos y que veían crecer ese monumento metafísico construido con la paciencia del gran pintor. Ellos salvaron de la destrucción sus primeras obras, las mismas que a Cezanne, años después, le parecían insufribles.

Ellos enteraron al mundo el día en que un mal repentino le dejó muerto en el campo ante una tela inconclusa. Se anunció entonces que uno de los más grandes pintores, en el sentido estricto de la palabra pintor, había desaparecido. Si se le ignoró hasta entonces, es porque el mismo Cezanne nunca quiso ser perturbado en su vida solitaria, plena de savia creadora. Fué su propia voluntad la que lo mantuvo ajeno a las alabanzas, con el orgullo de su valer, que conocía. Cuando se tiene la fe en si mismo que tenía Cezanne, hasta el punto de proclamarse el mayor pintor de Europa, se puede hacer lo que él hizo: vivir y morir solo.

Vendrá el día en que se denunciarán las debilidades técnicas del artista, se denigrará su pintura, se le encontrará un dibujo demasiado sumario, un empaste exagerado sin motivo, una torpeza en la ejecución y sabe Dios qué otros faltas. Ese día el verdadero Cezanne habrá triunfado. No aquel que se imita por todas partes multiplicando las largas pinceladas cargadas de pintura, los platos y fruteros deformados, la línea ambigua de los frutos, sino el maestro de una actitud, el profundo creador del paisaje, el pintor de la esencia de las cosas, el artista emotivo por excelencia por haber hecho expresarse con tanta elocuencia al mundo inanimado.

* * *

En el centro del movimiento neo-impresionista se desarrollan dos corrientes: una representada por Cezanne que tiende a arquitecturar el universo fuera de todo sentimentalismo y otra, representada por Renoir, que pugna por volver a la expresión del sentimiento, manteniéndolo ajeno a cualquier

fin moral, con el solo objeto de producir emociones bellas, de crear una armonía poética en los juegos de luces y de líneas reveladas por el propio objeto.

Mientras el impresionismo se obstinaba en rechazar la intervención del espíritu en la composición pictórica, Renoir con una imaginación casi tan rudimentaria como la de sus antiguos compañeros, los impresionistas, hacía intervenir su poderoso instinto de pintor, componiendo una armonía personal, sin por esto abandonar la misma preocupación de la forma que tenía Cezanne. Sin embargo hay una gran diferencia de aspecto entre las obras de uno y otro pintor. Mientras Cezanne, en un esfuerzo voluntario, obligaba a la naturaleza a moldearse en su propio sistema, Renoir encuentra, sin esfuerzos, formas que se compenetran y colores que se armonizan en un himno a la sensualidad. Mientras el uno eliminaba sin cesar, el otro añadía constantemente. Renoir, como Cezanne, salió de las filas del impresionismo, del que guardó toda su vida el pequeño toque de pincel.

La historia de Renoir es aún menos interesante que la de Cezanne.

Como todos los impresionistas sufrió el desprecio y la agresiva actitud del público. Esperó paciente, en una vida metódica, de obrero sin inquietudes, que le llegase el turno en la consagración. Y le llegó como a sus compañeros. Laureles y fortuna no modificaron en nada sus costumbres. Siguió en su laboriosidad realizando imperturbable su obra, sondeando infatigable el aspecto de la forma.

A Renoir se le vé y se le palpa en sus pinturas.

Partió de Monet para alcanzar a Rubens, atravesando un mundo, carnal hasta lo indecible. Claudio Monet partió de la forma inmediata, realizada por Courbet y Manet, escudriñando hasta los más mínimos reflejos de la luz sobre la corteza de los objetos; Renoir partió también de los reflejos de luz y sombra sobre esta corteza, pero giró alrededor de la forma, la construyó sólidamente sin perder la relación con su emoción lírica. Fué así como llegó al alma y a la relación coherente de los objetos.

No hace mucho el gobierno francés organizó una exposición de sus obras en París. Los muros de las salas del museo

de las Tullerías resplandecieron con los tonos vivaces de sus cuadros. Las formas y el color parecían extraídos de un pozo sensual inagotable. Renoir, con la molecular vibración de sus pequeños toques, hace rutilar sobre la forma sumaria y redonda la magia de su sabia coloración. El poema carnal se espiritualiza por la palpable contracción del artista. Al contrario de Cézanne, se detiene en detalles, pero sus composiciones llevan una ventaja sobre las del maestro de Aix: la unidad.

En las obras de Renoir no hay un gesto aislado que no esté en perfecta relación con su expresión interior. Muchas veces, para dar mayor fuerza a esta expresión en sus figuras, las deforma voluntariamente, alarga o acorta los torsos, redondea exageradamente el cuello y los brazos, infla los muslos y los glúteos que parecen querer estallar bajo la tensión vibrante de la piel.

En los cuadros de su última época una coloración carminada emerge de los tonos nacarados, plateados, esmeraldas y turquesas, enrojeciendo todo. Sangre en los claveles y en los senos desnudos, en los cielos, en los troncos de los árboles. La visión del artista, envejecido, parece exasperada; como si su sensualidad irritada se desquitara en el color lo que no podía traducir en pinceladas violentas, al verse enfermo, en lamentable contraste con la manifestación pletórica de la vida que amaba.

En las manos tullidas tenían que amarrarle el pincel para trabajar. Así continuaba entonando un himno optimista a la vida. Renoir es un Rubens que ha dejado el lluvioso ambiente de Flandes para extender sus flores, sus frutos y sus mujeres bajo el sol del mediodía.

No se complace en pintar la pujante musculatura del "hombre toro"; lo hubiera considerado un artificio para dar la sensación de solidez. Prefería al barroquismo de las musculaturas, las delicadas redondeces del modelo femenino. Son conocidos sus realistas amores y su preferencia por las aldeanas fornidas. Son sus criadas y sus modelos. El rojo de las manos sufridas se extiende, uniforme, hasta las caras redondas y chatas. Uno de sus motivos preferidos es la "mujer aseándose". Ningún parentesco entre estas mujeres que se lavan y las elegantes escenas de "toilettes" de Fragonard o Boucher.

Todo en Renoir es material, conciso, real. La historia de la vida animal y del espíritu que contiene. Desde los pequeños seres prendidos a los senos ubérrimos de las madres jóvenes, las niñas de pelo rojizo, la nariz aplastada y los ojos ávidos mirando al mundo, las actitudes familiares, el abandono, la alegría, el reposo, hasta la meditación de los viejos saboreando su cansancio en la paz asoleada de los estíos.

* * *

Otro de los grandes pintores que aprovecharon de las enseñanzas de Cezanne y de los impresionistas fué Vicente Van Gogh, a quien puede considerarse, por su manera especial de construir con el color y por el gran espíritu que ponía en sus obras, entre los neo-impresionistas. Por más grande que haya sido su pintura resulta aún más interesante la aventura del hombre. Una explica la otra, y fué la vida heroica del artista la que atrajo la atención sobre su arte y le dió gran parte de su prestigio. A fines del siglo pasado casi todos los psiquiatras, patólogos y hasta criminalogistas, trataban del "caso Van Gogh" para plantear el problema irresuelto del genio y de la demencia.

El día que su arte disminuía en importancia, lo que no es improbable, quedará siempre en pie la leyenda de su vida como un poema doloroso. Conocemos su autorretrato: "El hombre de la oreja cortada", de un patetismo impresionante, en que la locura flota entre llamaradas de cromos, de rosas y de verdes. Es la historia de Van Gogh.

Los mercaderes en acecho explotaron la tragedia del hombre arrastrado por la locura desde Rotterdam hasta París, y de París a las aldeas luminosas del sur de Francia, hasta acabar en un manicomio con un tiro en el estómago. Fué el motivo para ensalzar la obra del artista, llevándola hasta alturas inmerecidas. Porque no fué ni tan genial como pretenden los interesados, ni tan mediocre como claman sus detractores: Van Gogh es simplemente un mártir en la vida y un maestro en la pintura contemporánea.

Debutó como buen pintor de la tradición neerlandesa. Ayudado por su hermano, llegó a París, donde comenzó por

copiar a Delacroix para caer luego bajo la influencia de las estampas japonesas y la coloración de los impresionistas. Poco a poco cambia de principios, varía sus armonías y sin crear una gama, adoptó algunos tonos de los que se servía con gran habilidad. Al contrario de algunos impresionistas, no empleó los complementarios sino colores similares. Gauguin, con quien compartió sus tareas en Arles, en la época más brillante de su pintura, nos relata en su libro "Avant et Apres" sus recuerdos de Van Gogh.

"Antes que nada, el desorden que existía en todas sus cosas me exasperaba. La caja de pinturas no podía cerrarse, tal era la cantidad de tubos de pintura a medio usar, siempre destapados. Me admiraba como, a pesar de todo este desorden, este revoltijo, los colores pudieran resplandecer de tal manera en la tela. En sus palabras también existía la misma incoherencia. Daudet, los Goncourt, la Biblia, quemaban juntos el cerebro del pobre holandés. Arles, los muelles, los puentes, los botes, todo el Mediodía se convertía en la Holanda para él. Hasta se olvidaba de escribir en holandés. Como se ha podido ver por la publicación de las cinco cartas de su hermano, sólo escribía en francés y eso lo hacía admirablemente, a pesar del abuso de las conjunciones. Con todos mis esfuerzos para encontrar en ese cerebro desordenado una razón lógica, no he podido explicarme todo lo que había de contradictorio entre su pintura y sus opiniones. Así, por ejemplo, tenía una admiración sin límites por Meissonier y un odio profundo por Ingres. Degas lo desesperaba y Cezanne no era sino un farsante. Pensando en Monticelli lloraba".

Respecto a su procedimiento técnico también nos hace interesantes revelaciones: "Cuando llegué a Arles, dice Gauguin, Vicente se había metido de lleno en la escuela neo-impresionista y avanzaba penosamente, por lo que sufría mucho. No porque esta escuela, como todas las demás, fuese mala, sino porque no correspondía a su naturaleza, tan poco paciente y tan amante de independencia.

Poniendo amarillos sobre violetas, con ese trabajo de complementarios, trabajo desordenado por otra parte, no podía nunca llegar sino a dulces armonías, incompletas y monótonas; le faltaba el sonido del clarín.

Entonces me decidí a emprender la tarea de hacerle ver claro, lo que me fué fácil, pues encontré un terreno rico y fecundo. Como todas las naturalezas originales, marcadas por el sello de la personalidad, Vicente no temía a nadie ni en nada se obstinaba.

Desde ese día, Van Gogh hizo progresos sorprendentes. Le parecía entrever todo lo que se escondía en él mismo y de ahí salió esa serie luminosa de soles sobre soles en pleno sol.

¿Habéis visto el retrato del poeta? La cara y los cabellos amarillos de cromo 1. Los vestidos amarillos de cromo 2. La corbata amarilla de cromo 3, con un alfiler esmeralda sobre un fondo amarillo de cromo 4. Al verlo exclamaba un pintor italiano: "Todo es amarillo: Dío! ya no sé lo que quiere decir pintura".

Sería demás entrar en detalles sobre su técnica. Esto lo digo para confiarles que Van Gogh, sin perder una pulgada de originalidad, ha aprovechado conmigo una enseñanza fecunda. Y cada día me hacía presente su agradecimiento. Es lo que quiere significar cuando escribe a Albert Aurier diciéndole que debe mucho a Paul Gauguin."

* * *

No se puede tomar tan al pie de la letra las afirmaciones de Gauguin. Lo cierto es que Van Gogh no perdió su personalidad y que antes de conocer a Gauguin poseía esa fuerza original de expresar la forma y usaba con igual habilidad la misma riqueza de colorido. Desgraciadamente por la atención que ponía el artista en el efecto inmediato de los colores sobre la tela, sin meditar en la futura reacción del tiempo sobre su química, estos no han conservado toda su brillantez; y sólo en raros casos muestran la frescura de sus primeros tiempos.

El amor propio que ponía Gauguin en sus juicios críticos, que muchas veces eran contradictorios, le lleva a afirmar que Van Gogh era romántico cuando en realidad era un naturalista, quien, como dice Morice, ve su romanticismo exaltado por el amor a la naturaleza. Este amor exaltado lo traduce en gritos de color libre. Su misticismo lo arrastra hasta el panteísmo. Adora los cielos, los árboles, los caminos, las flores,

los hombres. Los ve al través de su prisma y los pinta como los ve, sin por eso apartarse de la verdad. Siendo siempre justo, su arte es sobradamente expresivo.

* * *

La gran lección comenzada por Cezanne se prolonga hasta el presente en varios artistas notables: Henry Matisse, en Francia; Juan Echevarría y Solana en España; Cassorati y Oppi en Italia.

Matisse, precedido por Seurat, Bonnard, de Segonzac y otros artistas, deja a un lado la expresión del volumen y, basándose puramente en los colores del impresionismo, los condensa en un decorativismo alegre.

Con Matisse entramos en un film fugaz del arte contemporáneo después de haber asistido al proceso reflexivo y paciente de la creación pictórica de Cezanne.

Jacques Emile Blanche (1) nos hace una interesante presentación de Matisse: "La primera vez, dice, que me hizo sus confidencias me reveló su método. Cuando viaja por el sur, después del desayuno sale con el caballete y las pinturas. Al mediodía o ha terminado un esbozo con firma y todo, o lo ha considerado malogrado y decide repetirlo al día siguiente. Hacer las cosas al "primer intento", fallar o acertar, es el propósito de Matisse que está al otro extremo de la calma de Cezanne."

A esta descripción Blanche podremos agregar unas palabras de Matisse con su propio juicio:

"La expresión para mí no debe encontrarse en la expresión que irradia de una cara o se hace evidente en la violencia de un gesto. Hay que buscarla en toda la disposición de mi cuadro, en el lugar ocupado por las figuras, en el espacio vacío que las rodea, en las proporciones. Todo desempeña un papel. La composición es el arte de arreglar de una manera decorativa los varios elementos que el pintor usa para expresar un sentimiento. En un cuadro cada una de las partes debe ser visible y debe participar en esta composición, principal o secundariamente, como más convenga. Todo lo que no tenga utilidad en

(1) De *David Degas*. Edit. Emile Paul Frères. París 1931.

un cuadro es por ésto inútil de reproducirlo. Un trabajo de arte implica un armonía "del todo": cada detalle supérfluo distraerá la mente del espectador de otro detalle que es esencial" (1).

Un sentido extraordinario del ritmo y de la línea, aún más que del color, sostiene la obra de Matisse. Su dibujo traduce toda su sensibilidad: árboles frágiles proyectándose sobre el fondo gris de un muro, perezosas actitudes de mujeres, caras transparentes de jovencitas con sonrisas tímidas; todo lo que sugiere por su abandono una intensa poesía Matisse lo precisa. La forma se convierte en elemento poético. Es así como se revela su genio, en la manera de servirse del objeto, expresión de la "unidad visual" que analizaremos más tarde. La representación de sus temas preferidos: mujeres, interiores, tapices, flores, desnudos, carecen de emoción, representan, más que todo puntos centrales, que emergen como visiones por el contraste de los fondos.

El arte de Matisse es el que se acerca más a la nueva sensibilidad que florece en otros ismos.

* * *

Juan Echevarría es un neo-impresionista severo, temperamental, a veces triste por la profundidad misma de su meditación sobre la forma y el color. Un sensitivo y un estudioso. Como el poeta busca una armonía en las palabras, Echevarría trabajaba pacientemente en el acorde medido donde se funden los verdes, los rojos y violetas, en una armonía tenue y nacarada. Tiene la misma voluntad paciente de Cezanne, haciendo y deshaciendo hasta lograr la vibración de la materia. Figuras, retratos, bodegones, se destacan marcados con la fuerte personalidad del artista. Lo que en Monet es un bordado sobre la hora o la estación, en Echevarría es un tejido sólido, hecho con firmeza. En este artista el color marca la forma, no como Cezanne por la densidad del volumen y la fuerza de

(1) Citado en "The meaning of Art", por Herbert Read.

los empastes, sino por un sistema nuevo donde todos los tonos se dan cita para acordarse o contrariarse.

Son pocos los críticos que en España hayan dado el valor que merece el arte de Juan Echevarría. Una muerte prematura dejó truncada su obra, que es bastante importante para que su autor merezca un puesto de honor en la pintura contemporánea.

Las luchas sociales en la antigua Roma

Por JOSE TUNTAR

III

1. *La unificación de Italia.* — 2. *Imperialismo antiguo e imperialismo moderno.* — 3. *Democracia e imperialismo.* — 4. *Las tres guerras púnicas.* — 4. *Destrucción de Cartago: conquista de Africa y España.* — 5. *Conquista de los Balcanes (Iliria, Macedonia y Grecia).* — 6. *El imperio está ya hecho.* — 7. *¿En beneficio de qué clase?*

Las leyes licinias-sextias, impuestas desde abajo a través de una lucha larga e intensa entre el patriciado y la multitud plebeya, tuvieron como efecto un cierto equilibrio económico y político relativamente estable que se prolongará por el espacio de más de dos siglos. Esa larga duración de una estabilización relativa no debe sorprender, si se considera que la extensión de los ciclos y períodos históricos no depende de la voluntad humana, sino principalmente de las condiciones objetivas de la economía, en aquellos tiempos infinitamente menos desarrollada y diferenciada que la de la era del capitalismo destructor, constructor y monopolizador. Por otra parte, no se debe creer que en aquel período haya reinado una paz idílica entre las varias clases y capas sociales romanas; al contra-

rio, ahora que la igualdad política aseguraba, al menos teóricamente, la participación de todos los ciudadanos en la dirección del Estado, la lucha continuó, aunque menos apasionadamente, asumiendo aspectos que se asemejan en mucho a los de las luchas que el proletariado condujo en los países con régimen más o menos democrático en el período de expansión capitalista desde el año 1848 hasta 1914. Es en el largo período — que se extiende desde la transformación democrática de la república hasta la conquista del Mediterráneo occidental y central— en que, va desarrollándose en Roma y en Italia el proceso de descomposición, composición y reagrupamiento de nuevas clases y fuerzas sociales, incubándose los factores de la gran lucha revolucionaria del último siglo de la república. Para comprender bien las causas y el alcance de esta formidable guerra social, hay que seguir paso a paso, aunque rápidamente, el proceso de unificación de Italia y la conquista, como etapa primera y principal hacia el Imperio, de África, España y los Balcanes.

Sería un grave error suponer que los romanos acometieron la unificación de Italia guiados por el ideal de la unidad nacional. El concepto de que los habitantes de una determinada región constituyen por su común origen racial, por sus tradiciones y costumbres iguales o semejantes, por sus lazos económicos una nación, era en general extraño a la mentalidad antigua. Y si esta idea de la comunidad nacional vislumbróse a la mentalidad helénica, asumiendo un contorno bastante definido en el genio de Pericles, no por esto pasó de ser una aspiración vaga y prácticamente estéril. También y particularmente los romanos consideraban los territorios conquistados sólo como una prolongación y ampliación de su ciudad-estado. No era Roma la que debía servir a Italia y al mundo, sino el mundo e Italia a Roma. Hasta con la concesión de la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio no se desarraigó el concepto de que el mundo era un simple apéndice de Roma. El soberbio "Civis romanus sum" siguió siendo un privilegio de los romanos de Roma.

La fuerza motriz de las conquistas romanas fué la necesidad de proveer a las exigencias de la población en continuo aumento, la que no podía encontrar por mucho tiempo su sus-

tento en un territorio reducido de 25 millas cuadradas. A las comunas conquistadas se quitaba, como hemos visto, ordinariamente un tercio de su territorio, para repartirlo, en la forma ilustrada en la conferencia anterior, entre los romanos, pero reservando una parte, la menor, del mismo como propiedad del Estado ("ager públicus"). Sujetada así una comarca, las vecinas preparaban la defensa o la ofensiva, para no hacer el lamentable fin de la otra. Roma atacaba, se defendía o contraatacaba. Avasallada, una entera región, el juego trágico y sangriento continuaba con las otras, hasta que Roma pudo concebir la posibilidad de dominar de "facto" y "de jure" sobre toda Italia. Los pueblos itálicos sometidos en esta forma entraban en un vínculo de alianza con Roma (Confederados). Así hay que representarse la unificación de Italia bajo los romanos y no como realización de un plan preconcebido, inspirado en un ideal racial o nacional, el que es producto o reflejo de la sociedad feudal-burguesa y burguesa, que se funda sobre unidades económicas más vastas que sea posible.

Después de diez años de lucha encarnizada Roma conquista y destruye (396) la poderosa ciudad de Veji, el principal baluarte etrusco al norte, cerca del Tíber; la punición fué terrible: todo su territorio fué confiscado y sus habitantes reducidos a esclavitud; otra victoria cerca de Orvieto (391) asegura a Roma toda la Etruria (Toscana) meridional. Después de la invasión de los galos y la promulgación de las leyes licinias-sextias (367) empieza la ocupación del Lacio, la que se concluye en el año 338 con la derrota de latinos y campanos cerca de Sinuesa. Los latinos conservan el derecho, de que gozaran ya antes de la guerra, de comerciar y casarse con romanos y asimismo el de adquirir la ciudadanía romana estableciendo su domicilio en Roma. Esta era ya desde mucho tiempo una ciudad completamente latinizada y la lengua latina, al amparo de la potencia del Estado romano, pudo desplazar paulatinamente los dialectos itálicos y lenguas extrañas que se hablaban en la península.

Con la ocupación del Lacio y parte de la Campania (Capua y Cumas) los romanos entran en contacto con los samnitas, pueblo montañés y belicoso que habitaba el territorio de las actuales provincias de Caserta, Benevento y Avellino. El

primer período de la guerra (326-321) termina con la derrota de los romanos y las famosas "horcas caudinas"; la guerra estalla nuevamente en el año 316 y dura, sembrando ruinas y desolación en todo el país afectado, desde el Tirreno a los Apeninos, hasta 304, año en que los samnitas, no pudiendo ya sostenerse, piden la paz y concluyen una alianza con Roma. Con la victoria sobre los samnitas, Roma, cuya influencia era ya predominante también en Etruria y Umbría, entra en el número de las grandes potencias de entonces. Cartago, la dominadora de los mares, advierte el peligro que se le va acercando, y estipula (306) un pacto con Roma, por el cual ésta reconoce a Sicilia como esfera de influencia de Cartago y Cartago a su vez reconoce a Italia como esfera de influencia de Roma. Este pacto tendía a alejar por cierto tiempo el choque que habría de estallar entre las dos grandes potencias imperialistas por el dominio del Mediterráneo.

En cuanto atañe a la política interior durante la segunda guerra samnítica, es de notar que las clases acaudaladas tuvieron que consentir, para mantener vivo el entusiasmo bélico y llenar las enormes pérdidas en las filas de los combatientes, *la abolición de la esclavitud por deudas* y algunas reformas políticas radicales del censor *Apio Claudio* (310), el famoso constructor de la Vía Apia, con la cual se establecía una nueva conjunción entre Roma y los nuevos territorios conquistados en Italia meridional. Las dos reformas principales fueron: a) la equiparación de los bienes raíces y los réditos para la distribución de los ciudadanos en las varias categorías y tribus que componían las asambleas de las centurias y de las tribus respectivamente; b) la concesión del voto activo y pasivo no sólo a los proletarios, sino también a los hijos de los libertos. *Quinto Fabio Ruliano*, uno de los generales más ilustres de la guerra samnítica, nombrado luego censor, logró limitar el alcance de las reformas apianas, pero sin atreverse a proponer la supresión del fondo democrático de las mismas. Las reformas de Apio Claudio, una de las más grandes figuras de Roma antigua, vinculando estrechamente a las masas al Estado, no sólo prepararon la victoria sobre los samnitas, sino que pusieron los cimientos de la gran fuerza militar que más tarde debía acabar con el poderío de Cartago.

En 298 los samnitas se sublevan de nuevo y se unen a los etruscos y a los galos de la Emilia meridional, rompiendo el sistema de fortalezas construido por los romanos desde el valle del Liri al del Aterno; la coalición triunfa en Camerino en Umbría (295), pero pocos días después es derrotada en Santinum, muriendo heroicamente el cónsul Publio Decio Mus. La guerra termina en 290 con la completa victoria de los romanos, quienes, para prevenir una nueva irrupción de los galos senones, fundan en la costa del Adriático, al norte de Ancona, una colonia romana, Sena Gálica (Sinigaglia). Otra colonia, Hadría, es establecida, también en la costa del Adriático, en el país de los piconos (Abruzzi), mientras el Samnio es encerrado en un cerco de fortalezas. Mientras tanto los lucanos continuaban sus incursiones de rapiña contra las opulentas ciudades griegas de Italia meridional (Turü, Crotón, Locri, etc.), las que se dirigieron en demanda de ayuda a Roma. Esta aprovecha en seguida la buena oportunidad que se le ofrece y envía un ejército al mando del cónsul Cayo Fabricio el Tuerto, el cual derrota a los lucanos (282), ocupa las principales ciudades dejando en ellas guarniciones romanas y avanza hasta el estrecho de Mesina, donde empieza la esfera de influencia cartaginesa. Así toda Italia meridional está en poder de los romanos, con excepción de Tarento, la plaza comercial más floreciente y más poderosa entre todas las ciudades griegas de Italia. Mientras tanto, el partido popular obtenía en Roma un nuevo suceso político a consecuencia *de otra salida de la población pobre de la ciudad*, la que esta vez se estableció sobre el Yanículo, la colina que se levanta allende del Tíber. De entre las condiciones, bajo las cuales el pueblo accedió a volver a la ciudad, conocemos sólo una de carácter político, pero es indudable que hubo también concesiones de índole económica. *Las propuestas de los tribunos en las Asambleas de la plebe, cuya aprobación ("plebiscitum") tenía fuerza de ley para todas las clases sociales, fueron declaradas libres, es decir, no sujetas, como anteriormente, a la previa opinión del Senado* (ley del tribuno Hortensio). Como se ve, el partido dominante sabía ceder muy fácilmente en épocas de graves guerras exteriores.

En la apremiante situación en que se encontraba, Taren-

to pidió la intervención de *Pirro*, rey de Epiro. Este había acariciado desde largo tiempo el plan de fundar un gran reino que abarcase la Grecia occidental, Italia meridional (Magna Grecia) y Sicilia; acogió, pues, de muy buena gana la invitación de Tarento, en cuyo puerto desembarcó poco después con un ejército bien armado, apareciendo, por primera vez en las guerras del occidente, también un buen número de elefantes. Los romanos fueron derrotados (280) cerca de Heracléa y el año siguiente no lejos de Ausculum (Apulia), pero las pérdidas sufridas por el ejército de Pirro fueron tan considerables y la situación en Sicilia y en Epiro mismo tan inquietante que se vió precisado a abrir negociaciones con los romanos. Una embajada de Pirro se presentó al Senado romano, el cual se mostraba vacilante ante las proposiciones que se le hacían; entonces se levantó el anciano *Apio Claudio*, el famoso ex-censor, ciego, y empezó, indignado, su oración así: "Hasta este instante me llenaba de angustia la pérdida de mi vista, pero ahora deploro no ser también sordo, para no tener que escuchar cómo estáis sacrificando el honor de Roma con propuestas y deliberaciones ignominiosas. ¿Dónde está vuestra orgullosa palabra, difundida por todo el mundo, de que, si el gran Alejandro hubiera venido a Italia para combatir contra vuestros padres y contra vosotros mismos, a la sazón todavía jóvenes, ya no sería celebrado como invencible, sino que con su huída o muerte habría contribuido a la gloria de Roma". Y concluyó: "Abandone, ante todo, Pirro el suelo de Italia y después hablaremos de paz". El Senado aceptó el consejo de Apio, se organizó un fuerte ejército y en el año 275, en la batalla de Benevento (Maliessa), Pirro sufrió una derrota aplastante. El sueño de un reino epirota-italo-sículo se había desvanecido definitivamente y Pirro tuvo que regresar a Epiro, para terminar poco después sus días que no conocieron nunca un momento de descanso. Tarento tuvo que entregarse, siendo así terminada la unificación de Italia, desde el arroyo Macra (Spezia) y el Rubicón (Rimini) hasta el estrecho de Mesina. La Galia cisalpina (valle del Po), una vez sujeta a la dominación romana, será considerada, lo mismo que Sicilia, como "provincia", vale decir, como territorio "extranjero" sometido al gobierno de Roma.

Quedaban ahora una frente a otra *Roma* y *Cartago*, siendo inevitable el formidable duelo que durará casi 120 años y terminará con la destrucción de la gran metrópoli fenicia. Pero, antes de exponer los detalles principales de la lucha que debía determinar los destinos del mundo mediterráneo, son necesarias algunas consideraciones sobre el carácter especial del imperialismo antiguo. El imperialismo moderno arrebató territorios y se adjudica colonias, semi-colonias y esferas de influencia para sacar abundantes materias primas, monopolizar mercados para la producción de la metrópoli o la madre patria, como se dice con un término eufemístico, e invertir capitales, cuya función principal es asegurar utilidades a sus poseedores. La economía antigua descansaba casi exclusivamente sobre el "material humano", siendo casi insignificante el aporte del elemento técnico; en una exportación en masa de productos o mercaderías no había, pues, que pensar, y por consiguiente tampoco en grandes inversiones de capitales, las cuales se reducían a satisfacer las necesidades del comercio, incomparablemente menos intenso que ahora, a proveer en proporciones relativamente pequeñas los créditos de guerra y a costear, en licitación y por cuenta del Estado o los municipios, la construcción de obras públicas. La economía era eminentemente agraria y con la progresiva extensión del latifundio requería "material humano" barato. Además, había que asegurar un cierto bienestar colectivo a la población de la metrópoli y a esto tenían que concurrir los territorios extranjeros conquistados mediante contribuciones e impuestos. Material humano (esclavos) y expoliación de los países extranjeros: éstos eran los móviles reales del imperialismo antiguo. Naturalmente, como ocurre hoy, las verdaderas intenciones de las clases dominantes se ocultaban ante las multitudes, de cuyo seno salían los soldados, los verdaderos conquistadores, tras promesas y frases altisonantes: más tierras a los campesinos, defensa del suelo, los altares patrios y las tumbas de los antepasados, el prestigio y el honor de la patria, etc., etc. Parece que la humanidad no ha progresado en nada, tampoco en este respecto, contrariamente a lo que van repitiendo los sostenedores de un evolucionismo indefinido y rectilíneo.

Otro aspecto del imperialismo antiguo es su *concomitan-*

cia con la democracia política, característica esta también de los grandes imperialismos modernos. ¿Los imperios coloniales de Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y las aspiraciones yankis a la supremacía económica en el Pacífico y en todo el continente americano acaso no son realidades, planes y designios salidos de las entrañas de las varias democracias políticas burguesas? Pero, dejemos la palabra al profesor Bloch: "La política imperialista era en la antigüedad, un fenómeno necesario y concomitante con la democracia. Esto nos lo enseña también la historia de la única gran potencia griega, Atenas. La moral y perspicacia política estaban entonces demasiado poco desarrolladas para que cada individuo no considerase su inmediata ventaja personal como centro de su actividad política. Como la dirección política del Estado estaba en manos de una minoría de ciudadanos y éstos podían alcanzar un tenor de vida cómodo a costa de la colectividad, respectivamente de una mayoría económica y políticamente impotente, no había para ellos ninguna necesidad de aspirar a las fuentes exteriores de riquezas. *La política imperialista de las democracias era en todos sentidos política de explotación.* Con plena conciencia de la dignidad que le confería la soberanía, el ciudadano antiguo no experimentaba alegría por las tribulaciones en el campo o en el oscuro taller; antes bien, quiere que otras manos trabajen por él, así como en las generaciones pasadas las familias nobles del país habían mantenido en sujeción económica a las otras clases sociales. Por el solo trabajo de los esclavos esa cómoda situación no era de muy fácil alcance. También los esclavos costaban dinero y sangre, y por otra parte la capacidad productiva del país iba de año en año acercándose a su límite. Si se quería satisfacer el empuje de la población que exigía un posible y amplio aumento del bienestar y ganancias bastantes y fáciles, era menester *hacer tributario al exterior* y buscar por doquier factores de producción que, encontrándose fuera del territorio urbano, llevasen a éste cierta parte de sus utilidades. De esta necesidad surgió por todas partes en la antigüedad la política imperialista, y en casi todas la encontramos en pleno desarrollo o en su iniciación, como fenómeno concomitante de la victoria democrática, la que en territorio griego asume ordinariamente la forma de monarquía

popular, la llamada "*tiranía*". En Roma esta primera victoria de la democracia se alcanzó manteniendo la forma republicana del Estado. Pero, en el curso de la evolución, se desprendió de ella una nueva aristocracia, que logró adueñarse de toda la dirección del Estado y, continuando vigorosamente la política democrático-imperialista, explotarla y hacerla servir para sus propios intereses especiales. La nueva aristocracia (patricios y plebeyos ricos) tuvo en su contra de nuevo una democracia y nuevamente triunfó esta última, pero esta vez bajo el signo de la monarquía, bajo cuya dirección se inició una evolución distinta, correspondiente a las mudadas bases sociales". Mi disconformidad con esta última opinión del prof. Bloch la expondré en la clase de clausura del curso.

Fijado así el carácter fundamental del imperialismo antiguo, vamos a relatar, en sus grandes líneas, el largo duelo mortal entre las dos grandes potencias del Mediterráneo, Roma y Cartago. Bien es cierto que ambas hubieran podido vivir y prosperar en paz, una al lado de la otra, pero la lógica del imperialismo, aunque consiente equilibrios y treguas transitorios, es la soprafacción, porque así lo imponen los intereses de clase a quienes sirve. La época moderna, especialmente desde la primera mitad del siglo pasado, representa la encarnación más brutal y sangrienta de esa lógica, ínsita en la naturaleza misma de las sociedades divididas en clases opresoras y oprimidas.

Cartago, en aquel entonces al lado de Alejandría el más grande emporio comercial del Mediterráneo, era una colonia fenicia (púnica, como la llamaban los romanos), que poco a poco se había independizado de la madre patria (Tiro), extendiendo su influencia comercial y económica sobre todo el África septentrional desde Cirene hasta Gibraltar, sobre las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, por cierto tiempo sujetas también a su dominio político, sobre las Baleares y las costas de España. Sus navegantes y mercaderes se habían internado hasta los mares del Norte y el Báltico y en el Atlántico sur hasta las regiones del ecuador, alcanzando, según algunos investigadores, el mismo Cabo, la punta extrema austral de África. Su constitución era aristocrático-oligárquica,

pero esta riquísima aristocracia descansaba sobre el comercio y la industria de entonces, mientras que la aristocracia romana había salido de la agricultura. Los cartagineses eran los ingleses de la antigüedad y en todos los puntos principales de las rutas marítimas y comerciales establecían bases navales y factorías o agencias para el intercambio de productos con las poblaciones del interior. El punto más débil de su poderío eran las fuerzas militares (flota y ejército), bien armadas, abastecidas y guiadas, *pero compuestas casi exclusivamente de mercenarios, y hasta de esclavos, mientras que los soldados romanos eran rudos campesinos, políticamente libres*. La derrota de Cartago débese principalmente a esta inferioridad, orgánica y cualitativa, al mismo tiempo, de sus contingentes militares.

La guerra estalló en el año 264, habiendo aceptado los romanos el pedido de Hierón, tirano o rey de Siracusa, de ayudarle, contra los cartagineses, dueños de la mayor parte de Sicilia. Los cartagineses fueron derrotados por tierra, pero una victoria naval parecía imposible, careciendo los romanos de una flota y disponiendo los siracusanos sólo de un escaso número de barcos. Rápidamente Roma emprende la construcción de una flota, proveyendo a los navíos de puentes especiales de abordaje, innovación ignorada por los cartagineses. En las aguas de Mila (Milazzo) los romanos obtienen bajo la dirección de Cayo Duilio, su primer victoria naval (260), destruyendo casi completamente la flota cartaginesa. Otra victoria naval la obtiene el cónsul Cayo Lutacio Cátulo cerca de las islas Egates en 242, mientras en Sicilia las fuerzas cartaginesas son empujadas hacia la extremidad occidental de la isla. La paz se concluye en el año 241 y por esa Cartago renuncia, en favor de Roma, a Sicilia y a todas las islas entre ésta e Italia. Sicilia, con excepción del territorio de Siracusa, es convertida en primera provincia romana. Así termina la primera guerra púnica.

En 238 los romanos se posesionan de Cerdeña y Córcega, afirmando que lo hacían en virtud de los términos de la paz del 241; en realidad se trataba de una brutal violación de aquella paz, por cuanto Cerdeña y Córcega estaban fuera de la línea establecida (desde el Lilibeo a la Macra). La indignación suscitada por este hecho en Cartago fué enorme,

pero estaban todavía abiertas las heridas de la reciente guerra para contestar con las armas a la violación romana. En 222 Roma sujeta a toda la Galia cisalpina transformándola en provincia y en 219 a Iliria (Albania y parte de Dalmacia). Las conquistas se sucedían, dadas las condiciones y comunicaciones de entonces, puede decirse, a paso de carga.

Para compensarse de las pérdidas sufridas en el Jonio y el Tirreno, los cartagineses emprendieron la conquista del interior de España, apoyados en las colonias fenicias de la costa y la base naval de Cartago Nueva (Cartagena). Mas, el Senado romano, al cual incumbía la dirección de los negocios extranjeros, vigilaba atentamente todos los pasos de la temida rival. En un convenio con Asdrúbal, jefe de las fuerzas cartaginesas destacadas en España, se fijó el río Ebro como límite extremo de la penetración púnica en la península ibérica, pero al mismo tiempo Roma concluía un pacto de alianza con la ciudad de Sagunto, que se encontraba aquende la línea del Ebro, establecida en el convenio con Asdrúbal; tratábase, evidentemente, de una nueva violación de parte de Roma, por cuanto, si Sagunto era ocupada por los cartagineses, Roma hubiera tenido que intervenir en fuerza del pacto de alianza. En 219 Aníbal, sucesor de su cuñado Asdrúbal y uno de los más grandes generales de todos los tiempos, toma Sagunto después de ocho meses de sitio: Roma considera esto como "casus belli" y así empieza la segunda guerra púnica.

Aníbal, que, aún jovencito, había jurado en presencia de su padre, Amílcar, un odio a muerte a los romanos, concibe el plan fantástico de invadir a Italia traspasando los Alpes. Y ya en el otoño del año 218, por el paso del Cenisio, se presenta en el valle del Po, agregándose a él los galos padanos, recién sujetos por Roma. Los primeros encuentros con los romanos ocurren cerca del río Tecino y poco después cerca del Trebia, afluentes del Po; en ambos los romanos quedan derrotados. Una gran batalla se libra, en 217, cerca del lago Trasimeno (Perugia) y termina con la destrucción casi completa del ejército romano; cae el mismo cónsul, el popular Flaminio, vencedor de los galos y constructor de la famosa vía desde Roma a Rimini. Aníbal no cree llegado aún el momento de marchar sobre Roma y se dirige hacia la Italia central y

meridional para sublevar a los pueblos sometidos contra Roma; dicho plan tuvo éxito solamente en parte, por cuanto el núcleo central de los itálicos confederados siguió siendo fiel a la metrópoli. En 216 los dos ejércitos se enfrentan en *Cannas*, donde los romanos sufren la más grave derrota que registra su historia. El camino hacia Roma estaba ahora abierto, pero Aníbal, desconfiando de sus aliados itálicos y apreciando justamente la fuerza de que disponía aún Roma, concentra a sus tropas en Capua, que le abre sus puertas, y espera a los refuerzos pedidos a Cartago. Por otra parte, Aníbal no miraba a la destrucción de Roma, sino a reducirla a las modestas proporciones de un Estado limitado a la Italia central. El gobierno romano adopta, en este momento decisivo de su existencia, un plan audaz, pero peligroso: desguarnece casi completamente el Lacio, confiando en el valor desesperado de los ciudadanos en caso de un ataque a Roma, y organiza tres ejércitos, uno de los cuales es enviado a España para impedir la llegada de los refuerzos cartagineses por tierra, el otro a las espaldas de Aníbal en Italia meridional y el tercero a Sicilia, donde la misma Siracusa había abrazado la causa de Cartago. En 212, después de un largo sitio, Siracusa es expugnada por el cónsul *Claudio Marcelo*, encontrando en esta ocasión la muerte Arquímedes, el más grande físico de la antigüedad; toda la Sicilia vuelve en poder de los romanos. En 211, habiendo Aníbal debido abandonar momentáneamente Capua, el ejército romano emprende el sitio de la misma, mientras el general cartaginés aparece de improviso ante las murallas de Roma para atemorizar a los ciudadanos y obligar al gobierno a levantar el sitio de la ciudad campana. Mas, a pesar de la maniobra estratégica de Aníbal, Capua cae poco después y es destruída como punición por la traición a que es cometida. Mientras tanto, en España los refuerzos cartagineses, conducidos por el hermano de Aníbal, Asdrúbal, logran, después de muchas luchas, romper el cerco del ejército romano y penetran en Italia, en 208, pero el año siguiente (207) son aniquilados cerca del Metauro por los cónsules *Livio Salinator* y *Claudio Nerón*. La guerra estaba ya decidida y así lo reconoció el gran Aníbal, obligado a retroceder hasta el Brútium (Calabria), donde esperó en vano otros refuerzos de parte de la oligarquía carta-

ginesa, la que no había perdonado nunca a su familia el intento de establecer un gobierno popular.

Mientras Aníbal vagaba, en ocio forzoso, por las Calabrias, Roma enviaba al África, con un fuerte ejército, a su mejor general, *Publio Cornelio Escipión*. Apenas ahora, la aristocracia mercantil de Cartago se acuerda del gran ciudadano abandonado a su suerte en Italia y lo invita a regresar para asumir la defensa de la patria amenazada. En el año 202, en los campos de *Zama*, Aníbal es derrotado por Escipión. El día de *Zama* es el fin de la potencia cartaginesa. La paz, suscripta en 201, impone a Cartago una fuerte contribución de guerra, *la cesión de toda la flota*, el reconocimiento de España como territorio sujeto al dominio de Roma, la prohibición de emprender guerras fuera de África y en África sólo con *el previo permiso de Roma*. Todo el occidente, excepto la Galla (Francia), está por esa paz... de Versalles bajo la dominación y la influencia de Roma.

Había que conquistar ahora el flanco oriental. En el año 181 los romanos ocupan la región de los vénetos e Istria y fundan Aquilea como base naval en el Alto Adriático y baluarte de defensa contra los pueblos del norte; Iliria estaba ya en parte bajo la dominación romana; faltaban todavía Macedonia y Grecia. En 168 Pérseo, rey de Macedonia, es derrotado en Pidna y hecho prisionero por el cónsul Lucio Emilio Paulo. Macedonia es dividida en cuatro repúblicas bajo el protectorado de Roma. Con el derrumbe de Macedonia están decididos el fin de la independencia de los estados griegos y la desaparición de Cartago, la que iba reconquistando poco a poco su antiguo esplendor comercial en detrimento de las ciudades itálicas y sículas. Por haber osado Cartago defenderse, *sin el permiso de Roma*, contra Masinisa, rey de Numidia, aliado de aquélla, el Senado declaró la guerra (150), *imponiendo a los cartagineses la salida de su ciudad para establecerse en un lugar distante 15 kilómetros del mar*. A esta pretensión monstruosa que significaba la muerte no sólo civil, sino también material, los cartagineses contestaron con una defensa heroica y desesperada que se prolongó por más de tres años; apenas en julio del año 146 el cónsul *Escipión Emilian*o logró expugnar la ciudad, la que fué completamente

arra ada. Polibio narra que después de la destrucción el vencedor, Escipión Emiliano, denominado después el Menor, vertió lágrimas de cocodrilo sobre las ruínas de la gran ciudad. En septiembre del mismo año el cónsul Mumio destruía a Corinto, último baluarte de la libertad helénica. La conquista del Asia Menor, despedazada en muchos pequeños estados, vendrá más tarde y será una empresa relativamente fácil.

El Imperio está virtualmente hecho. El Africa septentrional (desde la Pequeña Sirte a Gibraltar), España, la Galia meridional (Galia narbonense), Italia. Iliria, los Balcanes, Grecia y las grandes islas del Mediterráneo obedecen a Roma. Los campesinos y proletarios romanos e itálicos han llevado a cabo una tarea realmente colosal. ¿En beneficio de qué clase?

Sobre los caracteres generales de la filosofía actual ⁽¹⁾

Por FRANCISCO ROMERO

Lo seductor de la filosofía es que, más allá de toda parcial perspectiva, nos da la línea misma del horizonte. Todos los caminos conducen, como a su fin último y natural, a esta posición última, la única que se basta a sí misma. Todos los senderos, así los del conocimiento como los de la acción, desembocan por su extremo en ella. A la filosofía se llega desde la matemática y la física, como Mach, Weyl, Bertrand Russell y tantos otros de ahora y de antes; desde la biología, como Wundt y Drieckh; desde la filología, como Nietzsche; desde la historiografía, como Croce; desde la teología, como Schleiermacher y Brentano. Se desemboca en ella partiendo de los lugares más diversos y aún más inesperados: de la oficina del comerciante, como Mainländer; del claustro monacal, como Bruno; del taller del zapatero, como Jacobo Böhme; de la cubierta del navío, como Africano Spir; del Regimiento, como Eduardo de Hartmann, y hasta del club de ajedrez, como Lasker.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
(1) Aligeradas de ciertas repeticiones y digresiones, útiles para ayudar la comprensión del que escucha, pero ociosas para el lector, estas páginas reproducen el texto de una conferencia pronunciada en el Centro de Estudios Pedagógicos de la Escuela Antonio Devoto, el 12 de mayo de 1934.

Esta universalidad u omnipresencia de la filosofía demuestra su necesidad, o, dicho más claramente, su *fatalidad*. La filosofía se ha definido de las maneras más diferentes y hasta contradictorias. Es difícil encontrar para ella a lo largo de su dilata historia una definición que satisfaga ampliamente. Pero si es arduo definirla, no lo es caracterizarla e identificar la fuente eterna de donde mana. El hombre es esencialmente unidad consciente, persona, yo. Es el ser que se posee —o que aspira a poseerse— a sí mismo, que manda en sí, que se domina y que se contiene. El proceso de la civilización y de la cultura acusa cada vez más esta tendencia a la unidad y al autodomínio, este poseerse, que es armoniosa y equilibrada disciplina interior en el hombre auténticamente culto y que, como todas las cosas buenas, tiene su caricatura, que es la frialdad y la afectada indiferencia del "hombre de mundo". Por esta tendencia hacia la unidad y el autodomínio, la civilización y la cultura se desarrollan a costa de la espontaneidad, de la dispersión natural, promoviendo la aparición de las funciones de control, de las inhibiciones. De esta esencia del hombre como persona, como algo estrictamente unitario, que se manifiesta como voluntad de autoposesión y autodomínio, derivan lo que podríamos llamar el *deber de conducta* y el *deber de conciencia*. El *deber de conducta*, anterior a cualquier postura ética determinada, nos impone obrar desde el núcleo mismo de nuestro ser, es decir, desde nuestro ser como persona unitaria, de manera que cada acto nuestro sea una afirmación total de nuestro yo, y nos exige al mismo tiempo que impidamos a nuestros impulsos periféricos manifestarse por su cuenta, sin ley ni norma. Es un imperativo de responsabilidad, y esta palabra, una de las más densas y graves del diccionario, alude al poseerse a sí mismo en la acción, es decir, en el hacer y en el reprimirse o contenerse. El *deber de conciencia* nos impone poseernos en esa manera especial que es el poseerse intelectualmente en el espejo de la reflexión, el saberse. "Conócete a tí mismo", dictaba en Grecia el Oráculo como el primer precepto de la sabiduría. Y conocerse íntegramente significa conocerse y conocer el mundo, *nuestro* mundo, en su múltiple carácter de contorno nuestro, de campo de nuestra acción y escenario de nuestra vida, de parcial creación de nuestro espí-

ritu en nuestro conocimiento de él, de substancia maleable para la voluntad humana. El *deber de conciencia* nos prohíbe ignorar y olvidar. Nos manda saber hasta el límite extremo y hasta la última profundidad. Y esta exigencia de saber último es la que procura satisfacer la filosofía, aunque en la práctica lo realice con todas las limitaciones y desfallecimientos propios de las cosas humanas, sin excluir el pasajero desconocimiento de la naturaleza misma de ese saber, como ha sucedido cada vez que las cuestiones verdaderamente finales se reemplazaban por las últimas generalidades de la experiencia científica. Sabido es que los antiguos dieron a la filosofía por símbolo el buho, compañero de Palas, porque, como dice Hegel, levanta su vuelo al crepúsculo. Buen símbolo también por esa manera del buho de girar la cabeza, que es como si quisiera abrazar con la mirada todo el horizonte.

Una manifestación muy enérgica y genuina de este ambicioso deseo del hombre de saber y de saberse —que, como hemos visto, es connatural con él y está en la esencia misma de su vida— aparece en la aspiración al conocimiento perfecto y necesario. El hombre no se contenta con saber que las cosas son así, de este o de aquel modo, sino que aspira además a establecer que son así necesariamente, que no pueden ser de otra manera. Su ansia de conocimiento va más allá de la mera aprehensión del dato; es afán de inteligibilidad, de racionalidad, y le lleva a ponerse constantemente, al lado de la cuestión de hecho, la cuestión de derecho; al lado del cómo, el porqué. Y para anclar firmemente este porqué, descubre o crea más allá del orden empírico y sensible, un orden suprasensible e inmutable, de consistencia perfecta y cuyo rigor satisface todas las exigencias de la razón. Desde cierto punto de vista, la historia de la filosofía es la historia de las tentativas para descubrir la trama de este orden estable y seguro, que se supone yacente bajo la transitoriedad del orden empírico o planeando sobre él. A grandes rasgos podemos enumerar y caracterizar algunas de las maneras capitales de concebir ese orden. Una de esas concepciones es el mundo de las Ideas de Platón, mundo trascendente a las cosas reales, constituido por las Ideas, que son como paradigmas o modelos perfectos de las cosas; mundo plenamente metafísico. Otra de estas concepciones, ya

no plenamente metafísica, sino entre metafísica y lógica, nos la ofrece el Racionalismo del siglo XVII en sus grandes sistemas, que ve como al través de la carne del mundo real una especie de esqueleto ideal, entre ontológico y matemático, de una absoluta perfección lógica. Kant nos proporciona otra interpretación del orden sobreempírico, poniéndolo no ya sobre las cosas, como Platón, ni en las cosas mismas, como el Racionalismo barroco, sino en el sujeto mismo; la realidad se somete a este orden, porque sólo llega a nosotros por la mediación de ciertas actividades nuestras que son este orden mismo. Y finalmente, la fenomenología, el movimiento filosófico más vasto y coherente de nuestro tiempo, trabaja ahora en edificar o descubrir un orden equivalente, si no igual a los mencionados, afirmando la existencia de ciertas estructuras —las esencias— inmutables y fijas. Como uno de los caracteres de la filosofía actual, podemos retener el intento de reconstruir, sobre las nuevas bases proporcionadas por el método fenomenológico hallado por Husserl, el orden ideal o inteligible, en forma afín, aunque distinta fundamentalmente, a la propuesta por Platón en sentido plenamente metafísico, por la ontología lógico-matemática del Racionalismo del siglo XVII y por el apriorismo kantiano.

Para comprender otras determinaciones importantes de la filosofía actual, tenemos que hacer un poco de historia, aun a riesgo de repetir lo que todo el mundo sabe. Sólo una ojeada retrospectiva puede darnos ocasión para destacar, por diferenciación y hasta por oposición respecto al pasado, ciertas notas distintivas del presente filosófico.

La filosofía occidental moderna, desde fines de la Edad Media hasta ahora, se suele dividir en unos cuantos períodos bien definidos. El primero —que los alemanes llaman a veces *Uebergangszeit*, período de transición— es el Renacimiento, la aurora de los tiempos nuevos, que se vuelve hacia la Antigüedad clásica recién descubierta como bajo el influjo de un sortilegio. Es la época de Paracelso, de Vives, de Giordano Bruno, de Bacon. Un panteísmo fantástico, poético y místico constituye el fondo de la visión del mundo de este período, aunque se exploren con ardor casi todas las vetas del pensa-

miento griego, mientras la ciencia propiamente dicha busca su rumbo, que sólo encontrará cuando gobierne su timón la firme mano de Galileo. La época siguiente es el Racionalismo, el período de los grandes sistemas de Descartes, Spinoza y Leibniz, que ocupa todo el siglo XVII; es la época en que se constituye la nueva ciencia de la naturaleza, cuya base ponen Galileo y Descartes. El descubrimiento de los métodos y principios de esta nueva ciencia natural es uno de los dos o tres sucesos de importancia capital en la historia del pensamiento de Occidente. Sobre la pauta admirable de la nueva concepción científica, que a los hombres de aquel tiempo aparecía como la revelación del último misterio de las cosas, el Racionalismo del siglo XVII pretende estructurar todo su sistema del mundo, toda su visión de la realidad. Así se elabora la concepción mecanicista del Universo, que se ilusiona con la creencia de poder encerrar en un haz de fórmulas matemáticas el pasado, el presente, el porvenir, y que es acaso el más formidable esfuerzo del hombre para reducir a unidad inteligible la diversidad infinita de la experiencia. El trabajo posterior del pensamiento —en filosofía, desde el Romanticismo; en la ciencia, desde la crítica del mecanicismo— ha corregido y sigue corrigiendo la desmesurada ambición de esta concepción de la realidad y la ha puesto en su sitio, como un punto de vista condicionado históricamente y ya traspuesto, y no como la palabra definitiva sobre la esencia misma de las cosas; como una perspectiva que va siendo reemplazada y cuya vigencia no es de ningún modo la omnímoda y absoluta que soñaron los grandes espíritus de los siglos XVII y XVIII, en una especie de sublime embriaguez matemática.

Tras el áureo período del Racionalismo del siglo XVII, en que dominan las figuras gigantescas de Descartes, Spinoza y Leibniz, el siglo XVIII intenta aplicar en gran escala, tanto en la ciencia como en la vida, los principios descubiertos por el Racionalismo. El siglo entero se entrega a una vasta empresa de racionalización. Es la llamada Epoca de las Luces, la Ilustración, cuya figura típica y representativa es Voltaire, y cuyo acontecimiento cumbre es la Revolución. En el final de esta época coincide con los primeros esfuerzos del Romanticismo filosófico, contemporáneos de Kant, que luego se prolon-

garán dentro y a lo largo del Idealismo alemán postkantiano. El Romanticismo afirma los derechos de la realidad concreta —y ante todo de la realidad humana, íntegra, histórica— contra el señorío tiránico de la razón abstracta. La Ilustración concebía un ideal del Hombre, con mayúscula, único, con la razón como supremo resorte. Cuanto se apartaba del cartabón de la racionalidad era error, cuando no se llegaba a considerarlo algo peor. Tal punto de vista era el menos adecuado para la comprensión de la historia, que, en efecto, quedaba muy malparada en el pensamiento del siglo XVIII. Contra la Ilustración, el Romanticismo significó, entre otras cosas, la justificación del hombre histórico real, de los hombres, contra el hombre artificial, sin patria ni tiempo; el reconocimiento del propio valor y sentido de cada época, la comprensión profunda de la historia humana (1).

El Idealismo alemán recoge algunos de los motivos fundamentales del Romanticismo, pero no desarrolla todo lo que estaba en éste en anuncio o en potencia. El Idealismo alemán constituye una época cerrada y bien definida, que comienza con la aparición de Fichte y termina con la muerte de Hegel; este período, de intenso brillo, es bien breve, y cuesta trabajo imaginar que todo este tumulto de pensamiento, que se arquitectura en sistemas completos y rigurosos, sucede en un plazo que sólo estirándolo llega al medio siglo. De las varias raíces del Idealismo, Kant es sin duda la más considerable. Kant, a fines del siglo XVIII, había resuelto, como se sabe, la crisis sobrevenida en el Racionalismo, con su descubrimiento del sujeto trascendental, que determina toda la realidad al conocerla y en cuanto conocida, conformándola a su manera. Era una especie de absolutismo del sujeto, del yo, fuera del cual quedaba la cosa en sí, incognoscible, inalcanzable para nuestro saber. Este yo kantiano, este sujeto omnipotente y abandonado a sí mismo en una especie de soledad imperial, poseía, por los poderes acumulados en él y por su aislamiento, una tensión interna que había de producir, apenas se le abriera un camino, la profusión metafísica que se desbordó en el Idealismo alemán. Se ve, pues, cómo este movimiento, prosiguiendo a su

(1) Sobre la actitud de la Ilustración y del Romanticismo ante la historia. véase CROCE, *Teoría e Storia della Storiografia*, en los capítulos correspondientes.

modo el pensamiento kantiano, lo continuaba y al mismo tiempo se desquitaba de la abstención metafísica decretada por Kant en una especie de orgía especulativa. En el Idealismo reconocen además los críticos el influjo de la gran poesía del tiempo y de las íntimas aspiraciones del alma germánica, hasta el punto de que ese movimiento es inseparable del despertar de la conciencia nacional alemana a principios del siglo XIX.

Este bosquejo sumario ha de tenerse presente para entender los modos típicos y diferenciales del pensamiento actual, donde aparecen también los dos momentos que parecen obligatorios en toda secuencia histórica: el de la continuidad y el de la oposición respecto al pasado.

El Racionalismo, como se ha dicho, establecía el primado de la razón. Creía que la realidad es racional, es penetrable por la razón estricta. Contra esta concepción, la filosofía actual hace plaza a lo irracional, y no sólo lo acepta provisionalmente, sino que a veces ve en él una instancia más profunda que la racional. Ya el Romanticismo, a principios del siglo XIX, reivindicaba los derechos de lo irracional. Pero es en los comienzos de nuestro siglo cuando lo irracional hace irrupción violenta en el ámbito filosófico con la llamada "filosofía de la vida", la de Nietzsche, Dilthey, Simmel, Bergson. . . Cada uno de ellos adopta una posición distinta, pero todos coinciden en afirmar la radical irracionalidad de la realidad y de la vida. Para Nietzsche, por ejemplo, verdad y vida son inconciliables, y la razón debe someterse al interés vital: "Fiat vita, pereat veritas", sea la vida y que perezca la verdad, es su grito. El Pragmatismo seguirá sus huellas, convirtiendo al pensamiento en un mero utensilio. Dilthey contrapone al conocimiento racional de las ciencias naturales un "comprender" intuitivo e irracional, inevitable fundamento, según él, del conocimiento en las ciencias del espíritu; muchos investigadores actuales le siguen por estos caminos, hallando de este modo una de las más ciertas superaciones del Racionalismo naturalista. Y Bergson, como es bien sabido, atribuye a la razón una función utilitaria y secundaria frente a la intuición, que es capaz, en su opinión, de conducirnos al corazón mismo de la realidad.

En algunos de los pensadores de la llamada "filosofía de

la vida", esta reacción contra el Racionalismo, esta triunfante afirmación de lo irracional, se nos aparece ahora como etapa transitoria, como el disfrute tumultuoso de la primera victoria ganada contra la razón, que imperó en el pensamiento de Occidente desde los filósofos presocráticos, desde los griegos lejanos y maravillosos que plantaron en nuestros orígenes filosóficos, como dos hitos formidables y eternos, los conceptos de ser y devenir. El Racionalismo del siglo XVII europeo, en efecto, es la continuación del naturalismo racionalista griego y toda esta línea ilustre era la que venía a contradecir el Romanticismo del siglo XIX con sus aspiraciones tan profundas como informes, y la que luego, a principios del siglo XX, quería quebrar sin reparo la "filosofía de la vida". Pasó la fiebre de aquellos primeros años de nuestro siglo, y el trabajo filosófico continuó con más calma, con menor agresividad, pero con mayor eficacia. Y si el programa de la "filosofía de la vida" no se cumplió íntegramente, muchos de sus problemas quedan en pie esperando solución. Y el Racionalismo tal como lo entendió el siglo XVII, tal como lo difundió y popularizó el XVIII, es seguro que no volverá más.

Para poner ejemplos del conflicto actual entre lo racional y lo irracional, recordemos a Ortega y Gasset en España, a Meyerson en Francia, a Nicolai Hartmann en Alemania. Ortega y Gasset, en *El Tema de nuestro tiempo* y en más de un ensayo aparte, muestra agudamente el conflicto entre lo cultural y lo vital, y aspira a una conciliación que de ninguna manera podrá lograrse por los caminos ya andados; esta conciliación, sobre nuevos supuestos, parece ser el problema que más le importa y el eje de todo su trabajo filosófico actual. Meyerson, como es sabido, ha renovado en estos últimos años la filosofía de la ciencia, sobre todo con su libro capital *Identidad y Realidad*, ya clásico. Según Meyerson, la ciencia tiene por función racionalizar la realidad, irracional en sí. Esta irracionalidad de lo real se hace patente de vez en cuando, en la forma de una resistencia a entrar en los marcos del pensamiento científico; entonces la ciencia ensancha sus moldes para que quepa en ellos el hecho nuevo. Pero este ensanchamiento progresivo de sus cuadros, de sus categorías, no quiere decir que la ciencia capte verdaderamente la realidad, porque la

ciencia no es lo que queremos conscientemente que sea, sino un producto o un proceso cultural, histórico, que obedece a ciertas leyes propias y que tiende a satisfacer ciertas necesidades de nuestro espíritu. Y estas necesidades no son propiamente las del conocer, las del puro saber, sino la exigencia de racionalidad, que en última instancia se satisface afirmando la persistencia de la identidad bajo la continua mutación empírica, la permanencia de "algo" inmutable y substancial bajo el desfile interminable de los fenómenos.

Así como ha sido en los últimos tiempos el franco-polaco Meyerson el más ilustre crítico de la ciencia, es ahora Nicolai Hartmann en Alemania el más autorizado tratadista en teoría del conocimiento. Antes, cuando aun dominaba la pre-ocupación antimetafísica que siguió al inmoderado abuso especulativo del Idealismo alemán, se hablaba del problema del conocimiento como si fuera una cuestión autónoma, entre psicológica y lógica, que podía desenvolverse en un plano casi empírico. Hartmann, en su ya famoso libro *Principios de una Metafísica del Conocimiento*, de 1921, desvanece este error y afirma el carácter y el sentido metafísico del problema gnoseológico. La relación entre el sujeto y el objeto, que es el enigma a desentrañar, presenta ya una serie de momentos irracionales insclubles. El objeto, además, muestra un fondo incognoscible cuya presencia establece el análisis del problema, pero cuya total aprehensión está vedada a nuestra capacidad y nuestras posibilidades de conocimiento. En Hartmann se advierte muy bien esta tendencia de la filosofía auténtica de todos los tiempos y de la nueva filosofía a determinar lo que sabemos, y a circunscribir y delimitar y determinar, aunque sea en términos negativos, lo que no sabemos aún y aun lo que nunca podremos saber. La posición contraria era la del Positivismo, que se volvía de espaldas a su ignorancia, que terminaba por ignorar su ignorancia misma, en una actitud que aparentemente era de una alta modestia científica, pero que en el fondo era de una real petulancia.

Puede resumirse que lo irracional, si no halla ya proclamaciones tan insolentes y acatamiento tan incondicional como halló en los primeros años de nuestro siglo, por parte de algunos pensadores representativos de aquel momento, en cam-

bio afirma su posición y cuenta cada vez más en casi todo el ámbito de la filosofía.

Con esta cuestión general de lo irracional guardan conexión estrecha dos problemas predilectos de la indagación filosófica de nuestra época; el problema de la historia y el de los valores. El problema de la historia no es nuevo; la consideración filosófica de lo histórico-social ha hecho correr ríos de tinta. Pero sí es nueva o casi nueva la manera cómo se lo encara en nuestro tiempo. El problema de los valores, en cambio, es todo él de una rigurosa novedad.

Mientras regía la concepción racionalista elaborada por los grandes filósofos del siglo XVII, el problema de la historia no podía hallar una solución adecuada. El Racionalismo engendra el naturalismo, es decir, la concepción de toda la realidad según el paradigma de la ciencia natural exacta; por este camino puede llegarse a una sociología de tipo naturalista, como se llegó en efecto en el siglo XIX, pero es difícil asignar a la historia su puesto debido en el sistema de las ciencias. Todo el movimiento de crítica y delimitación del Racionalismo ha traído, como uno de sus más importantes resultados, la relativización de la concepción naturalista de la realidad, que antes parecía la única posible o la única legítima, mostrando que no es sino una perspectiva especial, la perspectiva que se obtiene aceptando ciertos principios y aplicando ciertos métodos. La investigación filosófica descubre ahora que, al lado de aquellos, se pueden aceptar otros principios y aplicar otros métodos, que nos den la fundamentación del conocimiento de lo social-histórico, de lo humano, de modo que este saber ya no dependa del saber naturalista. Es este, como se ve, un problema de teoría de la ciencia, pero es también, más allá, un problema de concepción del mundo y de metafísica. El imperio incondicionado y único de la ciencia natural, la validez universal de sus principios y de sus métodos, reposa sobre la concepción naturalista de la realidad, y esta a su vez se apoya sobre la *visión* racionalista, previa a las sistematizaciones individuales del Racionalismo. Criticadas y relativizadas las tesis racionalistas, el naturalismo pasa a ser un mero punto de vista, y la ciencia natural cesa de ser el paradigma ideal de todo saber, haciendo lugar a conocimientos de otro tipo, como el conocimiento histórico.

No hay tiempo ahora para referir las tentativas valiosísimas realizadas en nuestro tiempo para fundamentar filosóficamente el saber de lo histórico-social. Los gérmenes de cuanto se ha hecho después están ya en el Romanticismo y sobre todo en lo que ahora se denomina en Alemania la "Escuela histórica", ampliando mucho el viejo sentido de esta expresión, que antes se aplicaba sólo a la tendencia iniciada por Savigny en el estudio del derecho, y actualmente designa todo el movimiento historicista que va de Herder a Dilthey. Entre los numerosos tratadistas del problema en nuestro tiempo, recordemos ante todo al mayor y más genial, Guillermo Dilthey; a Croce, a Rickert, a Simmel.

Rickert —valga como ejemplo— se plantea al mismo tiempo y casi como un mismo problema el de la historia y el de los valores. Sostiene que el método de la ciencia natural y el de la historia poseen igual validez científica, aunque son muy diferentes. El método de la ciencia natural busca leyes, es decir, es generalizador, mientras el método histórico determina conceptos únicos y es por lo tanto individualizador. Pero la aplicación de uno u otro de estos métodos exige una distinción previa, que es una distinción de valor. El método generalizador o de la ciencia natural se aplica a aquellos objetos que nos son indiferentes desde el punto de vista del valor, y el método individualizador, a los objetos que tienen conexión con valores. Como estos últimos objetos son, en la concepción de Rickert, los que integran el mundo de la cultura, las ciencias se dividen en ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura. El papel atribuido aquí al valor exige que se dilucide despacio lo que es el valor mismo, y esta es la tarea que emprende Rickert en su *Sistema de Filosofía*, que es en realidad una teoría y un sistema de los valores (1).

En lo particular, la doctrina de Rickert se presta a serias objeciones. Entre lo que parece incommovible en ella está la determinación de lo cultural en función de valor. Antes era habitual definir conceptos como el de cultura o el de progreso sin nombrar los valores. Pero lo que ocurría era que la noción de valor, en muchos casos, se introducía sin decirlo y aun sin conciencia de ello, porque es imposible, por ejemplo, conce-

(1) Ver el libro de RICKERT, *Ciencia cultural y Ciencia natural*.

bir un progreso efectivo sin incremento de valor (1). La aparición del problema del valor, la consideración estricta del valor en sí, sólo eran posibles después de la crítica y de la superación del Racionalismo, porque el valor es plenamente una instancia irracional. Desde Brentano (2), que es quien ve por primera vez con claridad en la cuestión del valor, se comprende que el valor no se aprehende por vía intelectual, sino por vía emocional. Y el tratadista por excelencia de este problema, el grande y malogrado Max Scheler, admite resueltamente la naturaleza irracional del valor y emprende la tarea de construir lo que podríamos llamar la teoría del orden emocional; dicho en pocas palabras, sostiene que mediante la vida afectiva superior llegamos a captar entidades objetivas, *a priori*, aunque irracionales, exactamente como mediante la inteligencia captamos las objetividades y lo *a priori* del orden racional o intelible.

El Idealismo alemán, de Fichte a Hegel, se caracteriza por la construcción de grandes sistemas en los que entra la realidad en todos sus aspectos y maneras. Ya se ha dicho que la poesía del tiempo —saturada a su vez de intención filosófica— influye en este espléndido movimiento, contribuyendo sin duda al atrevimiento de estas arquitecturas de pensamiento a las que llamó alguna vez Lange “poesía de ideas”.

La reacción contra la proliferación poético-especulativa del Idealismo no se hizo esperar, y, como, toda reacción, pasó sus justos límites, porque en lugar de censurar una determinada filosofía, extendió su repudio a toda filosofía. Sólo a principios de nuestro siglo se volvió a filosofar con seguridad y confianza, y se volvió a conceder crédito y a atribuir prestigio al pensamiento filosófico que se vigila a sí mismo y se contiene, que se mantiene en su fuero y que se resiste a entregarse a ese delirio especulativo y fantástico en que cae nuestra mente cuando se abandona deliciosamente a su propio movimiento.

Una de las lecciones que nos ha dejado aquella época es

(1) M. GARCÍA MORENTE. *Ensayos sobre el Progreso* (Revista de Occidente, números de enero, febrero y marzo de 1932).

(2) F. BRENTANO. *El Origen del Conocimiento moral* (Biblioteca de la Revista de Occidente). Una excelente introducción al problema del valor la proporciona J. ORTEGA Y GASSET, *¿Qué son los Valores*. (Revista de Occidente, octubre de 1923).

la desconfianza hacia los grandes sistemas. Así como lo mejor es enemigo de lo bueno, así hay cierto antagonismo, que puede llegar a ser incompatibilidad, entre el espíritu o la voluntad de verdad y el espíritu o la voluntad de sistema. La voluntad de verdad quiere que prestemos nuestra adhesión en cada caso a lo que suponemos ser la verdad, y sólo a eso. El espíritu de sistema predetermina y condiciona de antemano la solución de cada problema parcial de acuerdo al esquema general. El Idealismo alemán fué acaso la época de toda la historia de la filosofía en que más enérgicamente se impuso la voluntad de sistema, y también en que triunfó con mayor brillo. Nuestro tiempo, en cambio, prefiere la voluntad de verdad y siente la propensión sistemática sólo en segundo término. No quiere esto decir que renuncie al sistema, que es una perenne exigencia de la filosofía, sino que conoce el riesgo de las sistematizaciones antes de tiempo.

De aquí cierto carácter especial o monográfico en la indagación filosófica actual. Los más típicos pensadores de nuestro tiempo trabajan en profundidad más que en extensión. El gran sistema cerrado —aunque siga siendo la forma ideal de la visión filosófica— no parece ser de nuestra edad, de la etapa filosófica que ahora vivimos. Pensadores como Brentano, por ejemplo, sólo dejan tras sí escritos monográficos. Y un filósofo de la envergadura y la originalidad de Dilthey, no alcanza a terminar muchos de sus trabajos, porque su método no es el del que construye, sino el del que averigua e indaga. En general —y con todas las excepciones de que se presiente cuando se generaliza—, el filósofo constructivo que crea, un poco al modo del artista, ha dejado su lugar al filósofo que investiga o busca, como el hombre de archivo o de laboratorio. Y esto explica ese carácter de obra incompleta o trunca que muchos reprochan a las realizaciones de la filosofía de ahora. Porque lo que construimos va adelante mientras el ímpetu creador no falla, pero lo que se busca se halla o no se halla, y es de hombres honrados no sustituir la invención al hallazgo (1).

(1) Otras consideraciones sobre el mismo asunto hallará el lector en mis trabajos *La Filosofía actual. Consideraciones preliminares* (Boletín de la Universidad Nacional de La Plata, tomo XVII, núm. 2, año 1933), y *Vieja y nueva Concepción de la Realidad* (CURSOS Y CONFERENCIAS, año II, núm. 1, julio de 1932), al que acompaña un itinerario bibliográfico para quien se interese por los temas indicados en el texto.

La Enfermedad de Chagas ⁽¹⁾

Por SALVADOR MAZZA

La Enfermedad de Chagas o Tripanosomiasis Americana, es una afección parasitaria, netamente americana, hasta por su descubridor —el Prof. Carlos Chagas— actual Director del Instituto Osvaldo Cruz en el Brasil. Chagas investigando deyecciones de insectos hematófagos en el Estado de Minas Geraes, encontró que en la región existía uno —el *Triatoma mejista*— de talla grande (alrededor de 3 ctms.), muy abundante en los domicilios y que los naturales llamaban “barbeiros”, insecto semejante a nuestra vinchuca —*Triatoma infestans*—, aunque de tamaño mayor, que encerraba flagelados en gran cantidad dentro del tubo intestinal. La inoculación de estas deyecciones en monos callitrix, dió por resultado la observación en la sangre de los mismos, después de unos días que varía según los casos, pero que puede admitirse que es de unos 8 más o menos, la aparición de flagelados, que luego las tinciones especiales, demostraron ser tripanosomas especiales con un gran blefaroplasto casi terminal en el extremo superior. Más adelante Chagas examinando sangre de niños, y de

(1) El doctor Flavio L. Niño ha tenido la amabilidad de resumir en estas páginas el curso del doctor Salvador Mazza sobre la enfermedad de Chagas.

animales domésticos como el gato, habitantes de los a
lios donde se encontraban estas vinchucas con flagelados,
contró un tripanosoma igual al obtenido en la sangre de
monos inoculados con las deyecciones de las vinchucas. Los
tripanosomas son así llamados por estar morfológicamente
constituídos por un cuerpo protoplasmático fusiforme, un nú-
cleo cromático voluminoso —el trofo-núcleo— situado más
cerca de la extremidad anterior que de la posterior; un núcleo
cromático más pequeño y compacto que el anterior, pero vo-
luminoso si se le compara con el observado en otras especies
—el quineto-núcleo o blefaroplasto— cuya situación en la
extremidad posterior del parásito no es precisamente terminal;
un flagelo que partiendo del blefaroplasto se dirige hacia la
extremidad anterior y la sobrepasa en una longitud casi igual
a la ya recorrida, flagelo que presta inserción a una membrana
con pocas ondulaciones, —carácter diferencial de ésta espe-
cie de tripanosoma,— al cual se llamó *Schizotrypanum cruzi*,
en virtud de ser el carácter más saliente de este parásito, el de
reproducirse en el interior de los tejidos del hombre y de los
animales natural o experimentalmente parasitados, en los cua-
les sufre un proceso particular de multiplicación, diferente al
observado en las especies hasta entonces conocidas, que lo
hacen por división longitudinal.

Fué también la escuela brasileña con Chagas a la cabeza
la que estableció las formas clínicas de esta nueva enfermedad,
demostrando que ella se presenta con un cuadro agudo casi
siempre mortal, observado en las criaturas de corta edad, con
sus formas cardíacas y meningo-encefalíticas, que además pue-
den atacar a otros órganos, los ganglios linfáticos que se pre-
sentan infartados, y en especial a los de secreción interna como
la glándula tiroides produciendo una alteración especial lla-
mada mixedema, en virtud de la cual los enfermos se presentan
con la cara hinchada por un edema mucoide que no deja la
impresión característica producida por el dedo en otros tipos de
edemas. Cuando los enfermos han conseguido salvar con vida
del ataque agudo de la enfermedad pasan al estado crónico
con graves alteraciones nerviosas, psíquicas y cardíacas, cons-
tituyendo las llamadas formas nerviosas (diplejía, paraplejía,
idiocía, etc.,) y formas cardíacas (disociaciones aurículo-ven-

triculares, miocarditis, muerte súbita, etc.) Las formas agudas se caracterizan por el hallazgo en cantidad más o menos abundante del tripanosoma en los exámenes de sangre hechos sobre preparados frescos o lo que es mejor en gotas gruesas, según el clásico procedimiento de Ross, es decir, previa hemólisis y coloración de las mismas por el Giemsa diluido. En cambio, en las formas crónicas, es de regla no encontrar los parásitos en la circulación, no porque éstos hayan desaparecido de ella, sino porque su número es tan escaso que el encontrarlos es toda una hazaña; para suplir este inconveniente y con fines de establecer un diagnóstico preciso se recurre a ciertos procedimientos que rinden útiles servicios, cuales son: la inoculación de una buena cantidad de sangre del enfermo sospechoso en animales sensibles (cobayo, lauchitas blancas, cachorros de perro, etc.), los cuales en los casos positivos, no tardan en contraer la infección y, en ellos ésta adquiere una marcha aguda con una buena cantidad de parásitos en la circulación, circunstancia que favorece el diagnóstico etiológico del caso observado; la investigación de anticuerpos específicos en el suero de los pacientes mediante la reacción de Machado que es para el caso que nos ocupa como la Wassermann para la sífilis, es decir, una reacción de fijación del complemento, y, por lo tanto, de técnica delicada y que exige manos especializadas para su ejecución; por último, se puede también recurrir en procura de un diagnóstico, al cultivo de unas gotas de sangre en el medio de Noguchi o en el llamado de las NNN, en los cuales los tripanosomas se dividen y multiplican pasando por las formas leishmanias y critidias, y al llamado *xenodiagnóstico* por Brumpt y que consiste en hacer chupar sangre de los enfermos por vinchucas limpias, es decir, nacidas y criadas en el laboratorio y por lo tanto exentas de parasitismo, observando el ulterior desarrollo y evolución en el insecto del tripanosoma cruzi, cuando el resultado es positivo.

Tanto los investigadores brasileños como los de otros países, Brumpt, Rossembuch, Niño, etc., establecieron que el tripanosoma cruzi al ser absorbido por las vinchucas conjuntamente con la sangre de que se alimentan, sufre en el tractus digestivo de estos insectos una serie de modificaciones que conducen a la multiplicación de los mismos pasando previamente

por los estadios leishmaniforme y critidiforme hasta transformarse en los llamados tripanosomas metacíclicos por Brumpt, es decir, formas afiladas y delgadas de movimientos muy vivaces, que se encuentran en gran cantidad en la última porción del tubo digestivo y que constituyen las formas infectantes por excelencia cuando son expulsados con las deyecciones de los insectos y éstas son depositadas sobre la piel o las mucosas de los vertebrados sensibles. Véase para más desarrollo, la tesis de Emmanuel Días. Chagas y otros autores brasileños, como también Niño entre nosotros, demostraron la posibilidad de que las vinchucas sean infectantes no sólo por sus deyecciones sino también por la picadura.

Completando esta serie de descubrimientos que venían a aclarar los ciclos evolutivos del parásito, en el insecto transmisor como en los vertebrados parasitados, se estableció también por Chagas y los autores brasileños, que en la Naturaleza existen animales silvestres, que se encuentran naturalmente infectados por el *Schizotrypanum cruzi* y que constituyen por esta circunstancia verdaderos reservorios del virus, como ejemplo, ciertas especies de armadillos como el "Tatú" (*Dassypus novencinctus*), con la particularidad del hallazgo en sus cuevas de un hematófago, *Panstrongylus geniculatus*, que también presentaba en su tráctus digestivo formas evolutivas del tripanosoma cruzi, análogas a las ya vistas en los triatomas que atacan comúnmente al hombre es decir, los *Triatoma mejista* e *infestans*, pudiendo a su vez concurrir a las viviendas humanas y alimentarse de la sangre de sus moradores.

Esto es a grandes rasgos, el resumen de la obra realizada por los autores brasileños en el descubrimiento y conocimiento exacto de esta nueva tripanosomiasis humana; veamos ahora, sucintamente, lo que a este respecto se ha hecho en nuestro país.

La existencia en una gran extensión de la República del *Triatoma infestans*, conocida con el nombre de vinchuca, y la comprobación por Maggio y Rossembuch, por Niño y por otros autores, de que suelen estar infectados por el *Schizotrypanum cruzi* en grandes cantidades, que alcanzan para algunas regiones al 100 % de los ejemplares examinados, hizo pensar lógicamente en la existencia de casos de Enfermedad

de Chagas, hipótesis sostenida por Mazza y luego calurosamente por Niño en su tesis, a pesar de las opiniones en contra de otros investigadores. El examen sistemático de sangre en las regiones palúdicas en busca de parásitos malarígenos, no tardó en revelar la presencia de individuos portadores del tripanosoma (casos de Mühlens, y colaboradores de Mazza, etc.), pero sin que se hubieran sospechado en ellos la afección que nos ocupa. Niño pudo comprobar el diagnóstico de forma crónica disendocrínica de la Enfermedad de Chagas por el hallazgo de nidos leishmaniformes en los órganos de una lauchita blanca inoculada con la sangre de la enferma sospechosa. Pero, es recién en los últimos años que el problema ha adquirido interés particular desde el momento que fueron hechos los primeros diagnósticos clínicos de Enfermedad de Chagas en sus formas agudas por Mazza y Romana en el Chaco Santafecino, en una región insospechada hasta entonces de albergarla con comprobación parasitológica en la sangre, y, en uno de los casos que falleciera por un proceso distinto de su parasitosis, comprobación de las lesiones descritas para esta enfermedad, con el hallazgo de lesiones características aunque sin parásitos en los diversos órganos, especialmente corazón, en el hígado y bazo entre los componentes del llamado sistema retículo-endotelial de Aschoff, que, como sabemos se encuentra distribuido en todos los órganos de la economía, tejidos en los cuales penetra el parásito para multiplicarse, siguiendo en los órganos un proceso semejante al observado en el tubo digestivo de los insectos transmisores y en los cultivos sobre medios apropiados como el llamado N. N. N. y el de Noguchi.

Mazza pudo confirmar, mediante la reacción de Machado, la existencia de formas crónicas cardíacas en un todo semejantes a las descritas por los autores brasileños, que terminaron su vida por muerte súbita, estableciendo también que en dichas regiones el porcentaje de este tipo de muerte es elevado en comparación con las causas de fallecimiento; bien entendido, que, en estos casos se descartan las etiologías sifilíticas y reumáticas.

Mazza y Romana, en la misma región del Chaco Santafecino, comprobaron la infección del "Tatú" (*Dasyatis novencinctus*), en un 36 % por el tripanosoma cruzi y captu-

raron ejemplares de *Panstrorgylus geniculatus* en los alrededores de las viviendas; estableciendo también, que las comadrejas picasa (*Didelphis paraguayense*) y colorada (*Lutreolina crassicaudata paranaensis*) son en la región, depósitos naturales del virus. Examinando la sangre de los armadillos de Jujuy, Mazza había encontrado ya, en un escaso número de ellos, pertenecientes a la especie *Chactophractus vellerosus vellerosus*, la presencia de formas sanguícolas del *Schizotrypanum cruzi*. En la misma región, Mazza puso de manifiesto por primera vez en el país la infección natural del perro cachorro por el *Schizotrypanum cruzi*.

Por lo expuesto, se comprende toda la importancia que esta afección tiene para nosotros, cuyo verdadero alcance sólo se sospecha; requiriendo de los médicos que ejercen en las regiones con vinchucas parasitarias una mayor dedicación y mejor conocimiento de la Enfermedad de Chagas con el objeto de individualizar las formas clínicas de una afección cuyo pronóstico será siempre grave hasta tanto la ciencia encuentre una medicación específica y eficaz que permita luchar contra ella con ventaja. Por último, vemos por lo dicho, cuán grande puede ser la colaboración del público profano, remitiendo a los centros de estudio sea vinchucas, armadillos u otros animales capaces de albergar el *Schizotrypanum cruzi*, para contribuir de esta manera al mejor conocimiento de la afección en nuestro país.

Crítica de la Reforma universitaria

Por HECTOR P. AGOSTI

I

EL SURGIMIENTO DE LA REFORMA

La Universidad argentina propiamente dicha nació en 1821, al fundarse la de Buenos Aires. Entonces vivía aún del recuerdo de Chuquisaca. En esa primera época fué su misión simple y restringida: movió modestas iniciativas de cultura, afinó un núcleo intelectual urbano, dió sentido civil a la monotonera y propagó la idea de la unidad nacional.

Más tarde, al desarrollarse, la Universidad entró en una segunda fase: desde ese momento convirtiéndose en el refugio de la aristocracia. Sanguinetti (1) dice que creó una nueva clase: la "clase" de los doctores. Era una institución el doctorado. El título, la cifra que franqueaba todas las entradas. Fué la edad de oro de la Universidad señorial. La Universidad preparaba las castas dirigentes. De allí salían los futuros ministros, los futuros diputados, los futuros gobernadores. Los mismos que luego serían promovidos —fulgor del patriciado vacuno y latifundista— desde las tertulias famosas del Jockey Club, en-

(1) FLORENTINO V. SANGUINETTI: *Por la divulgación de la reforma universitaria argentina*, 1926. Inserto en la compilación de Gabriel del Mazo: *La Reforma Universitaria*, Ediciones C. E. M., Buenos Aires, 1927. Tomo I, pág. 139.

tre el chisme político reciente y el comentario de la última carrera.

De allí surgió la generación del 80. Era la "oligarquía esclarecida". Afirmaba seguir las huellas de Sarmiento. Introdujo el positivismo, el culto enardecido de Comte.

La generación del 80 tomó en sus manos el porvenir argentino. Sus manos estaban enfundadas, naturalmente, en la bandera azul y blanca; pero debajo de esos colores celestiales tintineaban, con áureo y subyugante tintineo, las libras esterlinas.

Se construían los ferrocarriles, con capital inglés, deformando las directrices del necesario desenvolvimiento económico del país. Se desarrollaban los saladeros, germen de los frigoríficos actuales, también con capitales ingleses. Se transformaba la explotación del campo —subrayemos este hecho sustancial. Y este otro: se incorporaba al país una fuerte corriente inmigratoria, porque se pensaba, de acuerdo al andante apotegma de Alberdi, que "gobernar es poblar".

La generación del 80, la "oligarquía esclarecida", aquella "cuya cultura —al decir de Pinedo— superaba a la masa obscura", dominó esta hora de la historia argentina. Llevaba el orgullo de su patriciado. Era la aristocracia de la República, magüer el artículo 16 de la Constitución. Y esta generación surgía de la Universidad, era su representación más auténtica. Una de sus figuras relevantes predijo ya en 1899, quizás sin advertirlo, la muerte de esta Universidad: "Las instituciones son, al fin, formaciones del orden moral y tienen que adquirir —o languidecen y mueren— la consistencia y la morfología misma que quiere darles el medio que las nutre." (2)

Universidad aristocrática y feudal, la Universidad de entonces. Un conspicuo reaccionario —Gregorio Aráoz Alfaro— decía de ella, en una conferencia pronunciada en 1915 en la Universidad de Tucumán: "Las viejas Universidades europeas, y en grado menor las nuestras, fueron eminentemente aristocráticas. No se cuidaron, ni tenían por qué cuidarse entonces, de las necesidades sociales, que tan sólo en las últi-

(2) OSVALDO MAGNASCO: "Discurso pronunciado en la colación de grados del 8 de diciembre de 1899". *Anales de la Universidad Nacional de Córdoba*, por Fr. Zenón Bustos. Tomo I, pág. XIX. (Cit. por González).

mas décadas sentimos. Ocupábanse sólo de las clases sociales elevadas; trataban de prepararlas para las funciones directivas." (3)

* * *

Pero estabase produciendo un cambio en la población argentina. Había un torrente inmigratorio potentísimo. La población crecía vertiginosamente. Variaba su composición étnica. Y esta inmigración se asentaba en la región de la Mesopotamia, preferentemente en las ciudades, produciéndose ese irregular aumento de la población urbana sobre la rural, traducido en el crecimiento monstruoso de la ciudad de Buenos Aires.

Los siguientes cuadros dan una aproximada idea del fenómeno:

Relación de las poblaciones urbana y rural respecto al total de habitantes

	1869	1895	1914
Población urbana	35 %	43 %	58 %
Población rural	65 %	57 %	42 %

Crecimiento de la población

Año	Total de hab.	Hab. de Bs. Aires
1853	1.100.000	100.000
1860	1.400.000	100.000
1869	1.800.000	200.000
1880	2.500.000	300.000
1890	3.400.000	500.000
1895	3.900.000	700.000
1900	4.600.000	800.000
1910	6.600.000	1.300.000
1914	7.900.000	1.600.000

Distribución de la población

<i>Provincias agrícola-ganaderas:</i>		Buenos Aires	} 9,5 hab. p. km. ²
		Santa Fe	
		Córdoba	} 6,5 hab. p. km. ²
		Entre Ríos	

Provincia azucarera: Tucumán: 14,5 habitantes por kilómetro cuadrado.

Otras regiones: En las restantes zonas del país los porcentajes son menores, y en el vasto sur patagónico no se llega a un habitante por kilómetro cuadrado.

Ahora bien, según el censo del año 1914, el 10,5 por ciento de la población se dedicaba a tareas relativas a la agricultura y la ganadería, y el 16,7 por ciento a la industria y artes manuales. Formaban, en total, el 27,2 por ciento de la población dedicado a *tareas útiles*. En el resto deben incluirse los niños, las mujeres que no trabajan, y una gran masa de funcionarios, intermediarios, corredores imperialistas, gente sin profesión definida. (4) En ese resto debe incluirse también a los estudiantes.

Este proceso inmigratorio va a producir una variante en el carácter de la economía argentina. El trueque habíase ya insinuado en el ritmo general del desarrollo del país; pero el asentamiento de grandes masas en la Mesopotamia, servida por los ferrocarriles imperialistas, le dará sustancia y consistencia. Se pasa de una anticuada y rudimentaria economía pastoril a una economía agropecuaria. Es el momento que tan sugestivamente captó Florencio Sánchez en *La gringa*. La vieja economía pastoril —rodeo, pastoreo y carneada a pleno aire— es sustituida por el cultivo de la tierra y la mestización del ganado. Entra el alambre en el campo. Martín Fierro se transforma en una leyenda para aquietar las horas amargas del fogón. La “conquista del desierto” alarga el latifundio hasta el corazón de la pampa infinita. Los indios son despojados de sus campos, que acumularán las fortunas cuantiosas de los patrios terratenientes.

(4) *El movimiento revolucionario latinoamericano*, Buenos Aires, 1929. Pág. 144

Mas al lado de este acrecerse de las posesiones latifúndicas surgen en la campaña los elementos del capitalismo. Va apareciendo una nueva "clase", hasta entonces desconocida: la "clase" de los agricultores —los inmigrantes volcados a la faena agropecuaria.

Esta clase de los agricultores —y el comercio pequeño y mediano establecido en los centros urbanos— formará lo que ha dado en llamarse "clases medias". Hay que tenerlas en cuenta. Porque de allí provienen los núcleos estudiantiles propulsores del movimiento de "reforma universitaria".

* * *

Debía operarse, desde luego, una transformación, un cambio en la base social constitutiva de la Universidad. El cambio —y las naturales consecuencias de toda modificación— se produjo. Los hijos de esos agricultores enriquecidos, de esos comerciantes enriquecidos, de esos funcionarios acomodados, incluso de esa aristocracia obrera que podía permitirse el lujo de "labrar el porvenir de sus hijos", —todos esos muchachos fueron a la Universidad. Querían un título profesional. Aspiraban a un puesto en la vida. En las listas de alumnos de las Universidades se quebró la uniformidad de los dobles apellidos. La descendencia napolitana se mezclaba con la de los próceres de Mayo.

Los estudiantes de las clases medias, al incorporarse a la Universidad, cambian de raíz la base social de la Casa de Estudios.

Esos estudiantes —estamos hablando de un país sometido a la finanza imperialista— comprenden, ilustrados por la crisis de 1913, que la opresión imperialista se hace sentir también sobre ellos económicamente, y que no todo será contemplar el mundo con los ojos alborozados por la esperanza.

Esos estudiantes de la clase media se vuelven contra un aparato universitario de esencia aristocrática, patricia, feudal; un régimen que los ahoga. Reclaman sus derechos. Se alzan contra la feudalidad y la gran burguesía, imperantes en las normas directivas y en los hombres dirigentes. Hacen la "revolu-

ción universitaria". *Introducen la lucha de clases en la Universidad.*

He aquí el rasgo que distingue y caracteriza a la Reforma. En tanto sus ideólogos la informan como una exaltación idealista de la juventud —de la juventud considerada en abstracto, por encima, o por debajo, de las clases sociales— el rastreo primario del problema la muestra como un *producto de la lucha de clases*. Ante la feudalidad patricia y la gran burguesía —la patria arrendada a los banqueros de Londres— irrumpen masas populares de estudiantes— pequeña burguesía, en su conjunto. Arrastran tras sí a importantes sectores de la población laboriosa. Se proponen derribar un sistema prohibitivo en nombre de la "democratización del claustro". Y no obstante su ideología, contradictoria y confusa, el movimiento de reforma universitaria comporta una actuación peleadora de vastas capas de la población argentina. Hay que subrayar este carácter *clasista* de la acción universitaria. (5).

No entenderlo así es caer en explicaciones idealistas que hurtan la visión total del problema (6).

* * *

En los instantes de estallar la Reforma, la pequeña bur-

(5) Hurtado de Mendoza pretende una explicación materialista de la Reforma, desechando el planteo ideal del problema, tal como lo ejecuta González. Para Hurtado "la Reforma es un movimiento esencialmente económico que tiende a la *proletarización* (el subrayado me pertenece, H. P. A.) del estudiante de la clase media". Echase de ver que no se trata de un proceso de "proletarización" en el auténtico sentido del vocablo. Hurtado insiste en su idea cuando afirma que "la Reforma es una consecuencia del fenómeno general de proletarización de la clase media". Se trata, por el contrario, de masas pequeño-burguesas que, obturado el conducto de su acceso normal al Eldorado de la "profesión liberal", embisten contra un aparato que consideran causante de sus desazones económicas, a los efectos de capear el temporal cada vez más cercano. Eso está muy lejos de ser "proletarización", en cuanto a la significación revolucionaria que tal concepto encierra. Por otra parte, el error de Hurtado proviene de no considerar el carácter semicolonial de la Argentina. La Universidad ha vivido "cien años de dominación capitalista", escribe. De allí deduce una oposición entre la burguesía "rural y feudalista" (conservadores), imperante desde 1820 a 1880, y la burguesía "comercial e industrial" (radicales) que comienza a actuar desde 1880. Un tal análisis, desvinculado del carácter semifeudal y semicolonial de nuestro país, llevaría a inferir, falsamente, un sentido progresista y revolucionario del radicalismo. (MARIANO HURTADO DE MENDOZA: *Carácter económico y valor social de la Reforma Universitaria*, publicado en la revista *Nosotros*, octubre de 1925. Transcripto en la compilación de GABRIEL DEL MAZO, tomo I, pág. 129).

(6) Uno de los cronistas más autorizados de la Reforma —Julio V. González— presenta la acción de 1918 como el surgimiento de una nueva generación que "haciendo del dolor de su orfandad la fuente de su energía, se lanzó sola a conquistar su propio destino." Según González, la Reforma surgió para cumplir elevados ideales de redención humana. (JULIO V. GONZÁLEZ: *La Reforma Universitaria*. Tomo I, cap. II).

guesía —las “clases medias”— comenzaba a notar su importancia. Vislumbraba que alguna significación habría de tener en la política argentina. Acababa de establecerse, con la ley Sáenz Peña, el sufragio secreto. Y el establecimiento de la ley de voto secreto y de representación parlamentaria de las minorías, vino a coincidir con los primeros triunfos electorales del Partido Radical después de años de persistente abstención y aventura motinera.

El Partido Radical — agrupación demagógica, liberalista y popular— consigue arrastrar tras sí a grandes masas de la pequeña burguesía urbana y rural, los estudiantes entre ellas. En esas capas pequeño-burguesas —e incluso en una parte del proletariado— se apoya el radicalismo. Agita un programa impreciso, aunque pretende ser la oposición “progresista” a la arcaica oligarquía terrateniente. Desde entonces, la “causa” de la regeneración nacional ha de oponerse al “régimen” desquiciante, si bien el radicalismo, en lo fundamental de su lineamiento político-económico, debió seguir la ruta que le traza el carácter del país y la naturaleza de los intereses que debe necesariamente defender, dada la composición de sus cuerpos directores.

Empeñados en una lucha comicial y democrática, los estudiantes —capa idóneamente pequeño-burguesa— atisban su peso político. Y sus líderes, oteando el panorama momentáneo desde la cima de sus fórmulas “revolucionarias”, procurarán obtener resultados positivos de un descubrimiento tan alentador como insinuante.

La ascensión de Irigoyen al poder, en 1916, determina el desalojo de la pasada oligarquía de todas las posiciones de gobierno y su reemplazo por los flamantes “sans-culottes” del radicalismo. El “viejo régimen”, retirado de todas sus anteriores prerrogativas gubernamentales, se abroquela en la Universidad, esa aristocrática Universidad trocada en inexpugnable ciudadela reaccionaria. El radicalismo siente la urgencia premiosa de superar un tal estado. Y los ideólogos de la Nueva Generación claman la necesidad de derribar esa última Bastilla. Aprovecha tan favorable contingencia el Partido Radical. Es cuando surge *la revolución universitaria*. Estalla en Córdoba, donde era más visible la reacción. Pronto se extiende a todas

las universidades argentinas. Pronto gana el continente. Si no aplaude en público la "subversión", el presidente Irigoyen apoya el movimiento, lo facilita, lo recibe con cordialidad, procura utilizarlo para los fines particulares del grupo burgués-feudal que encabeza. E inversamente: los directores del movimiento alaban la "digna actitud" del radical presidente de la semana de enero (7). Es la lucha de clases. Y es la rivalidad interimperialista y los choques entre los bandos de la burguesía indígena.

De nuevo la contradicción: por un lado, masas populares que marchan hacia la destrucción de lo que consideran vetusto, anacrónico y perjudicial para el pueblo; por el otro, un aprovechamiento de esa insurgencia en favor de un bando opresor.

* * *

Finalmente en esta discriminación de las causas materiales de la Reforma, debemos referirnos a un postrer elemento de influencia.

El crecimiento de la producción en el país —con las limitaciones que supone su orientación por el imperialismo—

(7) Véanse, al efecto, los siguientes extractos, que tomamos entre muchos:
 "... Pues bien: tuvimos en primer lugar vergüenza de tolerar la inmoralidad que trasuda el que quiere enseñar lo que no sabe. Por eso nos agitamos y merecimos que el excelentísimo señor presidente de la república considerara un deber patriótico atender a la necesidad de la reforma". (Memorial de la Federación universitaria al presidente de la república, julio 17 de 1918. Recogido en la compilación de GABRIEL DEL MAZO, tomo II, pág. 51).

"... La única autoridad que a la fecha reconoce la colectividad estudiantil, es la de ese superior gobierno, a cuyo patriotismo deja librada una vez más su suerte y en cuyas altas miras confía". (Idem, tomo II, pág. 61).

"Las nuevas generaciones de Córdoba, reunidas en magno plebiscito, por iniciativa de la Asociación Córdoba Libre y de la Federación universitaria, acuerdan: 1º Ratificar su confianza en la palabra del excelentísimo Señor presidente de la República, de que reparará con espíritu justiciero las profundas subversiones en el régimen universitario del país y que han alcanzado su máximo desprestigio en la Casa de Trejo..." (Orden del día del mitin realizado en Córdoba el 25 de agosto de 1918. GABRIEL DEL MAZO: obra citada, tomo II, pág. 64).

En una carta referente al movimiento culminado con la creación de la Universidad del Litoral, escribe el líder reformista Alejandro Grüning Rosas: "El núcleo ponderado de hombres de ideas liberales y el apoyo decidido del gobierno del Dr. Menchaca, en Santa Fe, y el entusiasmo de destacados y prestigiosos universitarios de Buenos Aires, con el apoyo, que en forma tan eficaz, prestaron en su oportunidad hombres de gobierno como Irigoyen, Salinas, ... consiguió la sanción de la iniciativa que fue de la calle al parlamento". (GABRIEL DEL MAZO, obra citada, tomo III, pág. 252).

Quien desee conocer los pormenores de esa maniobra irigoyenista que se llamó "creación de la Universidad Nacional del Litoral" puede leer con provecho el libro de ANGEL S. CABALLERO MARTIN, titulado *La Universidad en Santa Fe* (Imprenta de la Universidad, Santa Fe, 1931).

exigía nuevas condiciones técnicas. Era incapaz de proveerlas la vieja Universidad. La Universidad prerreformista, proponiéndose tan sólo la ilustración de clases dirigentes, acentuaba su carácter *cultural* en detrimento de su función *profesional*. No interesa ahora hacer la crítica del sentido cultural de la vieja Universidad. En términos generales, era análogo a su actual espíritu. Ese debate carece de valor. Lo importante es registrar que ante las nuevas exigencias técnicas desprendidas del acrecerse productivo, la misión de la Universidad debía consistir en alcanzar un tal grado de profesionalización que satisficiera cada nuevo imperativo de la industria.

Se reclama, entonces, por parte de prominentes voceros de la burguesía industrial y terrateniente, una reforma en tal sentido. La ciencia al servicio de la técnica, y la técnica a utilizarse para hacer más intensa la expoliación de los trabajadores: así conciben la misión de la Universidad quienes exigen semejante reforma, poniendo al desnudo, en sus demandas, esta esencia pragmática de la cultura en el capitalismo.

Pero en oposición a los ideólogos de la pequeña burguesía intelectual, vestales intocables del valor social de la Reforma, que procuran extenderla, y hacerla trampolín para sus sueños de adueñarse de la suerte de América, estos reformistas tienen ideas claras. Se proclaman reformistas, aunque no adhieren a la bullanga izquierdizante de la doctrina oficial. Simplemente desean una reforma de carácter técnico-profesional, que haga a la Universidad apta para dar respuesta a los reclamos suscitados por el mayor desarrollo económico del país.

Es un factor determinante que debe considerarse al estudiar las causas objetivas del movimiento de reforma universitaria.

Y es un rasgo que explica la existencia contradictoria de ciertas manifestaciones reformistas. Ese reformismo del tipo de Ramón Loyarte, por ejemplo, o de Enrique Butty, incomprensible si no se recurre a este origen inmediato.

causas esenciales —las premisas objetivas— de la Reforma universitaria pueden centrarse en la contradicción existente entre el crecimiento de los elementos burgueses y pequeño-burgueses y la existencia de una doble opresión —feudal e imperialista— que traba su libre y adecuado desenvolvimiento.

Tal contradicción medular se expresa en estos tres aspectos primordiales:

A) La variante de la composición social de la estudiantina. Las Universidades, monopolio de la aristocracia latifundista, fueron invadidas por los estudiantes de la pequeña burguesía, deseosos de procurarse una profesión. Pero la limitación que el imperialismo opone al desarrollo del país, así como las rémoras feudales, agregado al abundante empleo de técnicos extranjeros, impidió la utilización de esos profesionales dando nacimiento al "proletariado intelectual". Son los médicos, los abogados, los ingenieros, los profesores, que ambulan ofertando sus brazos. Despertados por la brusca realidad, los estudiantes pequeño-burgueses comprendieron que también para ellos, no obstante la presunta independencia de la profesión liberal, regía la ley del plusvalor.

B) Las nuevas necesidades técnicas de la producción, insatisfechas por la Universidad.

C) El hecho de que en tanto la burguesía y la pequeña burguesía comenzaron a desempeñar un importante papel político, el gobierno de las Universidades hallábase en manos de profesores vinculados a los partidos de las aristocracias terratenientes.

Estos tres hechos —ensamb'ados en una contradicción inicial— dan la clave para advertir el ulterior itinerario del pensamiento reformista. De ellos debe partirse si se anhela tener un cuadro material de la *revolución universitaria*. Allí se desvastan las facetas innúmeras del problema universitario: el valor, la dirección y la finalidad de la enseñanza, el autogobierno de los educandos, la libertad de cátedra, la primacía de la ciencia pura y su relación con la ciencia-técnica, la misión de la Universidad, la extensión universitaria, la democratización del claustro.

Cada uno de estos enunciados viene configurado —implícado—, consustanciado, en los hechos cardinales expuestos: es

la fórmula que expresa el fenómeno, la imagen ilustrando la idea recóndita. Y así como la fórmula física nada significaría sin el fenómeno que grafica, estos reclamos enumerados por la Reforma son expresión de un hecho material, la exigencia para variar en su base ese hecho material, —la trompa de Rolando que convocará para la batalla a las huestes reformistas.

Es el envión *material* de la “revolución universitaria” en la Argentina. En los países de América Central, la Reforma universitaria ha sido bandera de lucha sangrienta contra el imperialismo. He aquí como surge, invariable, la permanente contradicción: esta insalvable oposición entre el carácter popular de los núcleos propulsores del movimiento y el sentir confuso de la ideología que los anima. En esos países de América Central, absolutamene sometidos —económica y políticamente— al imperialismo, las masas populares (los obreros, los campesinos y vastas capas pequeño-burguesas agobiadas por la penetración financiera) insurgen contra los invasores. La ausencia de una organización política revolucionaria del proletariado —la inexistencia de partidos comunistas —hace que esas masas, ansiosas de lucha, atrapen como bandera la Reforma universitaria, encandiladas por las bengalas de su piroctenia oratoria. ¿Acaso ese hecho le acredita ya una filiación certeramente revolucionaria? Es evidente que no. Lo insurrecto, lo antiimperialista, lo combativo, lo eficaz, es el gesto camorrero de la masa; no la ideología. El pensamiento reformista —lo anotaremos en próximo capítulo—, por sus vacilaciones y sus vericuetos, debía llevar, y llevó, a la derrota. Se trata, otra vez, de la contradicción eternamene repetida a lo largo del historial reformista.

Una antinomia que conduce fatalmente a la muerte del pensamiento incapácitado para satisfacer el clamor que lo originó.

* * *

no que, unidos a los locales, contribuyen a dar una visión total de la hora histórica de su advenimiento.

Concluía la Gran Guerra. Para los ojos asombrados de la juventud universitaria —embriagada hasta entonces por la causa del derecho (la de los aliados, naturalmente) que pregonaban sus maestros, Palacios, Almafuerte y muchos otros— para esa juventud universitaria que creía en el Alberdi de *El crimen de la guerra*, y veía en la guerra el desencadenado furor de potencias ajenas a la limpia voluntad de los hombres, para esa juventud pequeño-burguesa el final de la Gran Guerra era el comienzo de una obsedente tragedia espiritual: Occidente se derrumbaba. La secular civilización occidental —henchida de clasicismo y Renacimiento— entraba en la fase postrera de su decadencia. En los campos humeantes de la Europa desangrada, hogueras inmensas enrojecían el cielo iluminando la muerte de la cultura occidental.

Pero las tétricas hogueras de la muerte eran, también, las que arrimaban calor de cordialidad al alumbramiento del Mundo Nuevo. En medio del derrumbe estruendoso de una tradición de siglos, la Revolución Rusa señalaba a todos los oprimidos del mundo la ruta libertadora.

A cuanto ya hemos referido para explicar las condiciones históricas de la Reforma agréguese estos dos factores tan encontrados y sugestivos. Revívase el fervoroso entusiasmo despertado por la Revolución Rusa, anótese el diluvio pacifista —los “catorce puntos” de Mr. Woodrow Wilson— y entonces aparecerá la realidad argentina de 1918. Ese recuerdo permitirá, además, explicar la mescolanza ideológica que se nota en los documentos reformistas.

* * *

Veremos enseguida, más de cerca —en mayor vecindad e intimidad— el pensamiento reformista: el miembro número dos de la oposición.

Ahora dejemos establecido el carácter del primero. Lo esbozamos repetidamente en la exposición. Helo aquí, más implícitamente declarado: *la Reforma universitaria fué un movi-*

miento social, de grandes masas populares, dirigido contra un sistema retardatario de opresión feudal. La Reforma introdujo la lucha de clases en el hasta entonces apacible recinto universitario. Este rasgo distintivo, unido al carácter social y popular del movimiento, constituye la base de esta inicial semblanza de la revolución universitaria.

El Problema de las Reparaciones y los Pagos Internacionales

Por RENE BERGER

I

Agradezco ante todo vuestra deferencia. Reconozco el admirable esfuerzo que realiza esta institución y me complazco en colaborar con ella. Pido seais indulgentes, pues, se me ha pedido que hable en castellano: sólo tengo tres años de residencia en el país y la falta de práctica dificulta mi expresión. Pido también a ustedes quieran disculpar el tema que he elegido. Creo que hay pocos problemas cuya interpretación sea tan compleja como en de las Reparaciones y Deudas interaliadas. No intentaré hacer una cronología de todas las conferencias, acuerdos, arreglos, quitas, etc., que durante los últimos años realizaron los representantes de los países Aliados y de Alemania en todos los balnearios de Europa. He pensado que lo que más puede interesar a los Argentinos, es conocer los principios que dan a esta materia tan compleja una significación de valor general no sólo para la historia de las reparaciones entre Aliados y Alemanes después de la gran guerra, sino también para otros problemas económicos de actualidad.

La primera condición para un estudio de esta índole es la objetividad. Por esta razón no estudiaremos el punto de vista moral del problema, las causas de las reparaciones ni tampoco lo que se ha llamado el problema de la buena voluntad

de Alemania. Para muchas personas el problema de las Reparaciones giraba en torno de esa buena voluntad de Alemania y sostienen que si ésta hubiera querido pagar no se habría planteado tal problema. Pensando así era innecesario discutir sobre reparaciones con un método científico por la sencilla razón de que todo dependía de la buena voluntad del deudor. Me parece, señores, que esa objeción puede ser descartada por completo; la experiencia nos demuestra, a diario, que cuando un deudor no quiere pagar, el acreedor tiene a su alcance ciertos medios para hacerle cumplir sus obligaciones, siendo ésta la razón principal por la que se sigue cumpliendo con las deudas.

Ahora bien, creo que jamás en la historia del mundo un acreedor tuvo tanta fuerza como los Aliados después de la guerra. Tuvieron no sólo la fuerza, sino también la posibilidad de obrar la libertad completa de buscar los medios para obligar a los alemanes a pagar. En 1919, la preocupación primordial de los Aliados era la de resarcirse de los daños causados por la guerra para asegurar la reconstrucción y salvar sus finanzas. El problema de la buena voluntad de Alemania no era más que un problema de forma: ¿Cómo es posible, entonces, que con tanta fuerza, con tanta libertad de acción, con tanto interés en ser resarcidos, los Aliados no hayan podido obtener pagos en relación con las esperanzas forjadas en los últimos días de la guerra? . . .

Descartaré también el aspecto jurídico del problema. El tratado de Versailles, las Reparaciones y las Deudas interaliadas han originado una literatura muy compleja en el terreno jurídico. Hay una vasta jurisprudencia sobre cada uno de los artículos del Tratado de Versailles, existieron además tribunales y árbitros. Tampoco hablaré de las reparaciones debidas por los otros países por la sencilla razón de que al finalizar la guerra Alemania aparecía ser el único de los vencidos que tenía una solvencia suficiente como para exigirle la realización de pagos. Los demás países recibieron por eso un tratamiento especial que no vale la pena tratar aquí.

Antes de encarar directamente el asunto, permítanme una digresión en el terreno económico. Tal vez estas referencias les parezcan demasiado sencillas, inútil de ser discutidas; pero en la práctica todas las cuestiones económicas son sencillas, sen-

cillísimas y generalmente el olvido de esos principios primarios de la economía pesa en la solución de esos problemas.

El primer punto que deseo analizar es el siguiente: ¿Por qué razón anteriormente, en las guerras conocidas a través de la historia, no hubo nunca un problema de reparaciones? . . . Un jefe indio a quien se le hubiere preguntado después de una guerra acerca del problema de las reparaciones, no hubiera interpretado nuestra pregunta. Para él, las reparaciones las constituían el botín; tomaba prisioneros, mercaderías, todo lo que estaba a su alcance y la tribu vencedora descansaba luego exigiendo trabajo a los prisioneros y cuidando no ser sorprendida por las tribus enemigas.

¿Por qué actualmente, aunque en distinta escala, no puede hacerse lo mismo? . . .

Sencillamente por la diferencia entre la sociedad primitiva y la sociedad en la cual vivimos: Entre la guerra primitiva y la actual hay una diferencia de naturaleza más que de grado. Antes, señores, y hasta una época no muy lejana, la guerra se hizo para satisfacer las necesidades más sencillas; terminada la lucha, el pueblo vencedor quedaba casi en la misma situación que el vencido. Actualmente las condiciones han cambiado por completo: a partir de la revolución industrial iniciada en Inglaterra hace 250 años, hubo en el mundo un aumento considerable de población; las necesidades humanas se tornaron más complejas y han surgido grandes centros industriales que no tienen semejanza alguna con las ciudades de la época medioeval, que parecían pueblos de campo, sin ninguna de las características del mundo moderno. Esas nuevas masas de habitantes viven del intercambio de productos industriales; su nivel de vida depende de ese intercambio, de manera que es imposible para un pueblo como también para una determinada élite gobernante, pretender aprovechar las victorias de una guerra para aumentar su nivel de vida. Aquel sistema primitivo del botín, por el cual el vencedor se apoderaba de los bienes del vencido no puede ser llevado a la práctica en el mundo moderno, ya que ello implicaría la supresión del intercambio de productos industriales sometiendo en consecuencia a los habitantes de los dos países a un nivel de vida inferior.

Este punto fué perfectamente encarado antes de la gue-

rra. por un economista inglés, Norman Angell, quién en su obra "La Grande Ilusión", publicada en 1910, decía:

"Tratándose de potencias industriales tales como Inglaterra y Alemania, cuya vida económica y mantenimiento de la población obrera exigen que el extranjero pueda comprarle sus productos sin interrupción, todo vandalismo internacional, toda exigencia de indemnizaciones de guerra capaces de limitar la capacidad de compra del extranjero, repercutirá inevitablemente sobre la nación que ha usado de tales procedimientos".

En síntesis, en el mundo industrial moderno el vencedor se encuentra ante un dilema: o bien cobra, obtiene bienes y reduce sus ventas, o bien conserva los mercados para vender su propia producción y renuncia a la entrega de productos.

Concluída la digresión vamos a ocuparnos del desarrollo del problema de las Reparaciones cuyo aspecto inicial fué de lo más sencillo. Concluída la guerra, se aspiró a obtener bienes y mercaderías. Pero más tarde, cuando se tuvo noción del peligro a que conducía este procedimiento, los Aliados organizaron una nueva forma de pago que, según mi criterio, es la solución más compleja dada a un problema de pagos internacionales.

En esta clase, estudiaré el primer período que termina con la ocupación del Ruhr. En la segunda clase trataré el segundo período, que empieza con la ocupación del Ruhr y se extiende puede decirse, hasta el fin de las Reparaciones; me ocuparé además del plan Dawes. En la tercera clase trataré las Deudas interaliadas, el Plan Young y el Banco Internacional de Ajustes. En la última, trataré bajo un aspecto general el problema de las reparaciones y de las Deudas y haré notar su vinculación con cualquier forma de pago, que pueda ser propuesta no sólo entre Aliados y Alemanes, sino entre otros países cualesquiera.

Al finalizar la guerra mundial, la situación financiera de los Aliados no era mejor que la de Alemania. La guerra había costado sumas fantásticas; en dólares oro, valor 1913, es decir, descartando la depreciación que tenía esa moneda en 1919, el total de los gastos de guerra de los vencedores ascendía a 58.000 millones de dólares, de los cuales 23.000 millones correspondían a Inglaterra, 9.000 millones a Francia, 3.000 mi-

llones a Italia, 5.000 millones a Rusia y 17.000 millones a Estados Unidos, habiendo sido la mayor parte de esas sumas financiadas por empréstitos.

Pero el problema de los gastos de guerra no era el más apremiante; además del desastre monetario y del problema de las deudas interaliadas, los Aliados debían resolver el problema inmediato de las reparaciones. El Norte de Francia había sido totalmente destruido como también una región de Italia y de Bélgica. Tal vez le resulte difícil imaginar a quien no conozca la región norte de Francia, hasta qué límite pueden llegar los destrozos de la guerra moderna. Les diré solamente que en las "vignes" de Champagne, las mejor cuidadas del mundo, no podían diferenciarse campos de caminos, ni reconocer dónde había existido una ciudad.

El problema de las reparaciones era, pues, un problema primordial para la vida física de las poblaciones que se habían refugiado en territorio alemán o francés y cuyo retorno era imposible mientras tanto no se hubieran reconstruido sus viviendas.

Alemania estaba bajo el influjo de la revolución y del bloqueo, y sufría las consecuencias del hambre y de la actuación de un gobierno débil que asumía el poder en circunstancias difícilísimas. Pero los Aliados habían formulado promesas durante la guerra y todos anhelaban las reparaciones porque tenían problemas apremiantes que resolver. Inglaterra quería dinero porque adeudaba a Estados Unidos y éstos a su vez, exigían que Alemania pagara para reforzar la situación de sus deudores que eran acreedores de Alemania. Algunos deudores, sin embargo, comprendieron la dificultad del problema; en una carta muy interesante, Mr. Norman Dawis, el mismo que hoy forma parte de la Conferencia de Londres, dirigida a Mr. Lloyd George en 1919, le decía:

"La cuestión referente a la suma que será prudente exigir de Alemania está subordinada a condiciones políticas y económicas tales como las que siguen:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar
a) el peligro de exigir una suma tan grande que obligue a los Delegados alemanes a rehusar su pago, impulsando a los Aliados hacia la alternativa de reducir

públicamente sus exigencias o de emprender una ocupación militar durante un período de tiempo indeterminado con el fin de imponer la aceptación de estos pedidos, o de percibir directamente la suma ya pedida.

- b) La posibilidad de ocasionar un daño económico a los Aliados. Alemania sólo puede pagar mediante el trabajo de su población, disminuyendo sus importaciones y aumentando sus exportaciones. Al reducir las importaciones, los Aliados perderían parte de un mercado, en tanto que con el aumento de las exportaciones se producirá una pesada competencia comercial con los Aliados. De ahí que, exigir de Alemania un máximo de rendimiento y de economía durante un extenso período de años, con el objeto de que pueda efectuar fuertes pagos anuales, puede ocasionar daños económicos que excederían los beneficios que pudieran obtener los Aliados de las Reparaciones.
- c) Es muy probable que obligando a un pueblo a que trabaje en contra de su voluntad, durante una generación, para librarse de una deuda pesada, se provoque un malestar que podría turbar nuevamente la paz mundial, con un movimiento tendiente a repudiar esa carga y encauzar, con el tiempo, la opinión pública mundial en contra de los Aliados”.

Norman Dawis había previsto las dificultades del problema, pero nadie tuvo el coraje para reconocer la verdad. Faltaba valentía para reconocer que las ruinas superarían tal vez toda la capacidad mundial de pago. Cabe recordar que en 1919, el señor Tardieu, en su libro “La Paix”, estimaba el total de los daños a reparar en 800.000 millones de marcos oro; que en marzo de 1919 la evaluación de la delegación francesa fué de 150.000 millones de dólares, es decir, 630.000 millones de marcos oro; que el señor Klotz, el 5 de setiembre de 1919, fijó la parte mínima de Francia en 200.000 millones de marcos oro y el total a exigir de los alemanes en 375.000 millones de marcos oro. Mr. Norman Dawis, menos optimista, estimaba

este total en 120.000 millones de marcos oro, cifra a que fué, más o menos, fijada más tarde la deuda alemana.

En la estimación de la situación económica futura de Alemania, había tal optimismo que se perdía de vista la magnitud del problema. Loncheur, que era un hombre de negocios, estimaba las futuras exportaciones alemanas en 10.000 millones de marcos al año durante los 5 primeros años; en 12.000 millones, después del sexto; en 15.000 millones después del 9º y en 25.000 millones después del duodécimo año de la firma del tratado. Briand, estimaba que las exportaciones de Alemania podían llegar a 30 o 35.000 millones de marcos oro al año. Sin embargo, el total real de las exportaciones de Alemania en los años más favorables no ha pasado de 13.000 millones y, en 1933, si siguen el ritmo de los 5 primeros meses, no alcanzarán ni a 5.000 millones.

Estas ilusiones reinantes en los primeros días de ser discutidas las Reparaciones, hicieron que se descartara desde un principio el sistema de un pago global y definitivo.

La primera intención había sido en efecto, pedir a Alemania una suma fija y arreglarse después entre los Aliados sobre el método de repartición. Pero para ello hubiera sido menester ponerse de acuerdo con Alemania respecto a una cifra determinada; el monto ofrecido por ella, comparado con las aspiraciones de los acreedores, fué considerado sumamente reducido.

En verdad, en julio de 1919 era imposible establecer el monto de los daños ya que era necesario calcular el número de muertos, casas desruídas, fábricas, minas deterioradas, animales muertos, etc.

También fué rehusada la reconstrucción directa por Alemania, de los países afectados. Esta actitud de los franceses fué muy criticada; pero tenía su razón de ser. ¿Cuál hubiera sido la reacción psicológica de los obreros franceses sin trabajo, viendo emprender a los obreros alemanes la reconstrucción del Norte de Francia?... Se planteaba así una situación grave; mientras los alemanes tendrían trabajo, los franceses caerían de él y se hallarían sin los medios indispensables de subsistencia para mantener su nivel de vida. Esta es la razón fundamental por la que siempre fueron rehusadas las repara-

ciones directas por Alemania, razón que proviene, según ya dije, de la diferente forma de vida en la sociedad actual y la primitiva. En esta última podía admitirse el sistema de las reparaciones directas, porque el nivel de vida era casi independiente del intercambio industrial y el hombre era feliz precisamente cuando no trabajaba.

No hay que perder de vista que el afán de efectuar las reparaciones directas era sustentado por muchos grandes industriales alemanes que esperaban realizar un gran negocio. Por su parte, los industriales franceses querían impedir que ese gran negocio se realizara, en beneficio exclusivo de los alemanes.

Mientras tanto se habían comenzado algunas entregas en concepto de reparaciones. Según el armisticio se exigía a los alemanes la entrega de 5.0000 locomotoras, 150.000 wago-nes, 5.000 camiones y toda la flota comercial y se había organizado además la ocupación de territorios. Como es natural, esas entregas suscitaron la protesta de algunos acreedores, que temían la ruina del deudor común. Esta protesta se debía a que la situación en que se hallaban los acreedores no era la misma: unos tenían la posibilidad de ser pagados con mercaderías mientras que otros no, y es así como nace durante la discusión del tratado la divergencia fundamental entre los grandes acreedores: Francia e Inglaterra. Cuando Francia tuvo la posibilidad de utilizar de inmediato el material que recibía de Alemania, los ingleses se opusieron y, cuando más tarde, Francia estableció el sistema de las reparaciones en mercaderías, Inglaterra se opuso nuevamente porque deseaba mantener a Alemania en situación de poder pagar en dinero la suma que adeudaba.

La base jurídica en materia de reparaciones fueron los 14 puntos presentados por el presidente Wilson el 8 de enero de 1918, los cuales establecían que el tratado de paz daría a los aliados el derecho a las reparaciones íntegras de los daños ocasionados. El 2 de noviembre de 1918, es decir, antes de ser aceptado el armisticio por Alemania, una declaración aliada estableció que Alemania debería compensar todos los daños sufridos por la población civil de las naciones aliadas.

El primer problema planteado fué el de las jubilaciones.

punto sobre el cual discrepaban los intereses franceses e ingleses. Francia hubiera aceptado no exigir las jubilaciones de guerra, porque tenía enormes daños materiales, pero Inglaterra que no estaba en iguales condiciones, pedía la inclusión de las jubilaciones, lo que fué decidido finalmente en marzo de 1919, pero sin incluir en el tratado los gastos de guerra.

Así fué, señores, que se redactó en 1919 el tratado de Versailles, a guisa de transacción entre las dos tendencias aliadas: una tendiente al pago global y definitivo y la otra al pago total de las reparaciones y de los daños.

El artículo 231 se refiere al pago total y establece la responsabilidad por los daños, pero inmediatamente el artículo 222 decide que:

“Los gobiernos aliados y asociados reconocen que los recursos de Alemania son insuficientes para asegurar la reparación completa del total de daños y pérdidas, teniendo en cuenta la disminución constante de los mismos que resulta de otras disposiciones del tratado.

“No obstante, los gobiernos aliados y asociados exigen —y Alemania se compromete a efectuarlo— que sean reparados todos los daños causados durante la guerra a la población civil y a los bienes de cada una de las potencias aliadas y asociadas.

“En virtud de las obligaciones contraídas posteriormente por Alemania respecto a las restauraciones y restituciones íntegras debidas a Bélgica, Alemania se obliga, además de las compensaciones de daños y por haber violado el Tratado de 1839, a efectuar el reembolso de los préstamos concedidos a Bélgica por los gobiernos aliados y asociados hasta el 11 de noviembre de 1918, más los intereses del 5 por ciento anual de dichos préstamos. El importe de esos préstamos será determinado por la Comisión de Reparaciones y el gobierno alemán se compromete a realizar inmediatamente una emisión de bonos especiales al portador, pagaderos en marcos oro el 1º de Mayo de 1926, o a elección del gobierno alemán, el 1º de Mayo de cada uno de los años anteriores a 1926. Dichos bonos serán remitidos a la Comisión de Reparaciones, autorizada para recibirlos en nombre de Bélgica”.

El art. 233, establece la Comisión de Reparaciones, como

una especie de Tribunal encargado de fijar, antes del 1º de Mayo de 1921, el monto a exigir a Alemania.

El artículo 234, es otra concesión a la teoría del pago global: "La Comisión de Reparaciones deberá estudiar, de tiempo en tiempo, después del 1º de Mayo de 1921, la capacidad y recursos de Alemania y después de ser oídos los representantes de este país, tendrá plenos poderes para extender el período y modificar las modalidades de pago a proveer conforme al artículo 233; pero no podrá hacer quita alguna sin autorización especial de los gobiernos representados en la Comisión".

En la historia de las reparaciones se ha recurrido mucho a estos artículos con el fin de reducir las reparaciones de Alemania sin manifestarlo abiertamente.

El tratado de Versailles exigía además la restitución de los objetos que habían sido sacados del territorio ocupado y establecía una prioridad en favor de los gastos del ejército de ocupación.

Los bienes e intereses obtenidos por los alemanes en los países aliados fueron secuestrados; se estableció un régimen de "clearing" entre los bienes secuestrados por los alemanes a los aliados, disponiendo que solamente el saldo de esa compensación pasaría a la masa de las reparaciones.

Por último, el tratado establece, a título de primer pago, la obligación de Alemania de entregar 100.000 millones de marcos oro en bonos. Esa idea de los bonos les parecerá a ustedes pueril e incomprensible: ¿para qué pedir bonos ya que el tratado estableció la obligación de pagar?

El motivo de la emisión de bonos fué una de las ilusiones que más arraigo tuvo durante toda esta historia: la ilusión de la comercialización. Los aliados desearon siempre vender estos bonos alemanes en el mercado mundial y por eso los veremos aparecer luego en cada arreglo celebrado con Alemania. Además de la entrega de esos bonos, el artículo 235 fijaba en 20.000 millones de marcos oro la suma a pagar en mercaderías y en toda forma posible. De acuerdo con los anexos del tratado Alemania debía entregar a Francia 7 millones de toneladas de carbón por año durante 10 años y además, la diferencia entre la producción anual de las minas de carbón del

Norte de este mismo país antes de la guerra y la producción durante el año básico; debía entregar además, a Bélgica, 8 millones de toneladas de carbón por año durante 10 años y a Italia una cantidad que aumenta progresivamente, en el término de 10 años, de 4.500.000 toneladas anuales a 8.500.000. Se establecía en fin, un régimen especial de entregas para el alquitrán, sulfato de amonio, anilinas, productos de farmacia, cables, postes telegráficos y otras mercaderías.

El 17 de junio de 1919 entró en vigor el tratado de Versailles. Las primeras desilusiones de los Aliados, en materia de reparaciones, aparecieron durante el período transcurrido entre esa fecha y el mes de mayo de 1921. Los alemanes debían pagar antes del 1 de mayo de 1921, es decir, en el período de 2 años, 20.000 millones de marcos oro; pero un año después ya estaban en atraso sobre la totalidad de los productos solicitados y sobre los pagos en dinero. Las entregas de carbón constituían para Francia, Italia y Bélgica una necesidad primordial y con el fin de mantenerlas decidieron en la Conferencia de Spa, pagar 5 marcos oro por tonelada de carbón para asegurarse que los obreros alemanes continuarían trabajando y tendrían alimentos.

Entretanto, los aliados trataban de "repartirse la piel del oso" y establecieron para ello los célebres "porcentajes de Spa", que sirvieron de base para la repartición y fueron los siguientes: Francia 52 o/o del total; Inglaterra 22 o/o; Italia 10 o/o; Bélgica 8 o/o; Japón 0.75 o/o; Portugal 0.75 o/o; y otros países 6.50 o/o.

A fines del año 1920 Alemania había entregado buques con un desplazamiento de 2.000.000 de toneladas, 18 millones de toneladas ca carbón, 360.000 animales, 11 millones de kilogramos de productos químicos, 57.000 kilogramos de productos farmacéuticos, 4.600 locomotoras y 130.000 wagones.

Alemania adeudaba aún 12.000 millones de marcos oro; y mientras los aliados discutían la repartición de las reparaciones, atravesaba la situación más difícil. La baja del marco, iniciada durante la guerra, se acrecentó durante el período de las entregas y pagos y el gobierno se hallaba en la imposibilidad de restablecer su valor. Muchos pensaban que la caída del marco obedecía al maquiavelismo de los alemanes. Pero este hecho

denotaría una clarividencia del gobierno alemán superior a la que en realidad ha tenido. No alcanzaron a comprender, en esa época, el significado de la baja de la moneda. Ustedes no ignoran, por ejemplo, que en 1922 Alemania solicitó de la Comisión de Reparaciones un prórroga de 6 meses para acreditar sumas pagadas en marcos papel en la seguridad de que el marco subiría; pero el marco continuó bajando y Alemania se vió obligada a pedir el retorno al sistema antiguo. El hecho es que en 1919, el dólar se cotizaba a razón de 46 marcos en Berlín y en 1920 a razón de 73.

Esta situación de Alemania acrecentó en los aliados el deseo de llegar a un acuerdo sobre un pago global. Durante esos años apareció un nuevo "leit motiv": el de la "restauración de Alemania" que se denominó más tarde "restauración europea" y que en el fondo no era más que la restauración del deudor común.

En las Conferencias de Boulogne y Spa en el año 1920, no se llegó a ningún resultado, respecto a un acuerdo con Alemania. Se propusieron anualidades de 2, 3, 5.000 millones de marcos oro y más, se estudiaron índices de producción, anualidades variables en relación con las exportaciones, etc., sin llegar a ningún acuerdo.

Entretanto, la Comisión de reparaciones proseguía su tarea fundamental: la evaluación de los daños. A principios del año 1921 la comisión de reparaciones recibía las cuentas de daños pertenecientes a 19 países que representaban sumas ingentes calculadas en monedas distintas y con diferentes métodos de valuación. La verificación de esas cuentas era imposible por las dificultades que presentaban los sistemas de cálculo empleados para establecerlas. Por ejemplo: Francia pedía 219.000 millones de francos valor de reconstitución; Inglaterra 2.500 millones de libras y 7.000 millones de francos franceses; Grecia 5.000 millones de francos oro; Brasil 600.000 fr. y 2 millones de libras; Japón 832 millones de yens; Perú 56.236 libras y 150.000 francos; Liberia 4 millones de dólares, etc. Correspondía a la Comisión la tarea difícilísima de controlar y de reducir esas cifras a una medida común; pero felizmente no tuvo tiempo suficiente para dar su dictamen pues los gobiernos se arreglaron entre sí y en lugar de verificar la exactitud de esas

cifras y de hallar el total exacto de los daños causados, se decidieron, sin manifestarlo, por el sistema de pago global. En efecto, a fines de abril de 1921, la Comisión de Reparaciones solemnemente reunida en Londres decidió: "Fijar por unanimidad en 132.000 millones de marcos oro el importe de los daños a reparar por Alemania".

"Al fijar esa suma la comisión ha efectuado, sobre el importe de los daños, las deducciones necesarias teniendo en cuenta las devoluciones (especies, animales, cosas, etc., tomadas o robadas durante la guerra) realizadas o a realizar en virtud del artículo 238 y por consiguiente, nada se deberá a Alemania dadas estas devoluciones".

"La Comisión no incluye, en la cifra arriba indicada, la suma correspondiente a la obligación que corresponde a Alemania en virtud del tercer párrafo del artículo 232, de efectuar el reembolso de todas las sumas e intereses del 5 o/o que Bélgica recibió en préstamo de los gobiernos aliados y asociados hasta el 11 de noviembre de 1918".

La Comisión fijó el total general de los daños causados a Alemania y sus aliados, sin fijar separadamente ni el importe de los daños sufridos por cada país, ni el importe de categorías especiales de daños. La mejor exposición del método empleado, tal vez pueda hallarse en las explicaciones que siguen, provistas por uno de los delegados cuando el procedimiento a seguir estaba aún en estudio:

"Personalmente, considero que existe un método solamente para que la Comisión pueda fijar ese total antes del 1º de Mayo de 1921. Sin duda se presentarán cuestiones en la interpretación del Tratado, sobre las cuales los delegados podrán emitir opiniones inconciliables; aparecerán diferencias considerables en las evaluaciones presentadas por los distintos delegados sobre ciertas categorías; pero es muy posible que cuando establezcan el total de las evaluaciones que habrán suministrado sobre las distintas categorías, habrá tan poca diferencia entre los resultados obtenidos que la Comisión podrá fijar perfectamente por unanimidad un monto definitivo. Este procedimiento es el que se adopta en el interior de un país, cuando un tribunal de 3 jueces está encargado de fijar los daños resultantes de una serie de ruptu-

“ras de contratos; si los tres están de acuerdo sobre el importe total; no es necesario estén de acuerdo acerca de la indemnización a acordar en cada caso particular”.

Es así como la Comisión cumplió la tarea impuesta por el tratado, de fijar el total de los daños. Una vez fijado en virtud del artículo 234, no podía hacerse remisión de ninguna suma sin autorización especial de los gobiernos representados en la Comisión; no obstante esta reserva, el mismo artículo, da a la Comisión pleno poder para extender el período y modificar las modalidades de pago prescriptas por el “estado de pagos”. En un texto publicado por la Comisión, hay indicaciones sobre las medidas tomadas por la misma en virtud de los poderes que le han sido así conferidos.

Este era, señores, un hábil sofisma destinado a disfrazar las dificultades con que habían tropezado en 1921 los gobiernos acreedores y la Comisión. La suma de 132.000 millones de marcos había sido convenida entre los gobiernos; la Comisión sólo tuvo en cuenta esa cifra y consideró que representaba el total de los daños.

El 5 de Mayo de 1921 fué fijado definitivamente el total de los pagos a efectuar por Alemania y se obtuvo de ésta la aceptación del “Estado de pagos del 5 de Mayo de 1921”.

Tal ha sido el primer período durante el cual estuvieron en vigencia las prescripciones sobre reparaciones del tratado de Versailles.

Hasta el 5 de Mayo de 1921 estuvo en vigor la cláusula del tratado de Versailles que disponía el pago de los 20.000 millones de marcos oro; pero a partir de esta fecha se inicia un nuevo período del “estado de pagos”. Primero se cambian los bonos: la Comisión tenía los 100.000 millones de que hablamos al referirnos al tratado de Versailles; de la 1ª serie de bonos de 20.000 millones se considera que Alemania sólo ha pagado 8 millones y con los 12.000 millones restantes se emite una nueva serie de bonos llamados bonos “A”. Le siguen los bonos “B” que representan 38.000 millones y por último los bonos “C” por 82.000 millones, formando así el total de 132.000 millones de marcos oro.

La obligación de pagar un interés del 5 o/o más 1 o/o de amortización rige solamente al principio sobre las dos primeras

series de bonos, es decir, sobre 50.000 millones de marcos oro. En lo que respecta a los bonos "C" se confía en algún acontecimiento inesperado (se piensa en las deudas interaliadas), que permita reducir su monto y entretanto no se pagan intereses ni amortizaciones sobre estos bonos. ¿De qué modo se efectuaría el pago de intereses y amortizaciones sobre los bonos "A" y "B"? ... Mediante una anualidad fija de 2.000 millones de marcos oro más una anualidad variable a establecerse sobre un porcentaje del valor de las exportaciones.

Además de la posibilidad de pagar en monedas extranjeras, la Comisión estableció dos posibilidades de pago que se desprenden de lo establecido por el tratado: 1º, la reparación en mercaderías, 2º, el Reparation Recovery Act.

Aparte de las entregas de mercaderías establecidas por el Tratado, se convino la posibilidad de que Alemania pudiese pagar en otras mercaderías. Este problema era el más difícil dada la posición de los ingleses, pues cuando Francia se abastecía de carbón alemán el mercado se cerraba para el carbón inglés, hecho que provocaba la inquietud de los ingleses.

Lo cierto es que Francia, tomando mercaderías podía cobrarse con mayor rapidez que Inglaterra. Durante todo este período Francia hizo grandes esfuerzos para desarrollar el sistema de Reparaciones en mercaderías. La única facultad de los acreedores de Alemania consistía en poder disminuir la severidad de las disposiciones del tratado, pero en éste, el sistema de pagos en mercaderías era por demás burocrático. El comprador francés debía dirigirse a la Comisión, ésta pasaba una comunicación al gobierno alemán y éste a su vez la transmitía a los industriales alemanes. Estos trámites duraban tres meses o más, pasados los cuales los precios hacían muchas veces imposible la transacción. Dados estos inconvenientes, muy poco se utilizaron durante este período las reparaciones en material.

Los Ingleses hallaron a su vez un método para cobrarse de Alemania. Según la clave de Spa, los pagos en divisas extranjeras se repartían entre los Aliados; el 52 % correspondía a Francia y el 22 % a Inglaterra. Pero, ¿cómo obtenía Alemania dichas divisas? Precisamente con el aumento de sus exportaciones, en su mayor parte hacia Inglaterra. Los Ingleses sostuvieron entonces que con la destrucción de su mercado inter-

no, Alemania pagaba a Francia las reparaciones, y establecieron "motu proprio", una ley interna — "Reparation Recovery Act" — por la cual el 25 % de todas las mercaderías alemanas introducidas en Inglaterra, debían ser entregadas por el introductor al gobierno inglés, como pago a cuenta de las reparaciones.

Alemania se comprometió en 1921 a hacer lo posible para permitir el funcionamiento de ese sistema, debiendo pagar el gobierno alemán esa diferencia a los exportadores. Nos hallamos aquí, por primera vez, frente a lo que actualmente llamamos la "compensación". Además, Inglaterra consiguió que esos pagos fueran considerados entre los aliados como pagos en mercaderías a semejanza de las reparaciones en mercaderías de los Franceses.

Tal fué el sistema establecido el 5 de mayo de 1921. En resumen, Alemania tenía que pagar anualmente los intereses y amortizaciones sobre 50.000 millones de marcos (pues sobre los 82.000 millones restanes, la deuda ascendía a 132.000 millones, nada se había establecido), que importaban 3.000 millones de marcos de los cuales 2.500 millones correspondían a intereses. Recuérdese que esa anualidad debía ser pagada por Alemania mediante una anualidad fija de 2.000 millones de marcos más una anualidad variable a establecerse teniendo en cuenta sus exportaciones. Si estas últimas no aumentaban se presentaba la posibilidad de que no pudieran pagarse ni siquiera los intereses aumentando en consecuencia la deuda en lugar de reducirse.

Me olvidaba decir que el estado de pagos tenía además otra cláusula que establecía el pago inmediato y dentro de 25 días, de 1.000 millones de marcos oro en divisas. El pago de esos 1.000 millones constituyó una de las tragedias de las reparaciones. Los alemanes careciendo de medios para hallar dentro del plazo fijado la suma referida, tuvieron que recurrir a la emisión de bonos del tesoro a 3 meses; en el Otoño de 1921, al aproximarse los vencimientos, se inició el fuerte movimiento de baja del marco. El gobierno alemán imprimía marcos para comprar las divisas. En Berlín, el valor del dólar de 75 a 181 marcos y de inmediato Alemania presentó a la Comisión de reparaciones el primer pedido de moratoria.

La Comisión se hubiera inclinado a favor de una reducción de los pagos de Alemania a 720 millones de marcos oro en divisas y 450 millones en mercaderías; pero bajo la influencia francesa, propuso el aumento de las garantías, lo que rehusó Inglaterra, hostil a toda intervención en Alemania. Inglaterra presentó en cambio estudios y solicitó la reunión de una comisión de peritos para estudiar las posibilidades de estabilización del marco y es así como aparece por primera vez el "leit motiv" del empréstito internacional que fué más tarde una de las panaceas de las reparaciones.

El 12 de Julio de 1922 Alemania solicitó una moratoria completa para ese año, susceptible de ser prorrogada por dos años más. El 22 de Agosto del mismo año, Poincaré expuso la tesis francesa de las "prendas productivas", por la que exigía que en el caso de concederse una moratoria, se debía otorgar a Francia una garantía que asegurara la reanudación de los pagos que aliviara la enorme carga que soportaba Francia en 1922 y 1923, para quien el problema de las reparaciones no constituía un problema financiero, sino un problema de reconstrucción material de la región Norte.

En el año 1922, durante las negociaciones y la célebre lucha sostenida entre Poincaré y Lord Curzon, la depreciación del marco pasó de 100 a 1000. A fines de ese mismo año, los Aliados se encontraron con una Alemania insolvente, que reclamaba una moratoria y frente al problema suscitado por la teoría alemana e inglesa, según la cual era de más valor para los Aliados la estabilización del marco que la exigencia de pagos, teoría que era resistida por los Franceses, pues les era imposible aceptar la suspensión de las reparaciones en momentos en que más necesitaban dinero y mercaderías.

Siendo imposible llegar a un acuerdo, en Diciembre de 1922 la Comisión declaró por mayoría, con el voto contrario del Delegado inglés, que Alemania no había cumplido con la entrega de postes telegráficos. Se apoyaron, diré, en la falta más evidente en ese momento, para dar libertad de acción a los Aliados. Y el 11 de Enero de 1923, Francia enviaba al Ruhr una "misión de ingenieros acompañada de la fuerza armada" para ocupar el distrito.

Hemos visto en la clase de hoy los principios de una his-

toria formada por muchas esperanzas y desilusiones; hemos visto el primer esfuerzo para obtener pagos directos en forma de mercaderías y las consecuencias de esa sencilla política de entrega sobre la economía alemana y Aliada. La ocupación del Ruhr es la acción postrera de este primer período; fué el medio más práctico de tomar directamente las reparaciones al vencido.

Veremos más adelante que con posterioridad a este primer período, terminado por un acto de fuerza de los Franceses, se llega a un acuerdo internacional, no sólo entre los Aliados, sino también con Alemania, que crea un sistema orgánico de pagos y da aparentemente grandes satisfacciones a los Aliados.

Diario íntimo de una adolescente

Por ANIBAL PONCE

VII

ENSAYO DE CLASIFICACION

Las clases anteriores han ido acumulando los materiales que nos permitirán ahora, abordar algunos problemas de conjunto. El perfil de nuestra adolescente exige ser reconstruido después de haberlo fragmentado en el análisis, porque si faltara a este estudio de psicología concreta el capítulo final en que se enuncian las conclusiones y la síntesis, nos quedaríamos con esa impresión de malestar que provocaría en el espíritu de un clínico, la historia de un enfermo sin diagnóstico.

De pasada hemos ido viendo, y subrayando cuantas veces la ocasión se prestaba, los rasgos más salientes de la evolución de este espíritu juvenil: desde los comienzos oscuros de la pubertad hasta los momentos finales de la adolescencia. Como animado espejo de una edad de la vida —y ya veremos al final, dentro de qué límites y restricciones— el *Diario* de María Bashkirtseff es sin duda alguna un documento excepcional, y asombra un poco en verdad que no haya inspirado hasta hoy el estudio de psicología que merece. Algunas obras recientes de psicología juvenil, como el conocido libro de Mendousse (1), por ejemplo, transcriben de cuando en cuando, esa o aquella confesión del *Diario*; algunos tratados de psico-

(1) Mendousse, *L'Âme de l'adolescente*, passim, editor Alcan, París.

logía patológica, como el famoso de Alfredo Adler (2), aluden de pasada a María Bashkirtseff como un caso elocuente de afán de poderío; pero con excepción de estos dos autores, en que el conocimiento del *Diario* parece seguro, la mayoría de los otros que lo recuerdan dejan la impresión de que lo conocen apenas, de que lo citan de segunda mano, o de que sólo poseen inciertas referencias. Caso elocuente de esto último, es el doctor Achille Delmas que en una obra publicada en el curso de este año incluye a María Bashkirtseff nada menos que entre las deprimidas constitucionales... (3).

* * *

Por la enorme autoridad de que gozó en su época, por el prestigio que todavía lo acompaña, quiero dedicar un sitio aparte a las tres páginas que Lombroso consagró a María Bashkirtseff en su obra memorable sobre *El hombre de genio* (4). Confrontar sus conclusiones con las que nosotros ya estamos en circunstancias de enunciar, no sólo facilitará nuestra tarea sino que nos mostrará además todo lo que hay de frágil en las interpretaciones de la psiquiatría y de la psicología, todo lo que hay de pasajero y de fugaz en tantas doctrinas científicas que, en el momento de su auge, los discípulos fanáticos se empeñan en convertir en dogmas definitivos.

Si la criminología no podrá agradecer bastante a Cesare Lombroso haber emprendido el estudio científico de los delinquentes —y poco importa que la mitad de sus teorías hayan sido desmentidas, porque sobra para su gloria el simple hecho de que la dirección que él señaló condujo en línea recta a las respuestas seguras—, no me atrevería a decir otro tanto de la psicología, en el capítulo relativo al análisis del genio. Conocen ustedes, sin duda, las grandes líneas de su interpretación: para Lombroso la genialidad sólo puede aparecer sobre el terreno de la degeneración mental. Desarrollando una sospecha emitida muchas veces por el vulgo, Lombroso aseguraba que el parentesco con la locura es tan evidente que la genialidad

(2) Adler, *Le temperament nerveux*, editor Payot, París, traducción Roussel.

(3) Delmas, *Psychopathologie du suicide*, editor Alcan, París.

(4) Lombroso, *L'uomo di genio in rapporto alla psichiatria, alla storia ed all'estetica*, p. 263-265, sexta edición, Torino, fratelli Bocca, 1894.

debe ser incluída entre las psicosis, junto a la epilepsia y la locura moral. Por epilepsia entendía, naturalmente, no las grandes crisis convulsivas que casi todos ustedes han visto alguna vez, sino esas otras formas más sutiles, llamadas *larvadas*, en que la enfermedad se reduce a vértigos, ausencias, impulsiones. Por locura moral, aludía a un viejo síndrome creado por los psiquiatras ingleses, y caracterizado por la ausencia de sentimientos morales, familiares y sociales.

Su voluminoso libro sobre *El Hombre de Genio* es una revista de cuanto hombre famoso existió en la humanidad; revista en que se esfuerza en despistar a través de las biografías, las memorias, las confidencias, aquellos datos de carácter patológico que le permitan apoyar su tesis bajo el doble aspecto de la locura moral y de la epilepsia. Pero como muchos hombres de talento, —voy a decir algo aparentemente absurdo— Lombroso no era inteligente: si por inteligencia se entiende la comprensión exacta de los problemas, el control cauteloso de las hipótesis, el tacto y la medida para afirmar o sugerir. Lombroso ignoraba todo eso en absoluto: las puerilidades, las torpezas, las ridiculeces hormiguean en su obra de manera tal, que fueron durante mucho tiempo el regocijo de las escuelas rivales. Afanoso por encontrar argumentos en defensa de su tesis, no vacilaba en considerar como genio a cuanto personaje presentara algún estigma degenerativo, aunque el dicho personaje fuera de décimo o vigésimo orden; y a su vez, el detalle más insignificante o la expresión más inocente le servía para construir sobre ella sus diagnósticos apresurados de locura moral y de epilepsia. Para una psiquiatra de hoy la lectura de *L'uomo di genio* deja por eso una impresión penosa, y su obsesión pueril de descubrir a toda costa la epilepsia —tan parecida a la obsesión de Freud de encontrar la sexualidad en todas partes— resulta a poco andar, fatigante y cargosa. Voy a leerles a ustedes algunos de los nombres de mujeres que asegura Lombroso fueron geniales, para que puedan darse una idea de aquella grotesca caravana: Ninón de Lenclos, Madame de Pompadour, la Dubarry, la Maintenon, Gyp y Carmen Silva. (5).

(5) Figuran en la tabla número cinco, con el rótulo de "Scrittura dei genii femminili".

¿En la compañía de semejantes “genios” cómo habría de faltar el nombre de María Bashkirtseff? No podía faltar, naturalmente, en el capítulo octavo consagrado al análisis de la genialidad en la mujer. A las habituales preocupaciones de Lombroso sobre la epilepsia y la locura moral, se sobreañaden en este caso las relativas a otros problemas concernientes a la mujer, que Lombroso había tratado en una obra anterior (6). Casi todo lo malo que se ha dicho de las mujeres, y algunas cosas más, pretende estar demostrado allí, con gran acopio de mediciones y de gráficos. Pero únicamente nos interesa a nosotros un aspecto de esa requisitoria: el relativo a los caracteres de la inteligencia femenina. Para no perdernos en detalles que nos llevarían mucho tiempo y nos alejarían de nuestro tema, podemos decir que para Lombroso era una verdad evidente la famosa *boutade* de Goncourt: “No hay mujeres de genio, porque cuando lo tienen ya no son mujeres, son hombres” . . . Lombroso creía, pues, que en los casos excepcionales de genialidad femenina —y ya han visto ustedes qué valor tenía para él la palabra “excepcional”—, esa genialidad se asociaba siempre en la mujer con caracteres viriloides. Epilepsia, locura moral, y masculinismo: he ahí lo que Lombroso se propuso encontrar en María Bashkirtseff, como “mujer genial”. Y demás está decir que lo “encontró”. Los datos en que fundamentó sus conclusiones son todos exactísimos, y si algunos no nos parecen así, es que, como todos los que desconocieron los *Cuadernos Intimos*, Lombroso sólo se enfrentó con la imagen mutilada que el primitivo *Diario* reflejaba. Pero reconocer que todos los datos de Lombroso son exactos no equivale de ninguna manera a corroborar sus conclusiones. Vamos a ver que se prestan a una interpretación distinta y que de paso nos ayudarán a la labor de síntesis que en esta clase nos proponemos.

Señalemos ante todo que Lombroso empieza asegurando que fué María Bashkirtseff una “pintora de genio superior y originalísima en arte” (7). Tenía que afirmarlo así, porque sino el ejemplo no se le serviría de nada. Pero a cualquiera que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(6) Lombroso e Ferrero. *La Donna Delinquente, la prostituta e la donna normale*, editor Roux, Turín, 1894.

(7) Lombroso. *L'uomo di genio*, p. 263.

no defiende ninguna tesis previa, salta a los ojos lo enorme de la exageración. Nadie podría decir, sin ponerse en ridículo, que fué María Bashkirtseff una mujer de genio. Que si hubiera vivido muchos años, su personalidad de pintora hubiera alcanzado un nivel evidentemente superior al que le conocemos, es posible y casi seguro. Pero no hay en ninguno de sus cuadros —innecesario repetirlo— la huella del genio. Discípula inteligente de un pintor ilustre, no había dejado de ser en el momento en que murió, nada más que eso: una discípula inteligente.

Aclarado ese punto previo —tarea indispensable en este como en casi todos los otros ejemplos de Lombroso—, pasemos a considerar los tres rasgos de carácter que le atribuía el psiquiatra de Turín. Se apoyaba Lombroso en los frequentísimos accesos de cólera y en alguna presunta tentativa de suicidio, para sospechar en María Bashkirtseff la *impulsividad epileptoidea*; fundamentaba el diagnóstico de *locura moral* en la insensibilidad de la muchacha a los afectos familiares, en su impudor bien notorio, y en su incapacidad para el amor; y reconocía finalmente los rasgos del psiquismo *masculino*, en las repetidas ocasiones en que María Bashkirtseff manifestó su odio por la feminidad y su agudo deseo de ser hombre. Con excepción de lo que dice respecto a su incapacidad de amar —evidentemente falso—, todo lo demás es la expresión fiel de los hechos y merece su tesis, por lo mismo, ser examinada con cuidado.

Los accesos de cólera de María Bashkirtseff, frequentísimos en su infancia (8) no desaparecieron ni en su relativa madurez. Sabemos, en efecto, que aun en el taller, se entregaba a las explosiones más violentas y groseras. Pero esas explosiones, no tenían nada de epilépticas. Lo característico de la impulsión epileptoidea es sobrevenir sin causa que la justifique y acompañarse de una momentánea obnubilación de la conciencia. Ejemplo evidente de ese tipo de impulsión es el crimen epiléptico : bajo la influencia de un arranque irresistible, un epiléptico se lanza de pronto sobre un individuo que nunca ha visto y lo asesina.

(8) *Journal*, I, 25.

Los accesos de cólera en María Bashkirtseff están a mil leguas de este impulso: tienen siempre un motivo y se acompañan invariablemente de conciencia. Cierto es que en esos momentos la muchacha se hunde las uñas en la frente, se tironea los cabellos, rompe algunos vidrios, tira al suelo lo que puede, balbucea palabras no corteses (9). Pero nunca se lastima seriamente, y conoce a la perfección el valor de lo que rompe. Escuchemos lo que nos dice ella misma con motivo de una invitación para un baile que por una torpeza de un mucamo no ha podido conseguir: "Abro por undécima vez la caja de las llaves, y acabo rompiendo cuatro sillas. Ha sido poco, sin duda, porque no me ha calmado. Mientras las otras ya están preparando sus trajes, estoy yo rompiendo muebles. Demasiado buena soy que me conformo con romper los ordinarios" (10). ¡Qué diferencia entre este ataque de cólera y el impulso ciego de los epilépticos! Qué diferencia también, entre el arranque irresistible que a veces lleva a éstos al suicidio, y las contadas ocasiones en que María Bashkirtseff ha hablado de matarse! Dejando a un lado todas las veces en que el suicidio no fué en esta más que una figura retórica para expresar con elocuencia su irritación o su fastidio, quizá sea mejor escucharla a ella misma en una de esas "tentativas" de suicidio a que aludió Lombroso. Acaba de pelearse con Larderel y está tirada en el lecho, gesticulando y gritando: "Qué te he hecho, Dios mío! Cerca de mi cama, mamá lloraba de rodillas. Como antes, he buscado un poco de apoyo en medio del naufragio de mis pensamientos y no he encontrado ninguno. . . Seria-mente, no tengo deseos de vivir, nada encuentro que me retenga o interese. En un momento, todo se ha derrumbado. "Voy a tirarme del quinto piso", he dicho de pronto. Mamá lanza un grito, y yo vuelvo a caer en mi desesperación muda y horrible" (11). Para apreciar sus impulsos "epileptoides", me parece que tenemos ya bastante: cuando monta en cólera, no ignora nunca el valor de lo que rompe, y cuando se va a arrojar de un quinto piso, lo anuncia pero no se arroja. . . ¿Mentiras, farsas, comedias? Algo de eso hay, pero no es todo. Es

(9) *Cahiers*, tomo I, 228.

(10) *Cahiers*, tomo III, 25.

(11) *Cahiers*, I, 229.

propio de los temperamentos hiperemotivos, la reacción desproporcionada al estímulo que la provoca. Pero en el caso especial de María Bashkirtseff se sobreañadía a la hiperemotividad la circunstancia agravante de que no fué nunca educada ni frenada por el influjo de su ambiente familiar. En su casa y fuera de ella, fué por eso fundamentalmente la misma tiranuela de los cinco años, y sería absurdo atribuir a la epilepsia lo que con tanta frecuencia descubrimos en la psicología de la hija única.

Por lo que respecta a la *locura moral* que Lombroso le atribuye, nos encontraremos con una confusión muy parecida. El escaso lugar que en efecto ocuparon en María Bashkirtseff los afectos familiares, sólo puede parecernos exageradamente patológico si lo miramos con los ojos del adulto. Pero hay una edad, la adolescencia, en que es casi normal esa reacción, a veces desesperada, contra el ambiente de la casa. A María Bashkirtseff le irritaba en su casa, la incultura, la vulgaridad y la incompreensión. Ni la madre ni la tía —“mis madres”, como decía ella a veces— eran mujeres inteligentes, y aunque las dos no vivían sino para complacerla, la mortificaban con su chatura, con sus torpezas, con sus faltas de tacto. El desorden era, por otra parte, la norma de su hogar: desorden en la conducta, en los gastos, en los muebles, en las cosas. Unos días se vivían en la opulencia, y algunos otros, en la estrechez: “Para mi tía —escribe María Bashkirtseff— todo le dá lo mismo: que la casa se venga abajo, que el jardín se seque. No quiere ni hablar de los detalles. Y pensar que para mí todos esos detalles descuidados me desesperan y me irritan. Cuando todo es bello, confortable y rico a mi alrededor, me siento buena, alegre y bien” (12). Si eso pensaba de la tía, no mejor se expresaba de la madre. Después de haber sido una mujer hermosa, y de haberse preocupado de la elegancia y del adorno, la madre de María Bashkirtseff había dado en llevar *toilettes* tan extrañas y desdichadas que la hija sufría horrores indecibles cada vez que debía acompañarla. El que no haya escuchado a una adolescente el relato de ese martirio que significa a cierta edad acompañar por las calles a una persona vestida

(12) *Journal*, I. 77.

con mal gusto y cargada de paquetes, no comprenderá jamás el porqué de muchas cóleras aparentemente sin motivos.

El rencor de María Bashkirtseff contra su propio hogar no era, pues, en líneas generales, más que un derivativo de su impaciencia y de sus sueños. Creerse digna de ser reina y, hasta asistir en imaginación a los homenajes de las multitudes, no engendra, sin duda, un estado de ánimo propicio a alternar todas las horas con personas que sólo saben hablar de los mucamos, de la salud y de los perros (13). "Imaginen ustedes la lectura de un estudio sobre Cleopatra y Marco Antonio — escribe María Bashkirtseff a propósito de un viaje en que la acompañó su tío Esteban—, interrumpido a cada instante por frases como estas: ¿Quieres comer? ¿Tienes frío? Aquí está el pollo asado. ¿No prefieres una pera? ¿Será mejor cerrar la ventana? . . . Cosas todas indudablemente buenas, pero irrecusablemente fastidiosas" (14). Y así, durante años. Se dirá, sin duda, que la muy pedante *posaba* demasiado a vivir sublimemente. Pero hay una edad, que era la suya, en la cual lo normal es desesperarse por vivir sublimemente...

Todo esto en cuanto a los choques con los suyos, a sus antipatías por las vulgaridades de su hogar. Pero si es verdad que se puede reconocer en ella como más o menos normal esa reacción que es común a tantos otros adolescentes y que los lleva muchas veces a la fuga o al suicidio, no es menos cierto que hay en María Bashkirtseff una frialdad de corazón que no deja de impresionar desde el principio. ¿Aceptaremos por eso el diagnóstico terrible de locura moral, es decir, la incapacidad total para los sentimientos tiernos, la anestesia absoluta para el cariño y los afectos? Sería una torpeza imperdonable. Lo que a Lombroso pareció locura moral no fué otra cosa que la disminución relativa de los afectos que provocan en todo individuo las grandes pasiones. Toda pasión auténtica— es decir, precoz, vigorosa, continua, obsesionante— rompe de tal modo el equilibrio de la personalidad que todo lo que ocurre en la vida y que no se refiere de algún modo a esa pasión, desaparece prácticamente de la conciencia. Dijérase que la pasión impone al individuo un ritmo tan intenso que no es po-

(13) *Journal*, I, 203, 231, 375.

(14) *Journal*, I, 258.

sible mantenerlo si no a condición de arrojar en sus calderas todo lo que en el alma existe como afectos, preocupaciones, inquietudes. El apasionado no sólo vive para su pasión; es, en cierto sentido, su pasión. En María Bashkirtseff apareció desde temprano, con ese carácter innato de las pasiones irresistibles, una avidez desesperada de trepar, de ascender, de imponerse y de triunfar. Para la ambición vivió; y por ella, sacrificó todo lo que pudo. Pero es muy distinto sacrificar y ahogar sentimientos que ya existen, a carecer en absoluto de ellos. En el loco moral no han existido jamás los sentimientos tiernos, ha nacido sin ellos, amputado de ellos; en el ambicioso, en cambio, la pasión los ha oprimido, encadenado, sofocado, pero nunca destruido en la raíz. Los *Cuadernos* y el *Diario* de María Bashkirtseff revelan en efecto, algunos sobresaltos de los cariños dormidos, algunos estremecimientos de los afectos desterrados: "Si mamá llegara a morir lejos de nosotros —escribe una vez— ¡qué castigo terrible para mis imbéciles rebeliones de hija! Pasaría toda mi vida llorando por no haberme hecho perdonar mis groserías. Sería, en verdad, como para volverse loca. Imaginen lo que sería sentirse culpable y no poder jamás, jamás redimir sus locuras. Y pensar que ella se moriría creyendo que yo no la quiero, que su muerte me ha sido indiferente, que me he consolado fácilmente, que tal vez estoy contenta" (15). Sería absurdo esperar en la "locura moral" ni el asomo de un remordimiento parecido; quejas de una ambiciosa que no vaciló en pisotear los afectos más íntimos, pero que al sentirlos, de cuando en cuando, latiendo en el fondo de su alma, vuelve los ojos hacia ellos con la ternura del arrepentimiento.

Directamente ligada a la ambición y a la hostilidad por el ambiente familiar, se nos presenta también su pretendido *masculinismo*. Muchas veces, cierto es, María Bashkirtseff se ha quejado de su condición de mujer. ¿Cuál es la muchacha adolescente que no lo haya dicho también en más de una ocasión? El deseo de ser hombre, ¿no significa en labios de las adolescentes una manera de expresar su rebeldía contra la inferioridad social en que la burguesía todavía las mantiene?

(15) *Journal*, II, 308.

¿No es una manera de protestar y levantarse contra la opresión y los prejuicios, contra la hipocresía y las mentiras con que aun las torturan y las cercan? En el caso especial de María Bashkirtseff, ¿cómo asombrarse al encontrar protestas cada vez más vigorosas a medida que las exigencias de la pintura, por ejemplo, le hacía sentir más agudamente que nunca la imposibilidad, por ejemplo, de viajar sola como un hombre, y de internarse en cualquier parte con su caballete y su caja de colores? “Lo que yo deseo por encima de todo —dice— es la libertad de pasear sola, de ir, de venir, de sentarse a su antojo sobre los bancos del Luxemburgo o de las Tullerías; de pararse en las vitrinas artísticas, de entrar a los museos, de recorrer de noche las viejas callejas; he ahí lo que envidio y he ahí la libertad sin la cual no se puede ser una verdadera artista. ¿Creen ustedes que es posible aprovechar lo que se examina cuando se debe soportar la compañía de alguien o cuando para ir al Louvre, por ejemplo, hay que esperar el coche, la familia o la institutriz?” (16). Nada pues de *virilidad* en el sentido patológico que Lombroso quiere darle; nada de hombruno en esta chica que se muere por los modelos de Laferrière y los “brocados de Rigaud”; nada de masculino en esta muchacha que si sueña con la gloria es porque la gloria le permitirá alcanzar el gran amor (17); un gran amor tan impregnado de un sentimiento de sumisión ante el hombre reputado superior que bastaría haber recogido esta sola confidencia para rechazar con una sonrisa la tesis caprichosa de su masculinismo: “la total aniquilación de la mujer frente a la superioridad del hombre amado debe ser el más agudo goce de amor propio que una mujer superior pueda experimentar”. (18).

*

*

*

Y basta ya con Lombroso. Pero si al examinar la tesis del psiquiatra hemos aclarado de pasada algunos puntos algo oscuros, debemos enfrentar todavía, con igual intención, algunas

(16) *Journal*, II, 105. Igualmente, *Journal*, I, 231, y II, 88.

(17) *Journal*, I, 17.

(18) *Journal*, II, 97. En igual sentido, *Cahiers*, II, 126.

otras afirmaciones que nos llegan desde otro de los campos de la clínica. Casi no hay en efecto, un solo tratado importante sobre la tuberculosis que no aluda a María Bashkirtseff en el capítulo relativo a los síndromes mentales en los pulmonares (19). ¿Hasta qué punto influyó la tuberculosis en el carácter y en la obra de María Bashkirtseff? Para la mayoría de los clínicos, se descubren en ella los caracteres mentales que son comunes a la casi totalidad de los tuberculosos.

Antes de dar nuestra opinión, examinemos rápidamente una cuestión más general: ¿existe una psicología de los tuberculosos? Los trabajos clásicos de Letulle, Heinzelmann, Daremberg, conducirían a afirmar que sí. Son sin embargo tan desordenados y vagos, tienen tan poco en cuenta las diferencias individuales, —la persona del tuberculoso— que hay que tener suma prudencia en manejarlos.

Para ajustarla a cierto método se podría más o menos resumir en tres períodos, esa psicología de los tuberculosos. En el primero, anterior a los síntomas ruidosos, un rasgo elocuente dominaría la infancia de los llamados "predispuestos" o "impregnados": la precocidad intelectual. La observación empírica ha señalado desde antiguo la rapidez con que se despierta la inteligencia en esos niños delicados y frágiles sobre cuya escasa salud viven las madres en perpétua alarma. Generalmente perezosos y egoístas, manifiestan además desde temprano cierta afición por el erotismo y por el arte: la mentalidad a la vez depresiva y refinada que no es difícil reconocer en la infancia de los Chopin y los Samain, de los Schiller y Mauricio de Guérin.

Si la primera etapa se caracteriza por un fondo depresivo, la segunda —que sobreviene generalmente en la pubertad— tendría como rasgo distintivo una tonalidad hiperesténica, es decir, de actividad, de movimiento y de lucha. A medida que la enfermedad va avanzando, se acentúa el egoísmo, la movilidad del humor, la irritabilidad general y la tendencia al autoanálisis.

En el tercer período finalmente, aparece un estado de

euforia, es decir, de alegría mórbida. Confiado en su porvenir, no obstante la gravedad de su estado, el enfermo no sólo no sufre, sino que se dice mejor; y sobre ese estado de confusión delirante, una muerte tranquila e imprevista sobreviene.

He aquí en abstracto la psicología del tuberculoso, tal como resulta de muchas monografías de valor muy desigual (21). Sería pueril naturalmente creer que se habrá de superponer exactamente al perfil mental de cada uno de los tuberculosos que conocemos: para no referirnos más que a un solo rasgo, es fácil comprobar que el optimismo del final es mucho menos constante de lo que esa psicología afirma y de lo que el vulgo asegura. En cuanto al caso particular que a nosotros nos preocupa, podemos con derecho preguntarnos: ¿en la psicología de María Bashkirtseff se descubren algunos de los caracteres esquematizados en el cuadro anterior? Es evidente que sí. Descendiente de una familia de tuberculosos —el bisabuelo paterno, dos tíos paternos, el padre y el hermano murieron tuberculosos— María Bashkirtseff era sin ninguna duda, una “impregnada”, es decir, una tuberculosa por derecho de nacimiento, una tuberculosa por pecado original. Pertenecía además por su físico a una constitución que tiene una enorme afinidad por la tuberculosis: esa constitución que Landouzy, con gran discreción, clasificó de *veneciana*, porque los individuos que la poseen prefieren llamarse “rubios venecianos” antes que decirse, francamente, pelirrojos. Se trata de jovencitas de piel extraordinariamente blanca, transparente, surcada por venas muy azules, salpicadas de pecas muchas veces; de cabellera sedosa, de color rojo o rojizo (22); de iris gris o azul, de carnes blandas, de transpiraciones abundantes, de silueta más bien graciosa y fina (23). Si en cuanto al físico, la coincidencia con María Bashkirtseff es perfecta, ¿ocurre lo mismo respecto de la psicología? No puede haber ninguna discrepancia sobre

(21) Ver especialmente Laignel Lavastine, *Psychologie des tuberculeux*, en “Revue de médecine”, pág. 237, año 1907. El autor cita a María Bashkirtseff y aunque se vé que conoce el *Journal*, se lo nota demasiado influenciado por el artículo de France. Le atribuye por ejemplo, un tedio y una fatiga de vivir que nunca existió en ella. Ver *Journal*, I, 203.

(22) Schiller también pertenecía a este tipo. Puede verse en Marbach un mechón de sus cabellos, en un cuadro de oro.

(23) Landouzy, *Predispositions tuberculeuses. Terrains acquis et innés propices á la tuberculose*, en “Revue de Médecine”, p. 422-423, año 1899. París. Comparar esa descripción con el autorretrato de María Bashkirtseff en los *Cahiers*.

su precocidad intelectual y sexual, ni sobre el egoísmo y la irritabilidad. Pero un detalle fundamental existe en ella, que contraría un rasgo del esquema general: imposible comprobar en María Baskirtseff esas tristezas sin causa, esos vagos desfallecimientos del alma, esa "fatiga de vivir" de que hablaba Mauricio de Guérin (24). Por el contrario, hierve en ella la sed de vida, el ímpetu apasionado, la impaciencia por precipitarse sobre el mundo con dientes voraces. Sus desalientos, sus pesadumbres, sus fatigas, tienen siempre motivo reconocible: desilusiones, fracasos, contrariedades. No le vienen del organismo enfermo, sino de la realidad que le cierra el paso, de los obstáculos que la lastiman. Y si no se descubre en ella ese tono "depresivo" de los sentimientos que se dá por común a todos los tuberculosos, no se comprueba tampoco esa preocupación de la salud que hace a la mayoría de esos enfermos despreciar la salud ajena para atender mejor la propia. Demasiado hemos visto a este respecto, sus imprudencias, sus locuras, su desprecio de la enfermedad y del tratamiento.

Este doble desacuerdo entre su psicología y el esquema general nos permitirá sospechar que si bien es cierto que existen rasgos comunes a todos los tuberculosos —comunidad que descansa en la existencia de una misma constitución, en casi todos, delicada y grácil—, no es menos cierto que cada cual reacciona mentalmente a la enfermedad de acuerdo a su particular modo de encarar la vida y de construir el propio carácter. A unos, la tuberculosis inspiró quizá suaves estados de alma que sin la enfermedad hubieran ignorado y que la música o el verso han conservado; a esta muchacha, en cambio, le redobló su ardor de vivir, la empujó a forzar la carrera, la decidió a apurar sus proyectos ambiciosos. Lejos de mostrarse como una simple consecuencia de la enfermedad, lo mejor de María Baskirtseff comienza en el instante mismo en que resuelve despreciar su enfermedad, y en que a pesar de su miedo de pobre chica, y de sus desfallecimientos de enferma que se sabe condenada, ella seguía, valerosa y tenaz, en pos de su ambición y de sus sueños.

* *

Y ahora, una observación final, antes de despedirnos y concluir. El análisis sostenido de este caso concreto no podría darse por medianamente realizado sino indicáramos además, dos direcciones en las cuales todavía podría proseguirse: una que deriva de la situación social de María Bashkirtseff; otra, que denuncia el momento histórico en que vivió. Cada uno de nosotros, en efecto, construye su personalidad no sólo sobre la base que le dá el temperamento, sino sobre los aportes de una educación impuesta por el medio familiar, como un reflejo a su vez del ambiente social en que nos desenvolvemos. Pero este medio social no es homogéneo, ni la educación es idéntica para todos sus miembros. La sociedad por el contrario está dividida en clases, con intereses antagónicos e ideales irreconciliables; y en cada momento de la evolución histórica son las ideas de la clase dominante las que se erigen en las ideas llamadas de la época. Por nacimiento y por educación, María Bashkirtseff pertenecía a la nobleza, y a una de las noblezas más sanguinarias y bárbaras que la historia ha conocido. Aprendió de ella, naturalmente, el despotismo y la dureza, la ociosidad y el desprecio del trabajo. Pero en el momento de nacer María Bashkirtseff, hacía ya mucho tiempo que habían pasado los grandes días de la aristocracia rusa. La liberación de los siervos en 1861 anunció que en Rusia la nobleza ya empezaba a ser batida por la burguesía. Representante raquítica de una aristocracia en decadencia, no encontramos por eso en María Bashkirtseff algunos de los rasgos más típicos del noble: ni el orgullo del propio nombre, ni el culto de los antepasados que le vá unido. Descubrimos en cambio al final de su vida, y como un reflejo de la burguesía en ascenso, un extraño amor por esas mismas artes que la nobleza siempre ha fomentado pero que consideró también, deshonesto, practicar. En vez del orgullo de la propia casa, apareció en ella este otro orgullo fundado en el trabajo personal que fué sin duda alguna, el rasgo más eminente de la burguesía en sus buenos tiempos. Pero individualista despiadada, sólo vió en el trabajo una manera de asegurarse una posición mejor y de salvar a toda costa el recuerdo de su nombre. Recuerdo que a buen seguro, sus cuadros de pintora no hubieran hecho perdurable, y que si no llegó a desvanecerse en poco tiempo es porque la monta-

ña de su *Diario íntimo* la transformó de súbito en un documento insustituible para comprender las inquietudes, los tormentos y las trivialidades de una joven en un complejo momento del siglo XIX.

No pasará mucho tiempo, estoy seguro de ello, en que las adolescentes de mañana sentirán como sentimientos absolutamente extraños buena parte de los que asoman, luchan y se desesperan en el *Diario*. Cuando ya nadie viva ni en el parasitismo ni el ocio; cuando una organización social más justa que la nuestra imponga a todos desde temprano la responsabilidad de la labor social; cuando la necesidad y el hábito de las empresas planeadas y realizadas en común excluyan definitivamente al individualismo egoísta con su cortejo de ambiciones mezquinas, —ha de parecer casi imposible a las adolescentes del futuro que en algún momento de la historia y en determinada clase social pudiera ser la adolescencia una edad sin otro contenido que los antojos, las trivialidades y los caprichos. Pero aún así, a una larga distancia de María Bashkirtseff — como lo están ya las mejores entre las contemporáneas—, no es imposible que esas muchachas del futuro guarden en el fondo de su corazón una simpatía melancólica por esta criatura desdichada que aunque descubrió muy tarde la seriedad de la vida, alcanzó a saborear, no obstante, los ásperos goces del esfuerzo y del trabajo. Pero es seguro además, que reconocerán en su *Diario*, como una queja eterna, ese trágico conflicto que en la adolescencia se descubre y se sufre: la desproporción dolorosa entre el deseo que es infinito, y la vida que es fugaz.

Opiniones Inofensivas

Por ANIBAL PONCE

CUERVOS Y PUAS

Un soldado anónimo de la gran guerra, casi un chiquillo cuando marchó al frente, recopiló sus notas un año después del armisticio y las entrega recién al público argentino bajo el trágico título de "Cuervos y púas".

Cuando la orden de incorporación llegó para él, ya hacía años que la matanza había comenzado. Al entusiasmo delirante de los primeros días había sucedido el desaliento y el rencor. La guerra no era ya un desfile triunfal bajo las banderas desplegadas al viento, sino una hecatombe sucia y monstruosa en que los hombres se despedazaban en la obscuridad y a la distancia.

Triste partida, por eso, la del soldado Galgano al emprender desde Salerno la marcha hacia la zona de guerra: con una impresión de horror disimulada apenas y con una rebeldía sorda que lo estrangula. "No podemos protestar porque no tenemos valor", dice. Y desde ese instante hasta el día mismo del armisticio vivimos con el humilde soldado sus desesperaciones y sus miedos, sus heroicidades y sus dudas. La literatura llamada de "la guerra" nos ha informado bien de todo eso. La vieja imagen de las batallas ha sido destruida por ella en mil pedazos. Ni marchas guerreras, ni asaltos espectaculares, ni entreveros enceguedores. Por todas partes, en cambio, el hambre y el barro, el cuerpo deshecho y el muñón sangriento. En este sentido, el libro de Galgano no hace más que contar, como "breviario" del soldado italiano, las mismas miserias y los mismos horrores que nos son ya conocidos. Desde la trinchera francesa de Barbusse a la trinchera alemana de Remarque; o a la trinchera italiana de Galgano, una idéntica vida dolorosa se ha ido desarrollando hora por hora. Sobre frentes tan distintos coinciden todos en la descripción del mismo panorama, y la verdad terrible surge así más adusta a través del relato de aquellos desdichados.

En nombre de los que quedaron en los alambrados de púa; en nombre de los heridos arrastrados por los ríos; en nombre de los que yacen olvidados bajo una ténue capa de tierra dinamitada, el caporal Galgano se ha decidido a contarnos el pavoroso drama: el drama que vivieron a su modo los que pelearon en el Piave y en la altiplanicie de Asiago. El cuadro que nos presenta

es de una grandeza innegable: contado en el idioma directo de nuestra vida diaria, sin adornos ni disimulos, "Cuervos y púas" hunde al lector en pleno frente, lo arrastra a la aventura de las patrullas, lo sumerge en el lodo de las trincheras, lo salpica con la sangre de los heridos.

Escrito primero en italiano, y traducido al español por el propio autor en 1924, guarda de su texto originario numerosos italianismos y más de una incorrección en la sintaxis. Con una ligera revisión, la prosa adquiriría un tono más firme y haría de este libro una de las obras más veraces que la guerra ha inspirado.

Veracidad de un "milite ignoto", religioso y humilde, para quien las guerras se podrían evitar con un poco más de comprensión entre los hombres. Ilusoria creencia y candorosa esperanza que si bien no da a "Cuervos y púas" el doloroso sarcasmo de "Sin novedad en el frente", ni la varonil rebeldía de "El fuego", de Barbusse, infunde al testimonio del autor la dolorosa amargura de las protestas sólo a medias acalladas.

Temibles protestas, a pesar de todo, si no se olvida que hace muy poco tiempo Hitler condenó a la hoguera a todos los libros de la guerra que la mostraban tal cual es: con las mandíbulas descarnadas y las órbitas huecas. No hay llamarada, sin embargo, lo suficientemente alta para destruir el recuerdo de la guerra en la memoria de los hombres.

HISTORIA DEL SOCIALISMO ARGENTINO

El señor Jacinto Oddone, autor de libros tan meritorios como "La burguesía terrateniente argentina" y "¿Qué es la moneda?", ha emprendido una vasta obra sobre la historia del socialismo entre nosotros, cuyo primer volumen acaba de aparecer. Constará la historia de cuatro tomos: abarca el primero desde los antecedentes más remotos hasta la celebración del Congreso Constituyente del partido en 1896; comprenderán los tres restantes los hechos ocurridos desde esa fecha hasta la sanción de la ley Sáenz Peña; de ésta hasta la caída del gobierno radical en 1930, y finalmente, desde el gobierno "de facto" hasta los días actuales.

El proyecto, con no ser excesivamente ambicioso, ha adquirido, sin embargo, proporciones impresionantes. Por una rara fatalidad, el fenómeno es bastante común entre nosotros: cada vez que un autor argentino se da a estudiar algún asunto local, los tomos y los tomos se amontonan. Lo mismo en una historia de la literatura si es Ricardo Rojas el que la firma, que en una antología de poetas si es Calixto Oyuela el que la dirige. Claro está que en otros ambientes, con más larga vida que la nuestra,

las cosas suelen ocurrir de otra manera, y asombra no poco pensar que para escribir la historia del partido socialista argentino, el señor Oddone necesitará cuatro tomos de más de doscientas cincuenta páginas, cuando a Zinovieff, por ejemplo, le ha bastado un solo libro en formato menor para contar toda la historia del partido comunista en Rusia...

Tratándose de un escritor socialista no se puede, naturalmente, atribuir esa abundancia a una excesiva frondosidad en el estilo. Cualquiera sabe que leer a un socialista —de los menores, se entiende,— es como leer a todos: la misma prosa exacta, destañada y monótona. A pesar de que el teórico más genial del movimiento socialista gustaba expresarse en un estilo de magistral elegancia, a los discípulos de todo el mundo —con las contadas excepciones de Plejanoff y Jaurés— les dió por escribir en la más lenta y fría de las prosas: como si la aridez de las estadísticas y de los diagramas, cuando no son luminosamente comentados, les hubiera dejado para siempre una mezquindad irremediable. El mal es tan extenso y tan notorio que en el discurso inaugural del Instituto de Investigaciones Históricas de Rusia, un escritor tan eminente como Pokrosvski ponía en guardia, no hace mucho, a sus jóvenes colegas sobre el fetichismo de los datos económicos fundados en una estrecha interpretación de Marx.

Cierto es que al partido socialista argentino, como a todos sus similares en el mundo, sólo en parte les alcanza esa advertencia: hace ya muchos años, en efecto, que se alejaron de Marx para "revisarlo" y "superarlo". Pero algo, y no lo mejor por cierto, les ha quedado de sus viejos amores: el servilismo ante las cifras, los documentos y los gráficos.

En vez de usar a esos instrumentos como a la manera más segura de conquistar hechos significativos, los escritores socialistas se complacen en mostrarlos tal cual son: como andamiajes de una obra a construir. De ahí el carácter fatigoso de tales obras "científicas", cuando la gracia del estilo o la sutil disposición del plan no viene a infundirles la cordialidad que les da vida.

Con excepción de una o dos páginas en que el señor Jacinto Oddone consiente en turbar con detalles animados (páginas 151 y 166) la invariable salmodia de su historia, todo el libro se reduce a un amontonamiento de documentos y de datos flojamente ordenados, y que requieren a veces no poco esfuerzo para situarlos en su ambiente y animarlos. Muchos "bandos", resoluciones y manifiestos que tendrían lugar adecuado en un apéndice, obstruyen con sus escombros el texto mismo de la historia: tan minuciosa ésta, por momentos, que no perdona al lector ni la nómina completa de los miembros que formaron el más opaco comité del más inofensivo de los centros...

El señor Oddone, con todo, ha realizado una labor previa de acumulación del material que no puede ser contemplada sin elo-

gio. Cuando los tres restantes volúmenes que nos promete hayan visto la luz, quizá llegue el momento de que alguien nos dé, aprovechando su esfuerzo, una animada historia del socialismo argentino en poco más de cien páginas...

RECORDANDO EL PASADO

Las literaturas con más tradición de cultura que la nuestra poseen un buen número de producciones en que las anécdotas y las confidencias literarias o políticas constituyen de por sí casi todo el material. Desde el vigoroso Saint Simon hasta el intrigante Brousson, no pocos libros de un interés enorme se reducen a rápidas anotaciones tomadas en lo vivo, a certeras instantáneas de un personaje o de un suceso.

Sería ingénuo suponer, por cierto, que reside en tales detalles la explicación de los grandes acontecimientos. Pero ayudan a esclarecer, aunque desde el punto de vista de la nariz de Cleopatra, los entretelones de tal o cual maniobra, los ocultos resortes de tal o cual celebridad.

Entre nosotros hay en las obras de Lucio V. Mansilla, sobre todo en sus "Causeries" y en sus "Retratos", un acopio tan valioso de esas instantáneas que, a pesar de lo deshilvanado de la charla y lo cargoso de la forma, pueden ayudar no poco a la comprensión de más de uno de los problemas del pasado. En igual forma también, aunque reducido a un solo personaje, es bien sabido que el "Sarmiento anecdótico" de Augusto Belín es un repertorio tan riquísimo que nadie puede acercarse hasta el grande hombre sin haber releído muchas veces esas páginas. Con posteridad a esos dos autores, sólo recuerdo entre la producción contemporánea nacional el nutrido volumen en que el señor Alfredo Duhau quiso anticiparnos una mínima parte del enorme material de confidencias y de anécdotas que lleva recogidas y que algún día formarán, según se dice, casi una docena de volúmenes.

A ese mismo orden de literatura pertenece el libro del señor Alberto Blancas, titulado "Recordando el pasado". Figura bien conocida en el mundo diplomático, el señor Blancas ha frecuentado desde joven a casi todos los personajes más ilustres de nuestra historia política. Se hallaba en excelentes condiciones, pues, para transmitirnos algunos de los gestos que había descubierto, algunos de los secretos que le fueron confiados. Y si se sabe que entre esos personajes figuran desde Sarmiento y Alberdi hasta Guido Spano y Sáenz Peña, se comprenderá la vivaz curiosidad que el libro logra despertar.

Aunque "Recordando el pasado" no está exento del defecto común a casi todas esas obras —el escaso rigor en la selección de las anécdotas,— es agradable reconocer que algunas no pueden

ser más felices ni más sabiamente escogidas. El señor Blancas, por desgracia, no es un escritor, y él mismo lo reconoce así. Perturba o malogra por eso, y muchas veces, con reflexiones inoportunas o moralejas fastidiosas, el movimiento directo de la narración. Está demasiado preocupado con lo "mucho que hay que aprender" en sus anécdotas, para entregarlas al lector con la desnudez de la verdad. Prefiere agregarle, por tal motivo, consideraciones que la empañan o comentarios que la atenúan. Tal, por ejemplo, la entrevista con Alberdi en París. Compárese el relato del señor Blancas con la fotografía extraordinaria que de la misma escena nos dejó Mansilla, para advertir en qué medida las moralejas patrióticas del primero vuelven inseguro su pincel de retratista.

Cuando el señor Blancas se olvida de su tenaz intención edificante, como en las páginas hermosas que consagra a don Bernardo de Irigoyen, el cuadro resulta de una atmósfera y de un colorido impresionantes. Creo que esas son, de todo el libro, las escenas mejor contadas, y aunque podrían recogerse en otros capítulos algunos toques muy certeros, las que dejan en el lector un recuerdo más profundo.

Incidentalmente el señor Blancas deja entrever su propósito de continuar narrando sus recuerdos. Nuestra historia ha sido escrita con tan acentuada tendencia hacia las litografías escolares, que no se puede esperar sino con alborozo esta otra "petite histoire" más chispeante y menos rígida. "Petite histoire" a la que el señor Blancas podría contribuir con algunas producciones de primer orden si, olvidándose un poco de sus propios comentarios, se entregara más sumisamente a la tarea de resucitar nada más que la verdad de sus recuerdos.

MEMORIAS DE UN COMERCIANTE

Circulan en todos los idiomas un buen número de producciones en que los industriales y los financistas narran su vida y su obra. Las memorias de Ford, de Carnegie o de Siemens han tenido una repercusión tan vasta que se han incorporado, en cierto modo, a la literatura popular.

Sea por el escaso desarrollo industrial de nuestro país o por la pobreza cultural de nuestros hombres de negocio, lo cierto es que ni en la literatura argentina ni en la sudamericana conocemos una sola de ese género. Que la curiosidad del público por semejante tipo de producciones se mantiene alerta, lo prueba el éxito de las encuestas o de los reportajes en que los "triunfadores" del comercio o de la industria relatan los orígenes y las peripecias de su empresa.

No es, ni con mucho, la codicia el móvil más agudo de esa

curiosidad. Es posible que algunos ingénuos esperen ver revelado el enigma de la fortuna. Pero es más seguro que muchos otros sólo buscan en tales libros una nueva variedad de la literatura de aventuras.

"Memorias de un comerciante", del señor Martín Tow, es el primer libro de ese género que se ha publicado entre nosotros. Vastamente conocido en el mundo argentino de los negocios, su autor se alejó de ellos en plena madurez. Las memorias que narra no están enfocadas, por eso, desde la altura de una vida concluida. Tienen, en cambio, el buen humor y el optimismo de un hombre afortunado que, después de haber vivido muchos años entre la fiebre de los negocios, ha sabido retirarse de la proce- sión para verla pasar. Quizá resida en eso el secreto de la tolerancia y de la comprensión con que la juzga: mezcla sabrosa de humorismo a lo Dickens y de "vida intensa" a lo Roosevelt que deja siempre, como impresión final, una no muy duradera amargura en los fracasos y una no muy excesiva embriaguez en los aciertos.

Desde el adolescente que abandona un buen día el hogar de sus padres —con la cabeza llena de Búfalo Bill y sus hazañas,— hasta el hombre de negocios que culmina su carrera con la dirección de una vasta empresa, el lector asiste en "Memorias de un comerciante" al desarrollo de un film muy hábilmente dirigido en que se suceden ciudades y naciones, en que los bajos fondos forman contraste con la alta vida, y en que desde los suburbios de una ciudad tentacular se salta casi sin transición hasta el ambiente resquemante de la selva amazónica. Toda esa primera parte, a la que pone punto final el descalabro sufrido en el Brasil, viene a ser, en cierto modo, como el prólogo nervioso que nos acerca hasta la vida argentina del autor.

Si en los primeros capítulos se asiste con simpatía a las ambiciones de un muchacho extranjero que va realizando con suerte varia sus sueños cada vez más altos de viajante de comercio, en los capítulos finales interesa casi tanto como su vida el ambiente argentino en que se desarrolla. Las páginas felices que dedica en la primera parte a un salón de billar en el barrio neoyorquino de los "Five Points", hacían presumir ya la agilidad y el desenfado con que sabría tratar el ambiente argentino. Desde que el exportador derrotado en el Brasil descubre en una vidriera de la galería porteña el rico filón que se decide a explotar, el libro adquiere un interés argentino cada vez más agudo. Algunos retratos inolvidables de interesantes figuras del alto y bajo comercio, dan a esas páginas la animación de una novela y el acento de una sátira. Mientras el lector va asistiendo a los mil y un incidentes de la vasta empresa, con sus errores, desaciertos, rivalidades y triunfos, una serie curiosa de personajes argentinos —abogados, pleitistas, chantagistas, corredores, banqueros— van desfilando en

pintoresca multitud, con una prosa breve, moderna, suelta e incisiva.

Los méritos del libro se acentúan si se advierte que el autor no se limita a contar su vida ni algunos de los incidentes más significativos de su empresa. Espíritu agudo y reflexivo va anotando de pasada algunas penetrantes observaciones sobre los caracteres y el pulso de la situación mundial en los negocios. Sin abandonar ni por un momento la charla llana y amistosa, esboza, por ejemplo, un esquema de la crisis como consecuencia de la superproducción que vale la pena recoger como la visión de un comerciante que interpreta a su modo el dramático presente en que vivimos.

Libro amable, atrayente y burlón, que descubrirá a no pocos más de un aspecto insospechado de los negocios y de las finanzas, pero que mostrará a todos, con sabiduría sonriente, que no hay reglas precisas para atrapar la fortuna, y que en el mundo de los negocios como en el mundo de los navegantes sólo descubren continentes los que no saben geografía...

EL VIAJERO INMOVIL

En una semblanza rápida y certera, como casi todas las suyas, Edmundo Guibourg ha dicho que Samuel Eichelbaum ocupa en nuestro teatro "un puesto de sacrificio: es el autor consagrado, respetado, pero que ni produce dinero a los empresarios ni se cuida de producirlo".

Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la obra teatral de Eichelbaum desde el punto de vista de la crítica literaria, nadie objetaría lo más mínimo a esas líneas precisas de Guibourg. En el pantano del teatro nacional, cada día más pestilente, no se podría expresar con más justicia la posición excepcional de este autor dignísimo.

Pero con ir incluido en "El viajero inmóvil" una obra teatral desarrollada en tres cuadros, no es del Eichelbaum autor teatral, sino del Eichelbaum cuentista de quien debemos ocuparnos hoy. Nueve narraciones forman "El viajero inmóvil", y si dejamos de lado la pieza de teatro a que ya aludimos —garabatos no muy felices que en gran parte comprometen el libro,— fuerza es reconocer que tenemos un material más que discreto para entrar en contacto con el arte del cuentista. El tono, por otra parte, de las nueve narraciones varía bastante de unas a otras, con lo cual se presta a mostrar si no la totalidad de su espíritu, por lo menos algunas de sus facetas más significativas.

Digamos desde ya que lo más saliente en los cuentos de Eichelbaum es su preocupación por hurgar, profundizar, descender. Los gallipavos de la filosofía a la moda asegurarían que se com-

place en la "psicología abismal"... Algunos de los tecnicismos que Eichelbaum gusta manejar —con la misma vanidad con que Bourget hablaba de psiquiatría,— justificaría en apariencia su más o menos confesada afiliación a esta o aquella doctrina psicológica. Pero como ocurre con todos los escritores de fuerte personalidad, los méritos y los defectos de Eichelbaum cuentista son independientes y hasta extraños a las propias teorías que quizá él mismo piensa defender.

Destaco entre todas sus narraciones la que lleva el título de "El acontecimiento". Por su finura de psicólogo, por su habilidad de narrador, Eichelbaum ha dado allí, en mi opinión, la nota más alta de su libro. Los cuentos que le preceden o los que le siguen, quedan un poco borrosos como "El viajero inmóvil" y "En tierra firme", o un tanto monótonos como "Un muchacho de porvenir" o demasiado apretados como "Un encuentro decisivo". La capacidad de asomarse a un espíritu y de explorarlo en todas direcciones, tan bien demostrada en "Laberinto" y "Una hija", alcanza en "El acontecimiento" su expresión más cabal, y aseguraría para Eichelbaum un puesto de primera fila si no incurriera a cada rato en los más imperdonables errores de prosista.

Demasiado sé —y el mismo Guibourg no se olvida de anotar-lo a la pasada— que Eichelbaum pasa por ser de esos escritores que "torturan el idioma" con la esperanza de hacerlo servir mejor a sus designios. Pero vale aquí la pena de inquirirlo: las torturas en el idioma, como las torturas en la vida, ¿son un signo de fuerza o de debilidad? Sin que pretenda dar una respuesta que tenga para todos los casos una validez universal, me inclino a creer lo último en el caso especial de nuestro autor. Sobrarían los ejemplos para probar que el Eichelbaum prosista es muy inferior al narrador. El idioma, en efecto, es arisco entre sus manos: lo tironea, lo desvía, lo fatiga. No me detengo en líneas como ésta: "Anticiparse a los ratiocinios disolventes de sus destellos de voluntad" (página 74); ni como esta otra: "Entonces, una embriaguez dulce le humedecía los ojos y se enjugaba con el rostro de su hijo, por un imperativo de pudor, dentro del cual se escondía el fino gozo de acariciarse la cara con la crema de su propia carne" (página 41). Bastaría únicamente con analizar la siguiente: "El uniforme reventaba en la contención del excedente del cuerpo" (página 128), para comprender todo lo que en Eichelbaum falta todavía para lograr ese señorío del idioma sin el cual, no es inútil repetirlo, no se engendrará jamás una obra que perdure.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MEXICO DE FRENTE Y DE PERFIL

En el breve prefacio que lleva por título "Historia de este libro", el señor Tristán Marof nos cuenta las circunstancias acci-

dentales en que redactó su "México de frente y de perfil", y cómo también, después de cuatro años, lo entrega hoy al público argentino.

El interés por los problemas mejicanos, bastante agudo entre nosotros en la época llamada de la "revolución", y casi extinguido posteriormente, con igual exageración, no ha tenido nunca que yo sepa un libro claro y ordenado que lo satisfaga. El muy conocido de Araquistain está plagado de errores y carece de un criterio suficientemente objetivo como para situar al proceso mejicano dentro de la exacta perspectiva histórica que le corresponde.

Me cuidaré muy bien de asegurar que este volumen de Marof, a pesar de su título ambicioso, corresponde aproximadamente al libro que esperamos. Pero con todos sus defectos es de los estudios más sinceros y acertados que conozco.

A una obra compuesta en las condiciones en que ha sido elaborado "México de frente y de perfil" no se le puede exigir, por supuesto, ni ordenación en los capítulos ni equilibrio en el plan. Hay más de una página bastante embarullada; más de una transcripción excesiva. Le ha faltado al autor la calma necesaria no para sedimentar sus impresiones, pero sí para expresarlas de manera más feliz.

El tono, por ejemplo, de la primera parte de su libro no hace suponer la chabacanería con que han sido redactados los capítulos finales.

Abarrotado de estadísticas en los comienzos, se transforma a la postre en un panfleto del peor gusto. Cuando se escribe con pasión, y no hay otra manera de escribir cuando se siente a las propias convicciones como fuerzas actuantes que se entremezclan a las luchas de la plaza, bien sienta al escritor el tono iracundo o el sarcasmo despiadado. Pero el panfleto, que llegó a ser obra de arte en manos de Courier y que ha vuelto a serlo de manera extraordinaria en manos de Erzburg, no pasa de ser un desahogo subalterno cuando no se le sabe mantener en un plano de elevada dignidad.

Hemos padecido entre nosotros, durante algunos años, cierto tipo de literatura "proletaria" en que el "izquierdismo" consistía en salpicar las páginas más zurdas con los más torpes vocablos de albañal. Como si el vigor no tuviera otra expresión que la indecencia y la rebeldía otro lenguaje que el insulto. Una tercera parte del libro de Marof está inspirada directamente en esa escuela. Y causa tanta más pena recorrer esos capítulos poco afortunados cuando el propio autor nos dice que en cierta oportunidad supo burlarse de alguien "finamente" (página 124).

Hay en la obra, sin embargo, tanto acopio de datos y de reflexiones, que pueden disimularse sin mucho esfuerzo sus defectos detonantes. Marof promete para en breve un nuevo libro

que se titulará "América colonial". Volverá en él a ocuparse de México y estudiará al Perú, Cuba, Brasil, la Argentina y Bolivia. Ojalá encuentre para éste el sosiego que no tuvo para "México": obra tumultuosa y leal, pero a la que ha faltado ese consejo insoportable del buen crítico que todo escritor lleva consigo cuando no lo abandona, por ahí, para lanzarse al "humorismo" o al de-nuesto.

TEATRO DE CAMARA

Entre el teatro de masas y el teatro de cámara el señor Marcos Victoria se ha inclinado por el último. Aunque expresada en términos de literatura, esa sola actitud suya equivale, en el momento actual, a la definición más clara y terminante.

Definición, de más está decirlo, que no habrá de sorprender a sus lectores. Los que conocían "Las voces" y "Miradas" podían pronosticar, a buen seguro, este teatro de ahora, "más perfilado que explícito", en que el señor Victoria ha descubierto "un deleitoso dominio de la poesía". Desdeñando "los artilugios" formales del teatro corriente, se ha propuesto el autor "compensar la desnudez exterior con recursos interiores". De "forma castigada", más para oír que para ver, las cinco piezas reunidas en "Teatro de cámara" del señor Victoria han sido compuestas todas dentro del mismo linaje de sus versos. Y tan plenamente logradas —según opinión del mismo autor,— que no ha vacilado en escribir con ufanía las siguientes palabras fuera del orden común: "Mis piezas gustaron a quienes debían gustar, pues hay una fatalidad en los gustos, una fatalidad donde la cultura tiene mucha parte y también una cierta contextura espiritual, una innata aptitud de generosidad que distinguirán eternamente al ser bien nacido del que no lo es" (página 1).

Singulares palabras que dividen y califican de antemano a los lectores de su "Teatro": bien nacidos, los que aplauden; mal nacidos, los que silban o sonríen... Procedimiento peregrino que permite, sin embargo, diagnósticos seguros. Con más exactitud que esos "psicólogos" de las barracas, el mismo lector puede descubrir el perfil de su alma al llegar a la página final del "Teatro" del señor Victoria: mal nacido o bien nacido según la impresión global que le ha dejado.

Espectador yo también en este "Teatro de cámara" —por exigencias de la simpatía y del oficio,— me he encontrado al terminarse la función entre ese rebaño de mal nacidos, en quienes una fatalidad de la cultura y una cierta contextura espiritual los tenía predestinados a la vindicta eterna. ¿Qué es lo que yo he escuchado en el "Teatro de cámara" del señor Victoria? A pesar de mi "fatalidad" y mi "contextura" me cuesta no poco con-

fesarlo: ñoñerías como "La estufa"; cursilerías como "La viajera"; vulgaridades como "Filoctetes"...

En los medios literarios que el señor Victoria gusta frecuentar —y de los cuales quedan rastros visibles en el epígrafe de alguna de sus piezas,— no es imposible que su "Teatro" pase por ser el colmo del refinamiento y del buen gusto. Como que se necesita nada menos que el interludio del acto cuarto de "Peleas et Melisande" y el tercer movimiento de la "Sonata en sí mayor" de César Frank, para contribuir a formar en la sala a oscuras, la atmósfera propicia a no me acuerdo cuál de sus tragedias...

Nada tan difícil de apreciar, sin duda, como esas zonas imprecisas del "borderland" de la elegancia en que un paso de más o de menos nos lleva a nos aleja del ridículo. Conozco lectores —y sobre todo lectoras— para quienes son siempre admirables los diálogos compuestos de este modo: "Tu vida es dura como una moneda de oro." "A tu lado es blanda como una mejilla de niño" (página 20).

Como conozco también hombres sesudos y mujeres graves para quienes son un prodigio de travesura y picardía, las piezas en que los enamorados conversan de este modo: "El, en una butaca, desperezándose. —¿Qué te parece si nos fuéramos a dormir? Ella, se le acerca.—¿Ya? El, cómicamente amoroso.— Sí... ya... ramo de rosas... dulce de frutillas... 25 de mayo... Ella, en el mismo tono. ¿Qué hora es?... amado... "cubano dulce"... 9 de julio..."

Pero sé también de otros que apenas oyen hablar de esa manera se colocan el sombrero y abandonan su butaca. En el "Teatro de cámara" del señor Victoria no se admiten como espectadores nada más que a los primeros. Para ellos son los elogios de "personas sin prejuicio y capaces de entusiasmo". En cuanto a los demás, demasiado sabemos lo que el señor Victoria piensa. Elijan mis lectores la actitud que les parezca. De mí sólo puedo decirles que pocas veces he saboreado con más gusto eso que Voltaire llamaba "el honor de pertenecer a la canalla"...